

BIBLIOTECA  
LITERARIA  
DEL  
ESTUDIANTE

VIII

POETAS  
MODERNOS



DUP  
55196

XIII  
-  
364

CONSEJO SUPERIOR  
DE  
INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

BIBLIOTECA LITERARIA DEL  
ESTUDIANTE VIII

*Dup Si*

POETAS  
MODERNOS



## BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

**L**A presente BIBLIOTECA ha reunido en treinta tomitos las obras cuyo conocimiento nos parece más esencial o más conveniente en los primeros años de la enseñanza. Los treinta volúmenes están formados obedeciendo a un canon literario, a un catálogo previamente establecido, de aquellas obras mejores que el estudiante debe frecuentar en el comienzo de sus estudios para adquirir los fundamentos de su cultura tradicional hispánica.

Estos volúmenes tienen de 150 a 350 páginas, están pulcramente impresos y llevan bellas ilustraciones. Los precios de los tomos, que van siendo objeto de reimpresión, han de someterse, por fuerza, a las condiciones actuales del arte de imprimir. No obstante, el CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS ha procurado conservar esta colección al alcance de la juventud escolar, a la que está dedicada.

25

# POETAS MODERNOS



341796 000004

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE  
TOMO VIII

POETAS MODERNOS  
(SIGLOS XVIII Y XIX)

SELECCION HECHA POR  
RAFAEL DE BALBIN  
Y  
LUIS GUARNER



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
MADRID

R. 6077

---

**Sucesores de Rivadeneira S. A.—Paseo Ontésimo Redondo, 26.—Madrid.**

## NOTA

*En la serie antológica recogida en este libro, hemos entendido su título de POETAS MODERNOS como referido a los autores que escribieron poesía en los siglos XVIII y XIX; el límite primero lo impone la existencia de otro volumen de la Biblioteca literaria del Estudiante, dedicado a los Poetas de los siglos XVI y XVII; y el límite más cercano nos parece exigencia de la finalidad docente que ha orientado nuestra selección. Pensamos que los textos ofrecidos a los alumnos deben tener la mínima perspectiva histórica que permita una segura valoración biográfica y estética de los autores.*

*Dentro de tales hitos cronológicos—que van desde don Nicolás Fernández de Moratín hasta Rubén Darío—, hemos ensanchado radicalmente el horizonte de nuestra antología. En la España del siglo XIX han tenido las literaturas regionales intenso y noble cultivo, y sin los poetas que han escrito en lenguas hispánicas distintas del español, la visión entera y nacional de la Literatura Española quedaría mutilada.*

*Damos, con escasas excepciones, el texto íntegro de los poemas, porque solamente así se puede estimar la mente del poeta y el juego pleno de sus recursos expresivos. Para que esta valoración estimativa sea más completa y honda, hemos buscado—aunque sin excluir ningún motivo temático—el predominio de aquellos temas poéticos, de los cuales el alumno español tiene más inmediata y personal vivencia.*

*El encuadramiento cronológico de este libro nos ha impuesto, en la selección de autores, un camino medio entre los poetas que poseen valores estéticos y aquellos otros que ofrecen en su obra antecedentes del desarrollo histórico y literario.*

Madrid, 1952.



# ANTOLOGIA





NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN

*Madrid, 1737-1780*

FIESTA DE TOROS EN MADRID

Madrid, castillo famoso  
que al rey moro alivia el miedo,  
arde en fiestas en su coso  
por ser el natal dichoso  
de Alimenón de Toledo.

Su bravo Alcaide Aliatar,  
de la hermosa Zaida amante,  
las ordena celebrar  
por si la puede ablandar  
el corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,  
desde Aravaca a Madrid;  
hubo pandorgas y fuegos,  
con otros nocturnos juegos  
que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,  
en las cifras y libreas,  
mostraron los amadores,

y en pendones y preseas,  
la dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
de toda la cercanía,  
y de lejos muchas de ellas:  
las más apuestas doncellas  
que España entonces tenía.

Aja de Getafe vino  
y Zahara, la de Alcorcón,  
en cuyo obsequio muy fino  
corrió de un vuelo el camino  
el moraicej de Alcabón.

Jarifa, de Almonacid,  
que de la Alcarria, en que habita,  
llevó a asombrar a Madrid,  
su amante Audalla, adalid  
del castillo de Zorita.

De Adamud y la famosa  
Meco, llegaron allí,  
dos, cada cual más hermosa,  
y Fátima la preciosa  
hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena  
de multitud clamorosa,  
que atiende a ver en su arena  
la sangrienta lid dudosa,  
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó  
sus dorados miradores  
que el arte afiligranó,

y con espejos y flores  
y damascos adornó.

Añafiles y atabales,  
con militar armonía,  
hicieron salva, y señales  
de mostrar su valentía  
los moros más principales.

No en las vegas de Jarama  
pacieron la verde grama  
nunca animales tan fieros,  
junto al puente que se llama,  
por sus peces, de Viveros,  
como los que el vulgo vió  
ser lidiados aquel día;  
y en la fiesta que gozó,  
la popular alegría  
muchas heridas costó.

Salió un toro del toril  
y a Tarfe tiró por tierra,  
y luego a Benalguacil;  
después con Hamete cierra  
el temerón de Conil.

Traía un ancho listón  
con uno y otro matiz  
hecho un lazo por airón,  
sobre la inhiesta cerviz  
clavado con un arpón.

Todo galán pretendía  
ofrecerle vencedor  
a la dama que servía;

por eso perdió Almanzor  
el potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero  
de Guadalajara, huyó  
mal herido al golpe fiero  
y desde un caballo overo  
el moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,  
que, aunque tres toros ha muerto,  
no se quiere aventurar,  
porque en lance tan incierto  
el caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,  
va a ponérsele delante:  
la fiera le acometía,  
y sin que el rejón la plante  
le mató una yegua pía.

Otra monta, acelerado:  
le embiste el toro de un vuelo,  
cogiéndole entablerado;  
rodó el bonete encarnado  
con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando  
a los de a pie que encontrara,  
el circo desocupando,  
y emplazándose, se para,  
con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir:  
la plebe grita, indignada,  
las damas se quieren ir,

porque la fiesta empezada  
no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega  
y está en medio el toro, fijo;  
cuando un portero que llega  
de la Puerta de la Vega,  
hincó la rodilla, y dijo:

«Sobre un caballo alazano,  
cubierto de galas de oro,  
demanda licencia, urbano,  
para alancear a un toro  
un caballero cristiano.»

Mucho le pesa a Aliatar;  
pero Zaida dió respuesta  
diciendo que puede entrar,  
porque en tan solemne fiesta  
nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero  
entre dudas se embaraza,  
cuando en un potro ligero  
vieron entrar en la plaza  
un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,  
bello labio, juveniles  
alientos, inquieto ardor,  
en el florido verdor  
de sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja  
por donde el almete sube,  
cual mirarse tal vez deja

del sol la ardiente madeja,  
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,  
de una cristiana primores;  
en el yelmo los plumajes  
por los visos y celajes  
vergel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,  
con recamado pendón,  
y una cifra a ver se alcanza  
que es de desesperación,  
o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla  
ancho escudo reverbera  
con blasones de Castilla,  
y el mote dice a la orilla:  
*nunca mi espada venciera.*

Era el caballo galán,  
el bruto más generoso,  
de más gallardo ademán:  
cabos negros, y brioso,  
muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida  
en las piernas descarnadas,  
cabeza pequeña, erguida,  
las narices dilatadas,  
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo  
que da Betis con tal fruto  
pudo fingir el deseo



más bella estampa de bruto,  
ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta alrededor;  
los ojos que le veían  
lleva prendados de amor:  
¡Alá te salve, decían,  
déte el Profeta favor!

Causaba lástima y grima  
su tierna edad floreciente:  
todos quieren que se exima  
del riesgo, y él solamente  
ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,  
hacen de ámbar y alcanfor  
pebeteros exhalar,  
vertiendo pomos de olor,  
de jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,  
y de más cerca le mira  
la cristiana esclava Aldara,  
con su señora se encara,  
y así la dice, y suspira:

«Señora, sueños no son:  
así los cielos, vencidos  
de mi ruego y aflicción,  
acerquen a mis oídos  
las campanas de León,  
como ese doncel, que ufano  
tanto asombro viene a dar  
a todo el pueblo africano,

es Rodrigo de Vivar,  
el soberbio castellano.

Sin descubrirle quién es,  
la Zaida desde una almena  
le habló una noche cortés:  
por donde se abrió después  
el cubo de la Almudena.

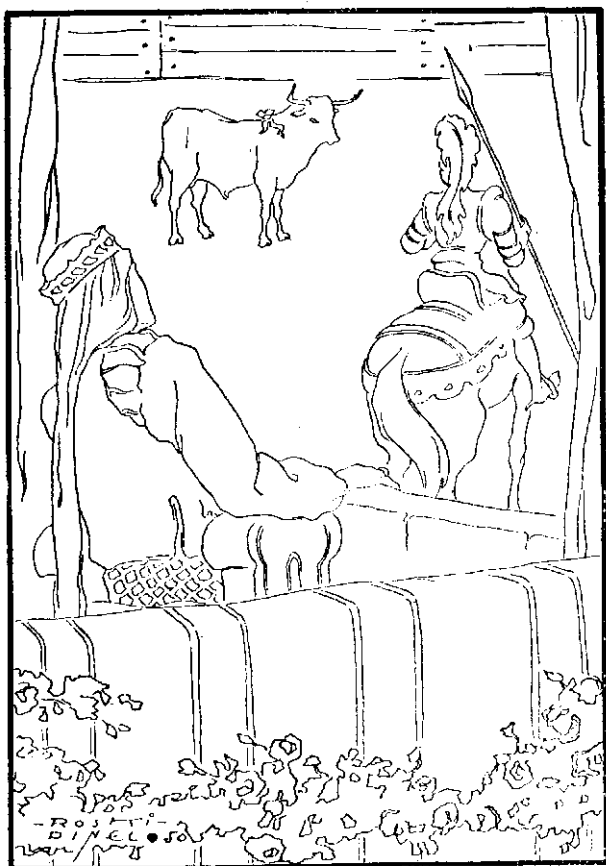
Y supo que, fugitivo  
de la corte de Fernando,  
el cristiano, apenas vivo,  
está a Jimena adorando  
y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca  
con frecuentes correrías  
y todo en torno la cerca:  
observa sus saetías,  
arroyadas y ancha alberca.»

Por eso le ha conocido:  
que, en medio de aclamaciones,  
el caballo ha detenido  
delante de sus balcones  
y la saluda, rendido.

La mora se puso en pie  
y sus doncellas detrás:  
el alcaide, que lo ve,  
enfurecido además,  
muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero  
entre el vulgo de Madrid:  
«No habrá mejor caballero,



dicen, en el mundo entero,  
y algunos le llaman Cid.»

Crece la algazara, y él,  
torciendo las riendas de oro,  
marcha al combate cruel:  
alza el galope, y al toro  
busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado  
desde que le vió llegar,  
de tanta gala asombrado,  
y alrededor le ha observado  
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
despedida de la cuerda,  
de tal suerte le embistió;  
detrás de la oreja izquierda  
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;  
segunda vez acomete,  
de espuma y sudor bañada,  
y segunda vez la mete  
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera  
con heroico atrevimiento,  
el pueblo mudo y atento;  
se engalla el toro y altera,  
y finge acometimiento.

La arena escarba, ofendido,  
sobre la espalda la arroja  
con el hueso retorcido;

el suelo huele y le moja  
en ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,  
la diestra oreja mosquea,  
vase retirando atrás  
para que la fuerza sea  
mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera  
de Zaida el rostro alterado  
claramente conociera,  
cuánto la cuesta cuidado  
el que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay, que le embiste, horrendo,  
el animal espantoso!

Jamas peñasco tremendo  
del Cáucaso cavernoso  
se desgaja, estrago haciendo,

ni llama, así, fulminante,  
cruza en negra oscuridad  
con relámpagos delante,  
al estrépito tronante  
de sonora tempestad,

como el bruto se abalanza  
en terrible ligereza;  
mas, rota con gran pujanza,  
la alta nuca, la fiereza  
y el último aliento lanza.

La confusa vocería  
que en tal instante se oyó  
fué tanta, que parecía

que honda mina reventó  
o el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba,  
Rodrigo el lazo alcanzó  
con que el toro se adornaba:  
en su lanza le clavó  
y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,  
le alarga a Zaida, diciendo:  
«Sultana, aunque bien entiendo  
ser favores excesivos,  
mi corto don admitiendo;

si no os dignáredes ser  
con él benigna, advertid  
que a mí me basta saber  
que no le debo ofrecer  
a otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,  
dijo, y turbada: «Señor,  
yo le admito y le venero,  
por conservar el favor  
de tan gentil caballero.»

Y, besando el rico don,  
para agradar al doncel,  
le prende con afición  
al lado del corazón  
por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar, el caudillo,  
de envidia ardiendo se ve,  
y, trémulo y amarillo,

sobre un tremecén rosillo  
lozaneándose fué.

Y, en ronca voz: «Castellano,  
le dice, con más decoros  
suelo yo dar de mi mano,  
si no penachos de toros,  
las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra  
cual vienes de fiesta y gala,  
vieras que en toda la tierra,  
al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.»

«Así, dijo el de Vivar,  
respondo»; y la lanza al ristre  
pone, y espera a Aliatar;  
mas sin que nadie administre  
orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos  
su muerte o prisión pedía,  
cuando se oyó en los distritos  
del monte de Leganitos  
del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y soto  
tercio escogido emboscó,  
que, viendo como tardó,  
se acerca, oyó el alboroto  
y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir  
por la puerta a su señor,  
y Zaida a le despedir,

iban la fuerza a embestir:  
tal era ya su furor.

El alcaide, recelando  
que en Madrid tenga partido,  
se templó, disimulando,  
y por el parque florido  
salió con él razonando.

Y es fama que, a la bajada,  
juró por la cruz el Cid  
de su vencedora espada,  
de no quitar la celada  
hasta que gane a Madrid.

#### CONSUELO DE UNA AUSENCIA

Ausentábase Alboraya  
de los muros de Madrid,  
la mora que más hermosa  
plegó almaizar tunejí.

Blanca, rubia y colorada,  
con los ojos de zafir,  
en la zambra muy maestra,  
en el adufe y lilí.

A despedirla salió  
el gallardo Abenozmín,  
un morillo que a la bella  
la sacó fuera de sí;  
en las cañas y sortija  
el más diestro y más gentil,



el que de un golpe divide  
la jarameña cerviz.

Servía a la mora el moro,  
y rendidos en la lid  
enviaba a sus mazmorras  
los cristianos mil a mil.

Sobre un alazán cabalga  
hijo de Guadalquivir,  
y le fulmina al tocarle  
el acicate sutil.

Lleva adornado el bonete  
con hebras de oro de Ofir,  
digo, con rubios cabellos  
que prendió su dama allí.

Las plumas y martinetes  
confunden colores mil,  
y al cielo estrellado imita  
rica marlota turquí.

El corvo alfanje suspende  
del bordado tahalí,  
muchas veces vencedor  
en el alcance y la lid.

Pintó en la adarga de Fez  
un corazón de carmín,  
con un mote que decía:  
*Hasta el corazón te di.*

Preciosa cadena de oro,  
sobre el pecho, en un viril,  
cuelga el retrato adorado  
entre el diamante y rubí.

Tan bizarro salió el moro,  
que las damas de Madrid  
ni dejan los miradores,  
ni le cesan de aplaudir.

El, viendo ya de las puertas  
su linda mora salir,  
escaramuzando en torno  
la saludaba gentil.

Correspondióle agradable,  
diciéndole: «Abenozmín,  
Alá sabe lo que siento  
esta jornada infeliz.

»Si sabes corresponder  
a lo que verás en mí,  
de tu amor el premio puedes  
a tu voluntad medir.

»Para probar los amantes,  
prueba que nunca temí,  
es oportuna la ausencia,  
ausencia que tiene fin.

»Si, como dices, me adoras,  
no te debes afligir,  
pues conociéndome más,  
muestras la fe que hay en ti.»

Humilde, responde el moro:  
«Gallarda señora, así  
permita el cielo que venza  
en batalla al fiero Cid,  
como yo seré constante;  
aunque lluevan sobre mí

más desdichas, que al cristiano  
le causó nuestro Tarif.

Alá te guíe, pues sabes  
con ingenio tan sutil,  
esperando merecer,  
hacer la ausencia feliz.»

## EPIGRAMAS

### LAUDABLE TEMPLANZA

Ayer convidé a Torcuato;  
comió sopas y puchero,  
media pierna de carnero,  
dos gazapillos y un pato.

Doile vino y respondió:  
«Tomadlo, por vuestra vida,  
que hasta mitad de comida  
no acostumbro a beber yo.»

### SABER SIN ESTUDIAR

Admiróse un portugués  
de ver que en su tierna infancia  
todos los niños en Francia  
supiesen hablar francés:

«Arte diabólica es,  
dijo, torciendo el mostacho,



que para hablar en gabacho  
un fidalgo en Portugal,  
llega a viejo, y lo habla mal;  
y aquí lo parla un muchacho.»





FELIX MARIA SAMANIEGO

*La Guardia (Alava), 1745-1801.*

F A B U L A S

LAS MOSCAS

A un panal de rica miel  
dos mil moscas acudieron,  
que, por golosas, murieron,  
presas de patas en él.  
Otra, dentro de un pastel,  
enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,  
los humanos corazones  
perecen en las prisiones  
del vicio que los domina.*

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS

Apacentando un joven su ganado,  
gritó desde la cima de un collado:

«¡Favor; que viene el lobo, labradores!»  
Estos, abandonando sus labores,  
acuden prontamente,  
y hallan que es una chanza solamente.  
Vuelve a clamar, y temen la desgracia.  
Segunda vez los burla. ¡Linda gracia!  
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?  
Que vino en realidad la hambrienta fiera.  
Entonces el zagal se desgaña,  
y por más que pateo, llora y grita,  
no se mueve la gente escarmentada,  
y el lobo le devora la manada

*¡Cuántas veces resulta de un engaño  
contra el engañador el mayor daño!*

#### EL LOBO Y EL PERRO FLACO

Distante de la aldea,  
iba cazando un perro  
flaco, que parecía  
un andante esqueleto.  
Cuando menos lo piensa,  
un lobo le hizo preso;  
aquí de sus clamores,  
de sus llantos y ruegos.  
«Decidme, señor Lobo:  
¿qué queréis de mi cuerpo,

si no tiene otra cosa  
que huesos y pellejo?  
Dentro de quince días  
casa a su hija mi dueño,  
y ha de haber para todos  
arroz y gallo muerto.  
Dejadme ahora libre,  
que, pasado este tiempo,  
podréis comerme a gusto,  
lucio, gordo y relleno.»  
Quedaron convenidos,  
y apenas se cumplieron  
los días señalados,  
el lobo buscó al perro.  
Estábase en su casa  
con otro compañero,  
llamado Matalobos,  
mastín de los más fieros;  
salen a recibirle  
al punto que le vieron,  
Matalobos bajaba  
con corbatín de hierro.  
No era el lobo persona  
de tantos cumplimientos;  
y así, por no gastarlos,  
cedió de su derecho.  
Huía, y le llamaban;  
mas él iba diciendo,  
con el rabo entre piernas:  
«Pies ¿para qué os quiero?»

*Hasta los niños saben  
que es de mayor aprecio  
un pájaro en la mano  
que por el aire ciento*

#### LA ALFORJA

En una alforja al hombro  
llevo los vicios:  
los ajenos, delante;  
detrás, los míos.

*Esto hacen todos:  
así ven los ajenos,  
mas no los propios.*

#### EL LADRON

Por catar una colmena  
cierto goloso ladrón,  
del venenoso aguijón  
tuvo que sufrir la pena.  
«La miel, dice, está muy buena:  
es un bocado exquisito;  
por el aguijón maldito  
no volveré al colmenar.»

*¡Lo que tiene el encontrar  
la pena tras el delito!*



EL CUERVO Y EL ZORRO

En la rama de un árbol,  
bien ufano y contento,  
con un queso en el pico,  
estaba el señor Cuervo.  
Del olor atraído  
un Zorro muy maestro,  
le dijo estas palabras,  
o poco más o menos:  
«Tenga usted buenos días,  
señor Cuervo, mi dueño;  
¡vaya que estáis donoso;  
mono, lindo en extremo!  
Yo no gasto lisonjas,  
y digo lo que siento;  
que si a tu bella traza  
corresponde el gorjeo,  
juro a la diosa Ceres,  
siendo testigo el cielo,  
que tú serás el fénix  
de tan vastos imperios.»  
Al oír un discurso  
tan dulce y halagüeño,  
de vanidad llevado,  
quiso cantar el Cuervo.  
Abrió su negro pico,  
dejó caer el queso.

El muy astuto Zorro,  
después de haberlo preso,  
le dijo: «Señor bobo,  
pues sin otro alimento,  
quedáis con alabanzas  
tan hinchado y repleto,  
digerid las lisonjas  
mientras yo como el queso.»

*Quien oye aduladores,  
nunca espere otro premio.*

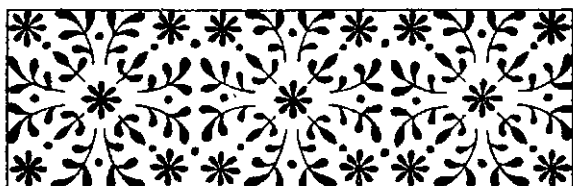
#### LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Érase una gallina que ponía  
un huevo de oro al dueño cada día.  
Aun con tanta ganancia mal contento,  
quiso el rico avariento  
descubrir de una vez la mina de oro,  
y hallar en menos tiempo más tesoro.  
Matóla; abrióla el vientre de contado;  
pero, después de haberla registrado,  
¿qué sucedió? Que muerta la gallina,  
perdió su huevo de oro y no halló mina.

*¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante,  
enriquecerse quieren al instante,  
abrazando proyectos  
a veces de tan rápidos efectos,*

*que sólo en pocos meses,  
cuando se contemplaban ya marqueses,  
contando sus millones,  
se vieron en la calle sin calzones!*





TOMAS DE IRIARTE

Orotava (Canarias), 1750—Madrid, 1791.

F A B U L A S

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA

*Los que corrompen su idioma  
no tienen otro desquite que lla-  
mar PURISTAS a los que le hablan  
con propiedad, como si el serlo  
fuera tacha.*

De Santo Domingo traje  
dos loros una señora.  
La isla, en parte francesa,  
y otra parte, española.  
Así, cada animalito  
hablaba distinto idioma.  
Pusiéronlos al balcón,  
y aquello era Babilonia.  
De francés y castellano  
hicieron tal pepitoria,  
que al cabo ya no sabían  
hablar ni una lengua ni otra.  
El francés del español  
tomó voces, aunque pocas;  
el español al francés  
casi se las tomó todas.

Manda el ama separarlos;  
 y el francés luego reforma  
 las palabras que aprendió  
 de lengua que no es de moda.  
 El español, al contrario,  
 no olvida la jerigonza,  
 y aun discurre que con ella  
 ilustra su lengua propia.  
 Llegó a pedir en francés  
 los garbanzos de la olla;  
 y desde el balcón de enfrente  
 una erudita cotorra  
 la carcajada soltó,  
 haciendo del loro mofa.  
 Él respondió solamente,  
 pero por tacha afrentosa:  
 «¡Vos no sois que una purista!»;  
 y ella dijo: «A mucha honra.»  
 ¡Vaya, que los loros son  
 lo mismo que las personas!

EL BURRO FLAUTISTA

*Sin reglas del arte, el que  
 en algo acierta, acierta por  
 casualidad.*

Esta fabulilla,  
 salga bien o mal,  
 me ha ocurrido ahora  
 por casualidad.

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un borrico  
por casualidad.

Una flauta en ellos  
halló, que un zagal  
se dejó olvidada  
por casualidad.

Acercóse a olerla  
el dicho animal,  
y dió un resoplido  
por casualidad.

En la flauta el aire  
se hubo de colar,  
y sonó la flauta  
por casualidad.

«¡Oh—dijo el borrico—  
qué bien sé tocar!  
¡Y dirán que es mala  
la música asnal!»

Sin reglas de arte,  
borriquitos hay  
que una vez aciertan  
por casualidad.

LOS DOS CONEJOS

*No debemos detenernos en  
cuestiones frívolas, olvidando  
el asunto principal.*

Por entre unas matas,  
seguido de perros,  
(no diré corría)  
volaba un conejo.

De su madriguera  
salió un compañero,  
y le dijo: «Tente,  
amigo; ¿qué es esto?»

«¿Qué ha de ser?—responde—  
sin aliento llevo...

Dos pícaros galgos  
me vienen siguiendo.»

«Sí—replica el otro—  
por allí los veo...  
pero no son galgos.»

«¿Pues qué son?» «Podencos.»

«¿Qué? ¿Podencos dices?»

«Sí, como mi abuelo.»

«Galgos y muy galgos,  
bien visto lo tengo.»

«Son podencos; vaya,  
que no entiendes de eso.»

«Son galgos te digo.»

«Digo que podencos.»

En esta disputa,  
llegando los perros,  
pillan descuidados  
a mis dos conejos.

Los que por cuestiones  
de poco momento  
dejan lo que importa,  
llévense este ejemplo.

#### ANACREONTICA

Cuando la tierra fría  
dé hospedaje a mi cuerpo,  
¿qué servirá que deje  
acá renombre eterno;  
que me erija un amigo  
sepulcral monumento;  
que me escriba la vida;  
que publique mis versos;  
que damas y galanes,  
niños, mozos y viejos  
me lean, y me lloren  
mis parientes y afectos?  
Esta fama, esta gloria,  
a que aspiran mil necios,  
no me da, mientras vivo,  
vanidad ni consuelo.  
No quiero yo otra fama,  
otra gloria no quiero,



sino que se oiga en boca  
de niños, mozos, viejos,  
de damas y galanes,  
de parientes y afectos:  
«Este hombre quiso a Laura,  
y Laura es quien le ha muerto.»

S O N E T O

¡Fresca arboleda del jardín sombrío,  
clara fuente, sonoras avecillas,  
verde prado, que esmaltas las orillas  
del celebrado y anchuroso río!

¡Grata aurora, que viertes el rocío  
por entre nubes rojas y amarillas,  
bello horizonte de lejanas villas,  
aura blanda, que templas el estío!

¡Oh, soledad!, quien puede te posea;  
que yo gozara en tu apacible seno  
el placer que otros ánimos recrea,  
si tu silencio y tu retiro ameno  
más viva no ofrecieran a mi idea  
la imagen de la ingrata por quien peno.





JUAN MELENDEZ VALDES

*Ribera del Fresno (Badajoz), 1754 — Montpellier  
(Francia), 1817.*

EL AMOR MARIPOSA

Viendo el Amor un día  
que mil lindas zagalas  
huían de él, medrosas,  
por mirarle con armas,  
dicen que, de picado,  
les juró la venganza  
y una burla les hizo,  
como suya, extremada.  
Tornóse en mariposa,  
los bracitos en alas,  
y los pies ternezuelos  
en patitas doradas.  
¡Oh! ¡Qué bien que parece!  
¡Oh! ¡Qué suelto que vaga,  
y ante el sol hace alarde  
de su púrpura y nácar!

Ya en el valle se pierde,  
ya en una flor se para,  
ya otra besa festivo  
y otra ronda y halaga.  
Las zagalas, al verle,  
por sus vuelos y gracias  
mariposa le juzgan,  
y en seguirle no tardan.  
Una a cogerle llega  
y él la burla y se escapa;  
otra en pos va corriendo  
y otra simple lo llama;  
despertando el bullicio  
de tan loca algazara  
en sus pechos incautos  
la ternura más grata.  
Ya que juntas las mira  
dando alegres risadas,  
súbito Amor se muestra,  
y a todas las abraza.  
Mas las alas ligeras  
en los hombros por gala  
se guardó el fementido,  
y así a todos alcanza.  
También de mariposa  
le quedó la inconstancia:  
llega, hiere, y de un pecho  
a herir otro se pasa.

A LA NOCHE

¿Do está, graciosa noche,  
tu triste faz, y el miedo  
que a los mortales causa  
tu lóbrego silencio?  
¿Do está el horror, el luto  
del delicado velo  
con que del Sol nos cubres  
el lánguido reflejo?  
¡Cuán otra, cuán hermosa  
te miro yo, que huyendo  
del popular ruido  
la dulce paz deseo!  
¡Tus sombras qué suaves,  
cuán puro es el contento  
de las tranquilas horas  
de tu dichoso imperio!  
Ya extático, los ojos  
alzando el alto cielo,  
mi espíritu arrebata  
en pos de sus luceros.  
Ya en el vecino bosque  
los fijo, y con un tierno  
pavor sus negros chopos  
en formas mil contemplo.  
Ya me distraigo al silbo  
con que entre blando juego  
los más flexibles ramos

agita manso el viento.  
Su rueda plateada  
la Luna va subiendo  
por las opuestas cimas  
con plácido sosiego.  
Ora una débil nube  
que le salió al encuentro,  
de transparente gasa  
le cubre el rostro bello;  
ora en su solio augusto  
baña de luz el suelo,  
tranquila y apacible  
como lo está mi pecho;  
ora finge en las ondas  
del líquido arroyuelo  
mil luces, que con ellas  
parecen ir corriendo.  
El se apresura en tanto,  
y a regalado sueño  
los ojos solicita  
con un murmullo lento.  
Las flores, de otra parte,  
un ámbar lisonjero  
derraman, y al sentido  
dan mil placeres nuevos.  
¿Do estás viola amable,  
que con temor modesto  
sólo a la noche fías  
tu embalsamado seno?  
¡Ay! ¡Cómo en él se duerme

con plácido meneo  
ya de volar cansado  
el céfiro travieso!  
Pero, ¿qué voz süave,  
en amoroso duelo,  
las sombras enternece  
con ayes halagüeños?  
¡Oh rui señor cuitado!  
tu delicado acento,  
tus trinos melodiosos  
tu revolver inquieto  
me dicen los dolores  
de tu sensible afecto.  
¡Felice tú, que sabes  
tan dulce encarecerlo!  
¡Oh! ¡Goce yo contino,  
goce tu voz, y al eco  
me duerma de tus quejas,  
sin sustos ni recelos!

DOÑA ELVIRA

«No sé qué grave desdicha  
me pronostican los cielos,  
que desplomados parecen  
de sus quiciales eternos.  
Ensangrentada la Luna  
no alumbra, amedrenta el suelo,

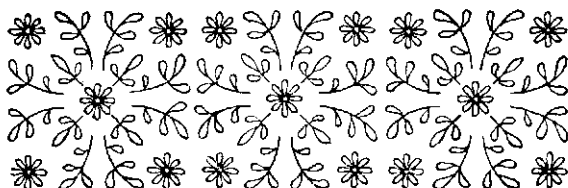
si las tinieblas no ahogan  
sus desmayados reflejos.  
En guerra horrible combaten  
embravecidos los vientos,  
llenando su agudo silbo  
de pavor mi helado seno.  
Atruenan el hojoso bosque  
y parece que allá lejos,  
llevados sobre las nubes,  
gimen mil lúgubres genios.  
Hados ¿qué queréis decirme,  
o qué amenaza este estruendo,  
este confuso desorden  
que en Naturaleza veo?»  
Así hablaba doña Elvira,  
encerrada en su aposento  
cuando la callada noche  
el mundo sepulta en sueño.  
Ella vela; sus cuidados  
no permiten que un momento  
halle el ansiado reposo,  
cierre sus ojos Morfeo  
doña Elvira, que viuda  
del Comendador don Tello,  
señor de Herrera y las Navas,  
castellano de Toledo,  
bajo un sencillo tocado,  
cubierto el rubio cabello,  
sin sus oros la garganta,  
y el monjil y sayas negros,

en soledad y retiro,  
sumida en dolor inmenso,  
diez años ha que le llora  
como le lloró el primero.

.....  
.....







LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

*Madrid, 1760—París, 1828.*

ODA A LA VIRGEN DE LENDINARA

Ya los felices campos que corona  
profundo el Po, y el Atesis fecunda,  
oigo sonar con voces de alegría  
que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,  
hoy los altares religiosa adorna  
de la tierna Doncella, a cuya planta  
yace el dragón temido.

Mármoles y oro que su templo visten  
fúlgidos brillan, y a los corvos techos,  
que el pincel abultó de formas bellas,  
sube el incienso en humo.

Al venerando simulacro en torno  
votos ofrecen: dulce melodía  
hiere los aires, y en acordes himnos  
alto Numen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano  
calma, y el brazo vengador suspende,  
cuando el castigo se levanta y tiembla  
de su amago el Olimpo;

ella su pueblo cariñosa guarda:  
ella disipa los acerbos males  
que al mundo cercan, y a su imperio prontos  
los elementos ceden.

Basta su voz a conturbar los senos  
donde cercado de tiniebla eterna  
reina el tirano aborrecido, origen  
de la primera culpa.

Basta su voz a serenar del hondo  
mar, que los vientos rápidos agitan,  
las crespas olas, y romper las nubes,  
donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso  
suene, y el fuego que su centro oculta  
haga los montes vacilar, cayendo  
los alcázares altos;

o ya, sus alas sacudiendo negras,  
el austro aliento venenoso esparza,  
y a las naciones populosas lleve  
desolación horrible;

ella invocada, del sublime asiento  
desde donde a sus pies ve las estrellas,  
quietud impone al mundo, y los estragos  
cesan, y huye la muerte.

¡Oh!, celebradla; y el dichoso día,  
que nos detuvo perezoso el tiempo,  
de Fe, de gratitud, ejemplo sea  
a los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne  
en ritmo ausonio y sus elogios cante,

ella comprende, aunque de voz carezca,  
el idioma del alma.

Sí: tú me inspira, y en amor divino  
arda por ti mi corazón, y anhele  
sólo adorarte, como los eternos  
espíritus te adoran:

que nada estorba para serte grato,  
Virgen hermosa, que en hispano verso  
rudo, sin arte, humilde te celebre  
si religión le dicta.

En él te invoca, de esperanza llena  
mi madre España, que a tu culto santo,  
hasta el vencido antípoda remoto  
aras dedica y templos.

## EPIGRAMAS

### A UN MAL BICHO

¿Veis esa repugnante criatura,  
chato, pelón, sin dientes, estevado,  
gangoso y sucio y tuerto y jorobado?  
Pues lo mejor que tiene es la figura.

### A PEDANCIO

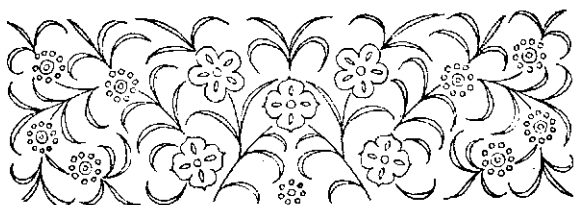
Tu crítica majadera  
de los dramas que escribí,

Pedancio, poco me altera:  
más pesadumbre tuviera,  
si te gustaran a ti.

A UN ESCRITOR DESVENTURADO,  
CUYO LIBRO NADIE QUISO COMPRAR

En un cartelón leí  
que tu obrilla baladí  
la vende Navamorcuende...  
No ha de decir que la vende,  
sino que la tiene allí.





MANUEL JOSE QUINTANA

*Madrid, 1772-1857.*

AL SUEÑO

Tú, mudo esposo de la noche umbría,  
¡oh padre del sosiego,  
sueño consolador! ¿por qué te niegas  
a mi lloroso ruego?  
¿por qué a mis sienes con piedad no llegas?  
y no que lento y vagaroso bates  
lejos de mí tu desmayado vuelo,  
y esparces en el suelo  
la niebla del balsámico rocío,  
con que el dolor serenas,  
y el vivo afán de las acerbadas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías;  
suspende, ¡ay Dios!, suspende  
por un momento el velador cuidado,  
y en él tu velo vaporoso tiende.  
¿No bastan, di, para penar los días?  
mi espíritu, rendido

a tanta agitación, mi triste pecho,  
de palpar cansado,  
y en ansia y fuego el corazón deshecho,  
tu celestial venida  
imploran, ¡ay!, a restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano  
mezclarme quise al alborozo insano  
del ruidoso festín, y la ancha copa  
henchí tres veces de espumoso vino.  
Tres veces la apuré, sediento y ciego;  
pero en mi yerta boca  
se heló la risa y se tornó en gemido.  
Y el ardiente licor que entró en mi seno,  
en vez de dar a mi dolor reposo,  
raudal fué impetuoso  
de hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor oías,  
y blandamente en derredor volabas,  
y halagüeño doblabas  
la gloria de mis días,  
que tú en la noche a redoblar venías.  
¡Oh ilusiones de bien! ¿Dónde habéis ido?  
¿Tal vez a no tornar? Tal vez si ahora  
¡oh sueño! has de venir, vendrá contigo  
a atormentarme airada  
del bien perdido la doliente idea;  
mas ven, sueño, a mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas  
 al ocaso avvicinan  
 su refulgente carro, y presurosas  
 las centelleantes Pléyadas se inclinan.  
 La luna fatigada  
 se retira hacia el mar, y ya la aurora  
 precipita la hora  
 que anuncia en el oriente  
 su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,  
 vendrá, y mis ojos, de velar cansados,  
 su luz no sostendrán ni su alegría.

¡Ríndete a compasión, sueño precioso!  
 tu néctar delicioso  
 mi triste frente halague,  
 y blando y dulce y regalado vague...  
 ¿Me escuchas? ¡Oh favor! Ya desmayados  
 mis sentidos fallecen,  
 mis miembros se entorpecen,  
 mis párpados se agravan,  
 las penas mismas su inclemencia fiera  
 con tu presencia acaban.  
 ¡Quién de ellas libre al despertar se viera!

A ESPAÑA, DESPUES DE LA REVOLUCION DE MARZO

¿Qué era, decidme, la nación que un día  
 reina del mundo proclamó el destino,  
 la que a todas las zonas extendía  
 su cetro de oro y su blasón divino?

Volábase a Occidente,  
y el vasto mar Atlántico sembrado  
se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Doquiera España: en el preciado seno  
de América, en el Asia, en los confines  
del Africa, allí España. El soberano  
vuelo de la atrevida fantasía  
para abarcarla se cansaba en vano;  
la tierra sus mineros le rendía,  
sus perlas y coral el Oceano,  
y donde quier que revolver sus olas  
él intentase, a quebrantar su furia  
siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,  
abandonada a la insolencia ajena,  
como esclava en mercado, ya aguardaba  
la ruda argolla y la servil cadena.  
¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro  
la pestilente fiebre respirando,  
infestó el aire, emponzoñó la vida;  
el hambre enflaquecida  
tendió sus brazos lívidos, ahogando  
cuanto el contagio perdonó; tres veces  
de Jano el templo abrimos,  
y a la trompa de Marte aliento dimos;  
tres veces, ¡ay!, los dioses tutelares  
su escudo nos negaron, y nos vimos  
rotos en tierra y rotos en los mares.  
¿Qué en tanto tiempo viste



por tus inmensos términos, oh Iberia?  
¿Qué viste ya sino funesto luto,  
honda tristeza, sin igual miseria,  
de tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,  
pobre bajel a naufragar camina,  
de tormenta en tormenta despeñado,  
por los yermos del mar; ya ni en su popa  
las guirnaldas se ven que antes le ornaban,  
ni en señal de esperanza y de contento  
la flámula riendo al aire ondea.  
Cesó en su dulce canto el pasajero,  
ahogó su vocería  
el ronco marinero,  
terror de muerte en torno le rodea,  
terror de muerte silencioso y frío;  
y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano  
el tirano del mundo al Occidente,  
y fiero exclama: «El Occidente es mío.»  
Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
resplandeció, como en el seno oscuro  
de nube tormentosa en el estío  
relámpago fugaz brilla un momento  
que añade horror con su fulgor sombrío.  
Sus guerreros feroces  
con gritos de soberbia el viento llenan;  
gímen los yunques, los martillos suenan,

arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso pensáis que espadas son para el combate las que mueven sus manos codiciosas? no en tanto os estiméis: grillos, esposas, cadenas son que en vergonzosos lazos por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España  
del indigno rumor que cerca oía,  
y al grande impulso de su justa saña  
rompió el volcán que en su interior hervía.  
Sus déspotas antiguos  
consternados y pálidos se esconden;  
resuena el eco de venganza en torno,  
y del Tajo las márgenes responden:  
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,  
los colosos de oprobio y de vergüenza  
que nuestro bien en su insolencia ahogaban?  
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;  
y tú, orgulloso y fiero,  
viendo que aún hay Castilla y castellanos,  
precipitas al mar tus rubias ondas,  
diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!  
¿Con qué puede ya dar el labio mío  
el nombre augusto de la patria al viento?  
Yo le daré; mas no en el arpa de oro  
que mi cantar sonoro  
acompañó hasta aquí; no aprisionado

en estrecho recinto, en que se apoca  
 el numen en el pecho  
 y el aliento fatídico en la boca.  
 Desenterrad la lira de Tirteo,  
 y el aire abierto a la radiante lumbre  
 del sol, en la alta cumbre  
 del ríscoso y pinífero Fuenfría,  
 allí volaré yo, y allí cantando  
 con voz que atruene en derredor la sierra,  
 lanzaré por los campos castellanos  
 los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
 único asilo y sacrosanto escudo  
 al ímpetu sañudo  
 del fiero Atila que a Occidente oprime!  
 ¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis  
 ved del tercer Fernando alzarse airada  
 la augusta sombra; su divina frente  
 mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
 blandir el Cid su centelleante espada,  
 y allá sobre los altos Pirineos,  
 del hijo de Jimena  
 animarse los miembros gigantes.  
 En torvo ceño y desdeñosa pena  
 ved cómo cruzan por los aires vanos;  
 y el valor exhalando que se encierra  
 dentro del hueco de sus tumbas frías,  
 en fiera y bronca voz pronuncian: «¡Guerra!»

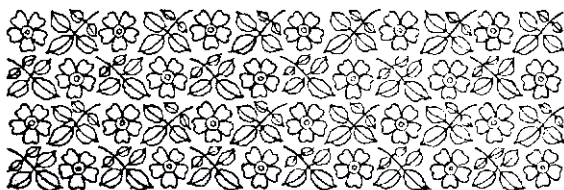
«¡Pues qué! ¿Con faz serena  
viérais los campos devastar opimos,  
eterno objeto de ambición ajena,  
herencia inmensa que afanando os dimos?  
Despertad, raza de héroes: el momento  
llegó ya de arrojarse a la victoria;  
que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
No ha sido en el gran día  
el altar de la patria alzado en vano  
por vuestra mano fuerte.  
Juradlo, ella os lo manda ¡*Antes la muerte,  
que consentir jamás ningún tirano!*

Sí, yo lo juro, venerables sombras;  
yo lo juro también, y en este instante  
ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
ceñidme el casco fiero y refulgente;  
volemos al combate, a la venganza;  
y el que niegue su pecho a la esperanza,  
hunda en el polvo la cobarde frente.  
Tal vez el gran torrente  
de la devastación en su carrera  
me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura  
no se muere una vez? ¿No iré, expirando,  
a encontrar nuestros ínclitos mayores?  
«¡Salud, oh padres de la patria mía,  
yo les diré: salud! La heroica España

de entre el estrado universal y horrores  
levanta la cabeza ensangrentada,  
y vencedora de su mal destino,  
vuelve a dar a la tierra amedrentada  
su cetro de oro y su blasón divino.»

(1808)





ALBERTO LISTA

*Sevilla, 1775-1848:*

LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres Tú el que, velando  
la excelsa majestad en nube ardiente,  
fulminaste en Siná? Y el impío bando,  
que eleva contra Ti la osada frente,  
¿es el que oyó medroso  
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ahora abandonado  
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo  
alzas gimiendo el rostro lastimado;  
cubre tus bellos ojos mortal velo,  
y su luz extinguida,  
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;  
amor más poderoso que la muerte;  
por él de la maldad sobre la pena  
el Dios de las virtudes, y el león fuerte  
se ofrece al golpe fiero  
bajo el vellón de cándido cordero;

¡Oh víctima preciosa,  
ante siglos de siglos degollada!

Aun no ahuyentó la noche pavorosa  
 por vez primera el alba nacarada,  
 y hostia del amor tierno,  
 moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡Quién podrá mirarte,  
 oh paz, oh gloria del culpado mundo!  
 ¿Qué pecho empedernido no se parte  
 al golpe acerbo del dolor profundo,  
 viendo que en la delicia  
 del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales  
 de esas sangrientas llagas, Amor mío?  
 ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
 de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío  
 a tu frente divina  
 ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crüeles;  
 al Santo perdonad, muera el malvado;  
 si sois de un justo Dios ministros fieles,  
 caiga la dura pena en el culpado;  
 si la impiedad os guía  
 y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres Tú solo  
 la víctima de paz, que el hombre espera.  
 Si del oriente al escondido polo  
 un mar de sangre criminal corriera,  
 ante Dios irritado,  
 no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo  
 su cólera en diluvios descendía,

y a la maldad que dominaba el suelo  
y a las malvadas gentes envolvía,  
de la diestra potente  
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre  
de los montes el agua vengadora:  
el sol, amortecida la alba lumbre,  
que el firmamento rápido colora,  
por la esfera sombría  
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado  
de su semblante descogió el Eterno.  
mas ya, Dios de venganza, tu Hijo amado,  
domador de la muerte y del Averno,  
tu cólera infinita  
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:  
*Padre de amor, por qué me abandonaste?*  
Señor, extingue la funesta llama  
que en tu furor al mundo derramaste:  
de la acerba venganza  
que sufre el Justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga  
el rayo entre las manos del Potente?  
Ya de la muerte la tiniebla vaga  
por el semblante de Jesús doliente,  
y su triste gemido  
oye el Dios de las iras complacido.

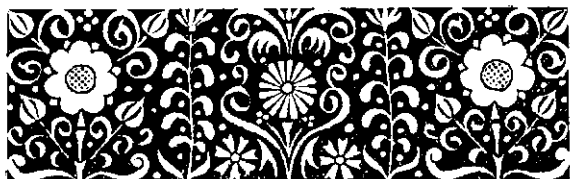
Ven, ángel de la muerte:  
esgrime, esgrime la fulmínea espada,



y el último suspiro del Dios fuerte,  
que la humana maldad deja expiada,  
suba al solio sagrado,  
do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!  
Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo  
yace el Criador; mas la maldad aterra,  
y un grito de furor lanza el profundo.  
Muere... Gemid, humanos:  
todos en Él pusisteis vuestras manos.





JUAN NICASIO GALLEGO

*Zamora, 1777—Madrid, 1853.*

EL DOS DE MAYO

*Animus meminisse horret luctuque  
refugit. - VIRG.: Aen. V. 12 lib. II.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
del miserable que esquivando el sueño  
profundas penas en silencio gime,  
no desdeñes mi voz: letal beleño  
presta a mis sienes, y, en tu horror sublime  
empapada la ardiente fantasía,  
da a mi pincel fatídicos colores  
con que el tremendo día  
traze el fulgor de vengadora tea,  
y el odio irrite de la patria mía,  
y escándalo y terror al orbe sea.

¡Día de execración! La destructora  
mano del tiempo le arrojó al averno;  
mas ¿quién el sempiterno  
clamor con que los ecos importuna  
la madre España en enlutado arreo  
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,

al pálido lucir de opaca luna,  
entre cipreses fúnebres la veo:  
trémula, yerta, y desceñido el manto,  
los ojos moribundos  
al cielo vuelve, que le oculta el llanto;  
roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
yace entre el polvo, y el león guerrero  
lanza a sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta  
que agosta en su furor hórrido viento,  
de víctimas sin cuento  
lloró la destrucción Mantua afligida!  
Yo vi, yo vi su juventud florida  
correr inerte al huésped ominoso.  
Mas ¿qué su generoso  
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,  
en quien su honor y su defensa fía,  
la condenó al cuchillo.  
¿Quién ¡ay! la alevosía,  
la horrible asolación habrá que cuente,  
que, hollando de amistad los santos fueros,  
hizo furioso en la indefensa gente  
ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles  
gritando se despeña  
la infame turba que abrigó en su seno;  
rueda allá rechinando la cureña,  
acá retumba el espantoso trueno;  
allí el joven lozano,  
el mendigo infeliz, el venerable

sacerdote pacífico, el anciano  
que con su arada faz respeto imprime,  
juntos amarra su dogal tirano.  
En balde, en balde gime,  
de los duros satélites en torno,  
la triste madre, la afligida esposa  
con doliente clamor; la pavorosa  
fatal descarga suena,  
que a luto y llanto eterno la condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido  
mirad ese infelice  
quejarse al adalid empedernido  
de otra cuadrilla atroz. «¡Ah!, ¿qué te hice?»  
exclama el triste, en lágrimas deshecho.  
«Mi pan y mi mansión partí contigo,  
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
templé tu sed y me llamé tu amigo.  
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje  
sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
con dura muerte y con indigno ultraje?»  
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!  
El monstruo infame a sus ministros mira,  
y, con tremenda voz gritando: ¡fuego!,  
tinto en su sangre el desgraciado expira.

Y en tanto ¿dó se esconden,  
dó están ¡oh, cara patria! tus soldados,  
que a tu clamor de muerte no responden?  
Presos, encarcelados  
por jefes sin honor, que, haciendo alarde

de su perfidia y dolo,  
a merced de los vándalos te dejan,  
como entre hierros el león, forcejan  
con inútil afán. Vosotros sólo,  
fuerte Daoíz, intrépido Velarde,  
que osando resistir al gran torrente,  
dar supisteis en flor la dulce vida  
con firme pecho y con serena frente;  
si de mi libre musa  
jamás el eco adormeció a tiranos,  
ni vil lisonja emponzoñó su aliento,  
allá del alto asiento  
a que la acción magnánima se eleva,  
el himno oíd que a vuestro nombre entona  
mientras la fama alígera le lleva  
del mar de hielo a la abrasada zona.

Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas  
por la opresa metrópoli tendiendo,  
la yerma asolación sus plazas cubre,  
y al áspero silbar de ardientes balas,  
y al ronco son de los preñados bronce,  
nuevo fragor y estrépito sucede.  
¿Oís cómo, rompiendo  
de moradores tímidos las puertas,  
caen estallando de los fuertes gonces?  
¡Con qué espantoso estruendo  
los dueños buscan, que medrosos huyen!  
Cuanto encuentran destruyen,  
bramando, los atroces forajidos,  
que el robo infame y la matanza ciegan.

¿No veis cuál se despliegan,  
penetrando en los hondos aposentos,  
de sangre y oro y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan  
cuanto se ofrece a la sangrienta espada.  
Aquí, matando al dueño, se alborozan,  
hieren allí su esposa acongojada:

la familia asolada  
yace expirando, y con feroz sonrisa  
sorben voraces el fatal tesoro.  
Suelta, a otro lado, la madeja de oro,  
mustio el dulce carmín de su mejilla,  
y en su frente marchita la azucena,  
con voz turbada y anhelante lloro,  
de su verdugo ante los pies se humilla  
tímida virgen, de amargura llena;  
mas, con furor de hiena,  
alzando el corvo alfanje damasquino,  
hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,  
que ya la voz rehusa,  
embargada en suspiros, mi garganta!  
Y, en ignominia tanta,  
¿será que rinda el español bizarro  
la indómita cerviz a la cadena?  
No, que ya en torno sueña  
de Palas fiera el sanguinoso carro,  
y el látigo estallante  
los caballos flamígeros hostiga.  
Ya el duro peto y el arnés brillante

visten los fuertes hijos de Pelayo.  
 Fuego arrojó su ruginoso acero:  
 «¡venganza y guerra!», resonó en su tumba;  
 «¡venganza y guerra!», repitió Moncayo;  
 y, al grito heroico que en los aires zumba,  
 «¡venganza y guerra!», claman Turia y Duero.

    Guadalquivir guerrero  
 alza al bélico son la regia frente,  
 y del Patrón valiente  
 blandiendo altivo la nudosa lanza,  
 corre gritando al mar: «¡Guerra y venganza!»  
 ¡Oh sombras infelices  
 de los que aleve y bárbara cuchilla  
 robó a los dulces lares!  
 ¡Sombras inultas que, en fugaz gemido,  
 cruzáis los anchos campos de Castilla!  
 La heroica España, en tanto que al bandido  
 que, a fuego y sangre, de insolencia ciego,  
 brindó felicidad, a sangre y fuego  
 le retribuye el don, sabrá, piadosa,  
 daros solemne y noble monumento.

    Allí en padrón cruento  
 de oprobio y mengua, que perpetuo dure,  
 la vil traición del déspota se lea,  
 y altar eterno sea  
 donde todo español al monstruo jure  
 rencor de muerte que en sus venas cunda  
 y a cien generaciones se difunda.

A JUDAS

Cuando el horror de su traición impía  
del falso apóstol fascinó la mente,  
y del árbol fatídico pendiente,  
con rudas contorsiones se mecía;

    complacido en su mísera agonía,  
mirábale el demonio frente a frente,  
hasta que ya, del término impaciente,  
de entrambos pies con ímpetu le asía.

Mas cuando vió cesar del descompuesto  
rostro la convulsión trémula y fiera,  
señal segura de su fin funesto,

    con infernal sonrisa placentera  
sus labios puso en el horrible gesto,  
y el beso le volvió que a Cristo diera.







ANDRÉS BELLO

*Caracas (Venezuela) 1781—Santiago de Chile, 1865.*

A L A N A V E

(IMITACIÓN DE HORACIO)

*(O navis referent...)*

¿Qué nuevas esperanzas  
al mar te llevan? Torna,  
torna, atrevida nave,  
a la nativa costa.

Aun ves de la pasada  
tormenta mil memorias,  
¿y ya a correr fortuna  
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes  
aleves tu derrota,  
do tarde los peligros  
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,  
mientras el mar las conchas  
de la ribera halaga  
con apacibles olas.

Presto, erizando cerros,  
vendrá a batir las rocas,  
y náufragas reliquias  
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda  
la presumida pompa  
no arredra los insultos  
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro  
tirano de las ondas  
las barras y leones  
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso  
en reinos de la Aurora,  
y donde al sol recibe  
su cristalina alcoba?

Ayer, por estas aguas,  
segura de sí propia,  
desafiaba al viento  
otra arrogante proa.

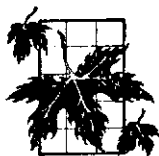
Y ya padrón infausto  
que al navegante asombra,  
en un desnudo escollo  
está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo  
no tuerces? ¿Orgullosa  
descoges nuevas velas  
y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!,  
que ya el cielo se entolda,  
y las nubes bramando  
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana  
que hinchada se alborota,  
ni el vendaval te asusta  
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido  
de mi inquietud ansiosa;  
vuelve a la amiga playa  
antes que el sol se esconda!





FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

*Granada, 1787—Madrid, 1862.*

LA VUELTA A LA PATRIA

¡Amada patria mía,  
al fin te vuelvo a ver!... Tu hermoso suelo,  
tus campos de abundancia y de alegría,  
tu claro sol y tu apacible cielo!...  
Sí: ya miro magnífica extenderse  
de una y otra colina a la llanura  
la famosa ciudad; descollar torres  
entre jardines de eternal verdura;  
besar sus muros cristalinos ríos;  
su vega circundar erguidos montes;  
y la Nevada Sierra  
coronar los lejanos horizontes.

No en vano tu memoria  
doquiera me seguía;  
turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;  
¡el corazón y el alma me oprimía!  
Del Támesis y el Sena  
en la aterida margen recordaba

del Dauro y del Genil la orilla amena;  
 y triste suspiraba;  
 y al ensayar tal vez alegre canto,  
 doblábase mi pena,  
 mi voz ahogaba el reprimido llanto.

El Arno delicioso  
 me ofreció en balde su feraz recinto,  
 esmaltado de flores,  
 asilo de la paz y los amores.

«Mas florida es la vega  
 que el manso Genil riega;  
 más grata la morada  
 de la hermosa Granada...»

Y otras sentidas voces  
 murmuraba con triste desconsuelo;  
 y el hogar de mis padres recordando,  
 los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor más me placía.  
 de agreste sitio el solitario aspecto;  
 de las ciudades azorado huía,  
 y ansioso, palpitante,  
 los escabrosos Alpes recorría;  
 mas su nevada cumbre  
 no tan viva y tan pura reflejaba  
 del sol la clara lumbre  
 cual la Nevada Sierra,  
 cuando el astro del día  
 un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas,  
 sus calles silenciosas,

sus pórticos desiertos,  
de hierba ya cubiertos,  
mi profundo pesar lisonjeaban;  
y graves reflexiones  
en mi agitada mente despertaban.

¿Qué vale el poder vano  
del miserable humano?  
En abatir su orgullo y su renombre  
la suerte se complace;  
y las obras que eternas juzga el hombre,  
con un soplo deshace...  
Por el rastro de escombros junto al Tíber  
hoy busca el caminante  
del sumo Jove la ciudad triunfante:  
rompe el arado la fecunda tierra,  
que cual lóbrega tumba  
los sacros restos de Herculano encierra;  
y si Pompeya en pie mira sus muros,  
los siglos carcomieron su cimiento;  
y al respirar el viento,  
tiemblan sobre su planta mal seguros.

Así en mi juventud yo vi las torres  
de la soberbia Alhambra quebrantadas  
amenazar del Dauro la corriente  
con su ruina inminente;  
cada rápido instante de mi vida  
el plazo apresuró de su caída;  
y del antiguo Alcázar soberano,  
en que el moro poder vinculó ufano  
su gloria a las edades,

tal vez un día ni hallarán mis ojos  
 los míseros despojos...  
 A tan funesta imagen, en el pecho  
 mi corazón se ahogaba;  
 y en lágrimas deshecho,  
 al pie de los sepulcros me postraba...  
 ¿Cuál es tu magia, tu inefable encanto,  
 oh patria, oh dulce nombre,  
 tan grato siempre al hombre?  
 El tostado africano,  
 lejos tal vez de su nativa arena,  
 con pesar y desdén los prados mira,  
 y por ella suspira:  
 hasta el rudo lapón, si en hora infausta  
 se vió arrancado del materno suelo,  
 envidia y ansia las eternas noches,  
 los yertos campos y el perpetuo hielo:  
 y yo, a quien diera la benigna suerte  
 nacer, Granada, en tu feliz regazo,  
 y crecer en tu seno,  
 de tantos bienes lleno;  
 yo triste, ausente de la patria mía,  
 ¿de ti me olvidaría?  
 En las ásperas costas africanas,  
 al náufrago inhumanas,  
 yo tu sagrado nombre repetía;  
 y las inquietas olas  
 llevábalo a las costas españolas.  
 En el polo apartado  
 oyólo de mi labio el mar furioso,

por el tesón del bátavo enfrenado;  
oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,  
el alto Pirineo, el Apenino;  
y del Vesubio ardiente  
en el cóncavo hueco  
por vez primera repitiólo el eco.







JOSE MARIA HEREDIA

*Santiago de Cuba, 1803—Toluca (Cuba), 1839.*

AL OCEANO

¡Qué! ¡De las ondas el hervor insano  
mece por fin mi pecho estremecido!  
¡Otra vez en el mar!... Dulce a mi oído  
es tu solemne música, Oceano.  
¡Oh! ¡Cuántas veces en ardientes sueños  
gozoso contemplaba  
tu ondulación, y de tu fresca brisa  
el aliento salubre respiraba!  
Elemento vital de mi existencia,  
de la vasta creación mística parte.  
¡Salve! Felice torno a saludarte  
tras once años de mortal ausencia.

¡Salve otra vez! A tus volubles ondas,  
del triste pecho mío  
todo el anhelo y esperanza fío.  
A las orillas de mi fértil patria  
tú me conducirás donde me esperan,

del campo entre la paz y las delicias,  
fraternales caricias,  
y de una madre el suspirado seno.

Me oyes, ¡benigno mar! De fuerza lleno  
en el triste horizonte nebuloso,  
tiende sus alas aquilón fogoso,  
y las bate: la vela estremecida  
cede al impulso de su voz sonora,  
y cual flecha del arco despedida,  
corta las aguas la inflexible prora.  
Salta la nave como débil pluma,  
ante el fiero Aquilón que la arrebatá,  
y en torno, cual rugiente catarata,  
hierven montes de espuma.

¡Espectáculo espléndido, sublime  
de rumor, de frescura y movimiento;  
mi desmayado acento  
tu misteriosa inspiración reanime!  
Ya cual mágica luz brillar la siento;  
y la olvidada lira  
nuevos tonos armónicos suspira.  
Pues me torna benéfico tu encanto  
el don divino que el mortal adora,  
tuyas, glorioso mar, serán ahora  
estas primicias de mi nuevo canto.

¡Augusto primogénito del Caos!  
al brillar ante Dios la luz primera,

en su cristal sereno  
la reflejaba tu cerúleo seno:  
y al empezar el mundo su carrera,  
fué su primer vagido  
de tus hirvientes olas agitadas  
el solemne rugido.

    Cuando el fin de los tiempos se aproxime  
y al orbe desolado  
consuma la vejez, tú, mar sagrado,  
conservarás tu juventud sublime.  
Fuerzas cual hoy, sonoras y brillantes,  
llenas de vida férvidas tus ondas,  
abrazarán las playas resonantes,  
ya sordas a tu voz: tu brisa pura  
gemirá triste sobre el mundo muerto,  
y entonarás en lúgubre concierto  
el himno funeral de la natura.

    ¡Divino esposo de la madre tierra!  
Con tu abrazo fecundo,  
los ricos dones desplegó que encierra  
en su seno profundo.  
Sin tu sacro tesoro, inagotable,  
de humedad, y de vida,  
¿qué fuera?—Yermo estéril, pavoroso,  
de muerte y aridez sólo habitado.  
Suben ligeros de tu seno undoso  
los vapores que en nubes condensados,  
y por el viento alígero llevados,

bañan la tierra en lluvias deliciosas,  
que al moribundo rostro de natura,  
tornando la frescura,  
ciñen su frente de verdor y rosas.

¡Espejo ardiente del sublime cielo!  
en ti la luna su fulgor de plata  
y la noche magnífica retrata  
el esplendor glorioso de su velo.  
Por ti, férvido mar, los habitantes  
de Venus, Marte o Júpiter, admiran  
coronado con luces más brillantes  
nuestro planeta que tus brazos ciñen;  
cuando en tu vasto y refulgente espejo  
mira el sol de su hoguera inextinguible  
el áureo, puro, vívido reflejo.

¿Quién es, sagrado mar, quién es el hombre  
a cuyo pecho estúpido y mezquino  
tu majestuosa inmensidad no asombre?  
Amarte y admirar fué mi destino  
desde la edad primera:  
de juventud apasionada y fiera  
en el ardor inquieto  
casi fuiste a mi culto noble objeto:  
hoy a tu grata vista, el mar tirano  
que me abrumaba, en delicioso olvido  
me deja respirar.—Dulce a mi oído  
es tu solemne música, Oceano.



ANGEL, DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS

*Córdoba, 1791—Madrid, 1865.*

UN CASTELLANO LEAL

I

«Hola, hidalgos y escuderos  
de mi alcurnia y mi blasón,  
mirad como bien nacidos  
de mi sangre y casa en pro.

»Esas puertas se defiendan;  
que no ha de entrar, vive Dios,  
por ellas, quien no estuviese  
más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio  
un fermentido traidor,  
que contra su rey combate  
y que a su patria vendió.

»Pues si él es de reyes primo,  
primo de reyes soy yo;  
y Conde de Benavente,  
si él es Duque de Borbón;

»llevándole de ventaja,  
que nunca jamás manchó

la traición mi noble sangre,  
y haber nacido español.»

Así atronaba la calle  
una ya cascada voz  
que de un palacio salía,  
cuya puerta se cerró;  
y a la que estaba a caballo  
sobre un negro pisador,  
siendo en su escudo las lises,  
más bien que timbre, baldón;  
y de pajes y escuderos  
llevando un tropel en pos,  
cubiertos de ricas galas,  
el gran Duque de Borbón;  
el que lidiando en Pavía,  
más que valiente, feroz,  
gozóse en ver prisionero  
a su natural señor;  
y que a Toledo ha venido,  
ufano de su traición,  
para recibir mercedes  
y ver al Emperador.

II

En una anchurosa cuadra  
del Alcázar de Toledo,  
cuyas paredes adornan  
ricos tapices flamencos,

al lado de una gran mesa  
que cubre de terciopelo  
napolitano tapete  
con borlones de oro y flecos;  
ante un sillón de respaldo,  
que entre bordado arabesco  
los timbres de España ostenta  
y el águila del Imperio,  
de pie estaba Carlos quinto,  
que de España era primero,  
con gallardo y noble talle,  
con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco  
viste tabardo tudesco;  
de rubias martas orlado,  
y desabrochado y suelto,  
dejando ver un justillo  
de raso jalde, cubierto  
con primorosos bordados  
y costosos sobrepuestos,  
y la excelsa y noble insignia  
del Toisón de Oro, pendiendo  
de una preciosa cadena  
en la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo  
con un blanco airón, sujeto  
por un joyel de diamantes  
y un antiguo camafeo,

descubre por ambos lados,  
tanta majestad cubriendo,  
rubio, cual barba y bigote,  
bien atusado el cabello.

Apoyado en la cadera  
la potente diestra ha puesto,  
que aprieta dos guantes de ámbar  
y un primoroso mosquero;  
y con la siniestra halaga  
de un mastín muy corpulento,  
blanco y las orejas rubias,  
el ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,  
apaciguador del reino,  
de los pasados disturbios  
acaso está discurrendo;  
o del trato que dispone  
con el rey de Francia preso,  
o de asuntos de Alemania,  
agitada por Lutero;  
cuando un tropel de caballos  
oye venir a lo lejos,  
y ante el alcázar pararse,  
quedando todo en silencio.

En la antecámara suena  
rumor impensado luego;  
ábrese al fin la mampara  
y entra el de Borbón soberbio,



con el semblante de azufre  
y con los ojos de fuego,  
bramando de ira y de rabia  
que enfrena mal el respeto;  
y con balbuciente lengua  
y con mal borrado ceño,  
acusa al de Benavente,  
un desagravio pidiendo.

Del español Condestable  
latió con orgullo el pecho,  
ufano de la entereza  
de su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura  
disimular cual discreto,  
a su noble rostro asoman  
la aprobación y el contento.

El Emperador un punto  
quedó indeciso y suspenso,  
sin saber qué responderle  
al francés, de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza  
con el proceder violento  
del conde de Benavente,  
de altas esperanzas lleno  
por tener tales vasallos,  
de noble lealtad modelos,  
y con los que el ancho mundo  
goza a sus glorias estrecho.

Mucho al de Borbón le debe,  
y es fuerza satisfacerlo:

le ofrece para calmarlo  
un desagravio completo;  
y, llamando a un gentil-hombre,  
con el semblante severo  
manda que el de Benavente  
venga a su presencia presto.

III

Sostenido por sus pajes  
desciende de la litera  
el Conde de Benavente  
del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,  
cuerpo enjuto, cara seca,  
con dos ojos como chispas,  
cargados de largas cejas,  
y con semblante muy noble,  
mas de gravedad tan seria,  
que veneración de lejos  
y miedo causa de cerca.

Eran su traje unas calzas  
de púrpura de Valencia,  
y de recamado ante  
un colete a la leonesa;  
de fino lienzo gallego  
los puños y la gorguera,

unos y otra guarnecidos  
 con randas barcelonesas;  
 un birrete de velludò  
 con su cintillo de perlas,  
 y el gabán de paño verde  
 con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava  
 la insignia española lleva,  
 que el Toisón ha despreciado  
 por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,  
 sube por las escaleras,  
 y al verle, las alabardas  
 un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso  
 de que en el alcázar entra  
 un grande, a quien se le debe  
 todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,  
 los pajes que están en ella  
 con respeto le saludan  
 abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el Conde,  
 sin que otro aviso preceda,  
 salones atravesando,  
 hasta la cámara regia.

Pensativo está el monarca  
 discurriendo cómo pueda  
 componer aquel disturbio  
 sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,  
aun mucho más de él espera,  
y al de Benavente mucho  
considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,  
no hay quien dar consejo pueda,  
y Villalar y Pavía  
a un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado,  
y el codo sobre la mesa,  
al personaje recibe,  
que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda  
con una rodilla en tierra,  
mas, como grande del reino,  
sin descubrir la cabeza.

El Emperador, benigno,  
que alce del suelo le ordena,  
y la plática difícil  
con sagacidad empieza.

Y entre sereno y afable  
al cabo le manifiesta  
que es el que a Borbón aloje  
voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,  
pero con la voz entera,

respóndele Benavente,  
destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,  
vos sois mi rey en la tierra;

a vos ordenar os cumple  
de mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa,  
de mí disponed y de ella,  
pero no toquéis mi honra  
y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbón ocupe  
puesto que es voluntad vuestra,  
contamine sus paredes,  
sus blasones envilezca;

»Que a mí me sobra en Toledo  
donde vivir, sin que tenga  
que rozarme con traidores  
cuyo solo aliento infesta.

»Y en cuanto él deje mi casa,  
antes de tornar yo a ella,  
purificaré con fuego  
sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano  
besó, cubrió su cabeza,  
y retiróse bajando  
a do estaba su litera.

Y a casa de un su pariente  
mandó que lo condujeran,  
abandonando la suya  
con cuanto dentro se encierra.

Quedó absorto Carlos quinto  
de ver tan noble firmeza,  
estimando la de España  
más que la imperial diadema.

IV

Muy pocos días el Duque  
hizo mansión en Toledo,  
del noble Conde ocupando  
los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio  
dejó vacío, partiendo  
con su séquito y sus pajes,  
orgullosos y satisfechos,  
turbó la apacible luna  
un vapor blanco y espeso,  
que de las altas techumbres  
se iba elevando y creciendo.

A poco rato tornóse  
en humo confuso y denso,  
que en nubarrones oscuros  
ofuscaba el claro cielo;

después en ardientes chispas,  
y en un resplandor horrendo  
que iluminaba los valles  
dando en el Tajo reflejos,

y al fin su furor mostrando  
en su embravecido incendio  
que devoraba altas torres  
y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,  
conmovióse todo el pueblo,  
de Benavente el palacio  
presa de las llamas viendo.

El Emperador, confuso,  
corre a procurar remedio,  
en atajar tanto daño  
mostrando tenaz empeño.

En vano todo: tragóse  
tantas riquezas el fuego,  
a la lealtad castellana  
levantando un monumento.

Aun hoy unos viejos muros  
del humo y las llamas negros,  
recuerdan acción tan grande  
en la famosa Toledo.





BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU

*Barcelona, 1798-1862.*

A LA PATRIA

Adéu-siau, turons, per sempre adéu-siau;  
oh, serres desiguals, que allí en la pàtria mia  
dels núvols e del cel de lluny vos distingia  
per lo repós etern, per lo color més blau!  
Adéu tú, vell Montseny, que, des ton alt palau,  
com guarda vigilant, cubert de boira e neu,  
guaites per un forat la tomba del jueu  
e al mitg del mar immens la mallorquina nau!

Jo ton superbe front coneixia llavors,  
com conèixer pugués lo front de mos parents;  
coneixia també lo so de tos torrents,  
com la veu de ma mare e de mon fill los plors.  
Mes, arrencant després per fats perseguidors,  
ja no conec ni sent com en millors vegades;  
així d'arbre migrat a terres apartades  
son gust perden los fruits e sos perfums les flors.



Què val que m'haja tret una enganyosa sort  
a veure de més prop les torres de Castella,  
si el cant dels trobadors no sent la mia orella  
ni desperta en mon pit un generós record?  
En va a mon dolç país en ales jo em transport  
e veig del Llobregat la platja serpentina,  
que, fora de cantar en llengua llemosina  
no em queda més plaer, no tinc altre conhort.

Plau-me encara parlar la llengua d'aquells savis  
que ompliren l'univers de llurs costums e lleis,  
la llengua d'aquells forts que acataren los reis,  
defengueren llurs drets, venjaren llurs agravis.  
Muirà, muira l'ingrat que, al sonar en sos llavis  
per estranya regió l'accent nadiu, no plora,  
que, al pensar en sos llars, no es consum ni s'enyora  
ni cull del mur sagrat les lires dels seus avis.

En llemosí soná lo meu primer vagit  
quan del mugró matern la dolça llet bevia,  
en llemosí al Senyor pregava cada dia  
e càntics llemosins somniava cada nit.  
Sí, quan me trobe sol, parl amb mon esperit,  
en llemosí li parl, que llengua altra no sent,  
e ma boca llavors no sap mentir, ni ment,  
puix surten mes raons del centre de mon pit.

Ix, doncs, per a expressar l'afecte més sagrat  
que puga d'home en cor gravar la mà del cel,  
oh llengua a mos sentits més dolça que la mel,

que em tornes les virtuts de ma innocent edat!  
Ix, e crida pel món que mai mon cor ingrati  
cessarà de cantar de mon patró la glòria;  
e passe per ta veu son nom e sa memòria  
als propis, als estranys, a la posteritat!





MANUEL DE CABANYES

*Villanueva y Geltrú (Barcelona), 1808-1833.*

LA INDEPENDENCIA DE LA POESÍA

Como una casta ruborosa virgen  
se alza mi Musa, y tímida las cuerdas  
pulsando de su arpa solitaria,  
suelta la voz del canto.

¡Lejos, profanas gentes! No su acento  
del placer muelle, corruptor del alma,  
en ritmo cadencioso hará suave  
la funesta ponzoña.

¡Lejos, esclavos, lejos! No sus gracias  
cual vuestro honor traficanse y se venden;  
no sangri-salpicados techos de oro  
resonarán sus versos.

En pobre independencia, ni las iras  
de los verdugos del pensar la espantan  
de sierva a fuer; ni, meretriz impura,  
vil metal la corrompe.

Fiera como los montes de su patria,  
galas desecha que maldad cobijan;  
las cumbres vaga en desnudez honesta;  
    más ¡guay de quien la ultraje!

Sobre sus cantos la expresión del alma  
vuela sin arte: números sonoros  
desdeña y rima acorde; son sus versos  
    cual su espíritu, libres.

Duros son; mas son fuertes, son hidalgos  
cual la espada del bueno; y nunca, nunca  
tu noble faz con el rubor de oprobio  
    cubrirán, madre España,

cual del cisne de Ofanto los cantares  
a la reina del mundo avergonzaron,  
de su opresor con el infame elogio  
    sus cuitas acreciendo.

¡Hijo cruel, cantor ingrato! El cielo  
le dió una lira mágica y el arte  
de arrebatarse a su placer las almas  
    y arder los corazones;

le dió a los héroes celebrar mortales  
y las deidades del Olimpo... El eco  
del Capitolio altivo aun los nombres,  
    que él despertó, tornaba,

del rompedor de pactos inhonestos  
Régulo, de Camilo, del gran Paulo

de su alma heroica pródiga, y la muerte  
de Catón generosa

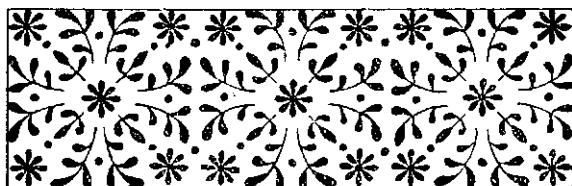
Mas cuando en el silencio de la noche  
sobre lesbianas cuerdas ensayaba  
en nuevo son, del triúnviro inhumano  
la envilecida loa;

se oyó, se oyó (me lo revela el Genio)  
tremenda voz de sombra invindicada  
que «Maldito, gritó, maldito seas,  
¡desertor de Filipos!

Tan blando acento y a la par tan torpe  
tuyo había de ser, que el noble hierro  
de la patria en sus últimos instantes  
lanzando feamente,

¡deshonor! A tus pies, hijo de esclavo,  
confiaste la salud: ¡Maldito seas!»  
Y la terrible maldición las ondas  
del Tiber murmuraban.





JUAN AROLAS

*Barcelona, 1805—Valencia, 1849.*

HIMNO A LA DIVINIDAD

Señor, tú eres santo; yo adoro, yo creo:  
tu cielo es un libro de páginas bellas,  
do en noches tranquilas mi símbolo leo  
que escribe su mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,  
delante del trono tus ángeles ves.  
¿Quién sabe tus glorias, quién cuenta tus galas,  
si el sol es el polvo que pisan tus pies?

Tú enciendes el cráter del Étna y Vesubio,  
y al mar señalaste linderos prescritos:  
tu amago de enojo produjo el diluvio,  
tu enojo el infierno, do están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:  
tú miras al caos; la luz nace entonces;  
tú mides las aguas que ciñen la tierra,  
tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes  
alzaste los montes, gigantes dormidos,  
poniendo en algunos a guisa de reyes,  
diademas de fuego, volcanes temidos.

El mar a la tierra pregunta tu nombre,  
la tierra a las aves que tienden su vuelo;  
las aves lo ignoran, preguntan al hombre,  
y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

El mar con sus ecos ha siglos que ensaya  
formar ese nombre, y el mar no penetra  
misterios tan hondos, muriendo en la playa,  
sin que oigan los siglos o sílaba o letra.

Lo mismo con arpas de antiguo concierto  
del Líbano altivo los cedros ensayan,  
también los torrentes con voz del desierto;  
mas auras, torrentes y cedros desmayan.

Señor, tú eres santo: yo te amo, yo espero:  
tus dulces bondades cautivan el alma:  
mi pecho gastaron con diente de acero  
los gustos del mundo vacíos de calma;

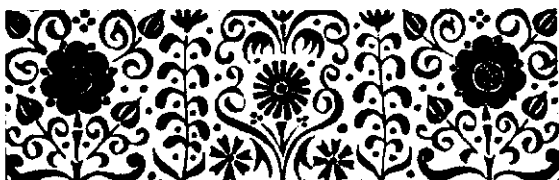
son gustos falaces, que pasan cual flores,  
efímeras dichas, verdura en las eras.  
¡Ah...!, dame la vida de días mejores,  
sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.

Y en tanto que arrastro por duro destierro  
la vida que hoy nace y al término toca,  
que gime sujeta con lazos de hierro,  
concede, Dios mío, su pan a mi boca.

Concede a mis penas la luz de bonanza,  
la paz a mis noches, la paz a mis días,  
tu amor a mi pecho, tu fe y tu esperanza,  
que es bálsamo puro que al ánima envías.







JOSE DE ESPRONCELA

*Almendralejo (Badajoz), 1808—Madrid, 1842.*

CUADRO DEL HAMBRE (I)

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago  
mientras el hambre en la ciudad hacía;  
la muerte ya con sigiloso amago  
señalaba sus víctimas impía:  
busca en la madre cariñoso halago  
el tierno infante que en su amor confía,  
seco el pecho encontrando: ella le mira,  
y, horrorizada, el rostro de él retira.

Gime el anciano en lecho de tormento,  
y, ya sintiendo la cercana muerte,  
al hijo tiende el brazo amarillento,  
y árido llanto al abrazarlo vierte.  
Quién, con hórridas muestras de contento,  
feliz creyendo su infelice suerte,  
a su padre su misma sangre lleva  
para que de ella se alimente y beba.

---

(1) Del poema *El Pelayo*.

Viérase allí grabada en los semblantes  
la desesperación: triste suspira  
y eleva aquél las manos suplicantes;  
cual, mordiendo en sí mismo en ansia expira;  
tal, clavados los ojos penetrantes,  
morir sus hijos y su esposa mira  
con risa horrible, y muere recruiendo  
los dientes y las manos retorciendo.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento  
paso camina el moribundo hispano;  
sobre su lanza carga el macilento  
cuerpo y se apoya en la derecha mano;  
los ojos con horror, sin movimiento,  
ávidos fija sobre el muerto hermano,  
y hambriento goza y lo devora, en donde  
avaro cree que a los demás se esconde.

Las calles en silencio sepultadas  
sólo ocupan algunos moribundos,  
las manos reciamente enclavijadas,  
despidiendo tal vez ayes profundos:  
laten en torno entrañas destrozadas  
y miembros de cadáveres inmundos,  
que forzado del hambre asoladora,  
cual, como grato pasto los devora.

Para mayor martirio les presenta  
con recuerdo fatal su fantasía

los manjares tal vez de la opulenta  
mesa que desdeñaron algún día:  
ora las aves de rapiña ahuyenta  
ávido el moribundo en su agonía  
disputando el festín, y sus gemidos  
se mezclan con los fúnebres graznidos.

Cual, al lanzar el postrimer aliento,  
ve feroz buitre que sobre él se arroja  
y en la angustia del último momento  
lucha con él en su mortal congoja:  
los dedos hinca con furor violento  
en la entraña del pájaro, que, roja  
la corva garra en sangre, aleteando,  
va con su pico el pecho barrenando.

El moribundo, lívido el semblante,  
los ojos vuelve en blanco en su agonía,  
mientras tenaz el buitre devorante  
ahonda el pico con mayor porfía;  
más el hombre le aprieta a cada instante;  
el ave más profundizar ansía,  
hasta que así, y el uno al otro junto,  
muertos al fin quedaron en un punto.

.....  
.....

HIMNO A LA INMORTALIDAD (I)

Salve, llama creadora del mundo,  
lengua ardiente de eterno saber;  
puro germen, principio fecundo  
que encadenas la muerte a tus pies.

Tú la inerte materia espoleas,  
tú la ordenas juntarse y vivir,  
tú su lodo modelas y creas  
miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
vencedora la muerte tal vez,  
de sus restos levanta tu mano  
nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,  
tú revistes los cielos de azul,  
tú la luna en las sombras argentas,  
tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
verde pompa a los árboles das,  
melancólica música al río,  
ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,  
en los valles suspiras de amor,

---

(1) Del poema *El Diablo Mundo*.

tú murmuras del aura en las alas,  
en el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
en arroyos de hirviente metal,  
tú abrillantas la perla que encierra  
en su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
negro manto que agita Aquilón,  
con tu aliento los aires enciendes,  
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
manantial sempiterno de bien;  
luz del mismo Hacedor desprendida,  
juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
en sus ejes impulsa a rodar  
sentimiento armonioso y profundo  
de los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
incansables artífices son,  
del espíritu ardiente cincelan  
y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino  
los empujas enérgica, y van;

y adelante en tu raudo camino  
a otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
desparecen y llegan sin fin,  
y en su eterno trabajo se alcanzan,  
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
en su inmenso taller sin cesar,  
y en la tosca materia golpean,  
y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo oceano  
flota el hombre en perpetuo vaivén,  
y derrama abundante tu mano  
la creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,  
pon tu labio en su eterno raudal,  
tú serás como el sol en Oriente,  
tú serás como el mundo inmortal.

A LA NOCHE

Salve, oh tú, noche serena,  
que el mundo velas augusta,  
y los pesares de un triste  
con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo a lo lejos  
más acallado murmura,  
y entre las ramas el aura  
eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras  
que las praderas anublan,  
y las estrellas apenas  
con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido  
del mar las olas murmuran,  
y fatuos, rápidos fuegos  
entre las aguas fluctúan.

El majestüoso río  
sus claras aguas enluta,  
y los colores del campo  
se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas  
lleva el pastor con presura,  
y el labrador impaciente  
los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan  
su esposa y prole robusta,  
parca cena preparada  
sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo  
en tu calma, ¡oh noche!, buscan,

y aun las lágrimas tus sueños  
el desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡Oh qué grata  
oscuridad y tristura!  
¡Cómo el alma al contemplaros  
en sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho  
el ronco graznar se escucha,  
que el magnífico reposo  
interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre  
lánguida lámpara alumbra,  
y en derredor negras sombras,  
agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata  
muestra naciente la luna,  
y las cimas del otero  
de cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta  
y las estrellas ofusca,  
y el azul del alto cielo  
reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el río,  
y su luz trémula ondula



en sus aguas retratada,  
que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo  
dulces cantares se escuchan  
del pescador, y su barco  
al plácido rayo cruza.

El ruiseñor a su esposa  
con vario cántico arrulla,  
y en la calma de los bosques  
dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algún caserío  
se ve subir en confusas  
ondas el humo, y por ellas  
entreclarear la luna.

Por el espeso ramaje  
penetrar sus rayos dudan,  
y las hojas que los quiebran  
hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa sùave  
entre las flores susurra,  
y de sus gratos aromas  
el ancho campo perfuma.

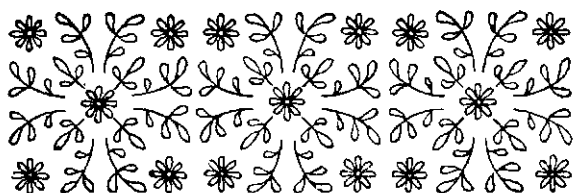
Ora acaso en la montaña  
eco sonoro modula

algún lánguido sonido,  
que otro a imitar se apresura.

Silencio, plácida calma  
a algún murmullo se juntan  
tal vez, haciendo más grata  
la faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,  
con blando bálsamo endulza  
los pesares de mi pecho,  
que en ti su consuelo buscan.





GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

*Puerto Príncipe (Cuba), 1814—Madrid, 1873.*

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA

Noche  
triste  
viste  
ya  
aire,  
cielo,  
suelo,  
mar.

Mirando  
del mundo  
profundo  
solaz,  
esparcen  
los sueños  
beleños  
de paz.

Y se gozan  
en letargo

tras el largo  
padecer,  
los heridos  
corazones,  
con visiones  
de placer.

Mas siempre velan  
mis tristes ojos;  
ciñen abrojos  
mi mustia sien;  
sin que las treguas  
del pensamiento  
a este tormento  
descanso den.

El mudo reposo  
fatiga mi mente,  
la atmósfera, ardiente,  
me abrasa doquier;  
y en torno circulan,  
con rápido giro,  
fantasmas que miro  
brotar y crecer.

¡Dadme aire! necesito  
de espacio inmensurable,  
do del insomnio al grito  
se alce el silencio y hable;  
lanzadme presto fuera  
de angostos aposentos...

¡Quiero medir la esfera!  
¡Quiero aspirar los vientos!

Por fin dejé el tenebroso  
recinto de mis paredes;  
por fin, ¡oh espíritu!, puedes  
por el espacio volar.

Mas ¡ay! que la noche oscura,  
cual un sarcófago inmenso,  
encubre con manto denso,  
calles, campo, cielo, mar.

Ni un eco se escucha, ni un ave  
respira turbada la calma;  
silencio tan hondo, tan grave,  
suspende el aliento del alma.

El mundo de nuevo sumido  
parece en la nada medrosa:  
parece que el tiempo rendido  
plegando sus alas reposa.

¡Mas qué siento!... Balsámico ambiente  
se derrama de pronto... El capuz  
de la noche rasgando, en Oriente  
se abre paso triunfante la luz.

Es el alba; se alejan las sombras,  
y con nubes de azul y arrebol,  
se matizan ctéreas alfombras  
donde el trono se asienta del sol.

Ya rompe los vapores matutinos  
la parda cresta del vecino monte:  
ya ensaya el ave sus melifluos trinos:  
ya se despeja inmenso el horizonte.

Tras luenga noche de vigilia ardiente  
es más bella la luz, más pura el aura.  
¡Cómo este libre y perfumado ambiente  
ensancha el pecho, el corazón restaura!

Cual virgen que el beso de amor lisonjero  
recibe agitada con dulce rubor;  
del rey de los astros al rayo primero,  
natura palpita bañada de albor.

Y así cual guerrero que oyó enardecido  
de bélica trompa la mágica voz,  
él lanza impetuoso, de fuego vestido,  
al campo del Eter su carro veloz.

Yo palpito, tu gloria mirando sublime,  
¡noble autor de los vivos y varios colores!  
¡te saludo si puro matizas las flores!  
¡te saludo si esmaltas fulgente la mar!

En incendio la esfera zafírea que surcas,  
ya convierte tu lumbre radiante y fecunda,  
y aún la pena que el alma destroza profunda,  
se suspende mirando tu marcha triunfal.

¡Ay de la ardiente zona  
do tienes almo asiento,  
tus rayos a mi cuna  
lanzaste abrasador...

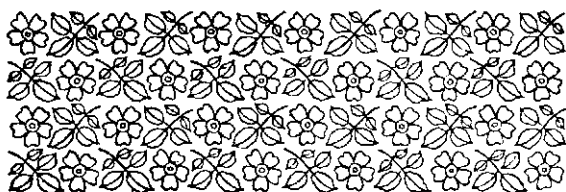


¡Guarde, guarde la noche callada  
sus sombras de duelo,  
hasta el triste momento del sueño  
que nunca termina;  
y aunque hiera mis ojos, cansados,  
por largo desvelo,  
dale ¡oh sol! a mi frente, ya mustia,  
tu llama divina!

Y encendida mi mente inspirada,  
con férvido acento,  
al compás de la lira sonora,  
tus dignos loores  
lanzará fatigando las alas  
del rápido viento,  
a do quiera que lleguen triunfantes  
tus sacros fulgores.







ENRIQUE GIL Y CARRASCO

*Villafranca del Bierzo (León), 1815—Berlín (Alemania),  
1846*

UNA GOTA DE ROCÍO

Gota de humilde rocío  
delicada,  
sobre las aguas del río  
columpiada;  
la brisa de la mañana  
blandamente,  
como lágrima temprana  
transparente,  
mece tu bello arrebol  
vaporoso  
entre los rayos del sol  
cariñoso.  
¿Eres, di, rico diamante  
de Golconda,  
que, en cabellera flotante  
dulce y blonda,  
trajo una Sífide indiana  
por la noche,  
y colgó en hoja liviana  
como un broche?

¿Eres lágrima perdida,  
que mujer  
olvidada y abatida  
vertió ayer?  
¿Eres alma de algún niño  
que murió,  
y que el materno cariño  
demandó?  
¿O el gemido de expirante  
juventud,  
que traga pura y radiante  
el ataúd?  
¿Eres tímida plegaria,  
que alzó al viento  
una virgen solitaria  
en un convento?  
¿O de amarga despedida  
el triste adiós,  
lazo de un alma partida  
¡ay! entre dos?

Quizá tu frágil belleza,  
quizá tus dulces colores,  
tus cambiantes y pureza,  
y tu esbelta gentileza,  
tus fantásticos albores,  
son imágenes risueñas  
de contento y de ventura;  
son citas de una hermosura,

son las tintas halagüeñas  
de alguna mañana pura.

Que acaso bella te alzaste  
entre el cantar de las aves,  
y magnífica ostentaste  
tu púrpura y oro suaves,  
y con ellos te enlazaste.

Que acaso en cuna de flores  
viste la lumbre del día,  
y blando soplo de amores  
te llevó una noche umbría  
en sus alas de colores.

Y en la rama suspendida  
de un almendro floreciente  
oíste trova perdida,  
en el perfumado ambiente  
por los ecos repetida.

Ruiseñor enamorado  
cantaba encima de ti,  
y junto al tronco arrugado  
oíste un beso robado  
a unos labios de rubí.

Misterios, y colores, y armonías,  
encierras en tu seno, dulce ser,  
vago reflejo de las glorias mías,  
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa  
y tu espléndida gala tan fugaz,  
que es un vapor tu púrpura vistosa  
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana, ¿qué será de tus encantos,  
de tus bellos matices, pobre flor?  
no habrá pesares para ti, ni llantos,  
ni más recuerdo que mi triste amor.

Si tu vida fué un soplo de ventura,  
si reflejaste el celestial azul,  
no caiga, no, sobre esta tierra impura,  
desde tu verde tronco de abedul.

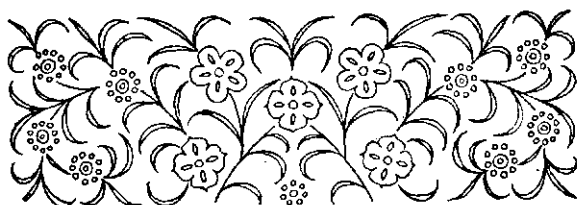
Pídele al sol que con su rayo ardiente  
disipe por los aires tu vivir,  
o a un pájaro de pluma reluciente  
que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,  
para trocar en lodo tu beldad;  
tú, más baja que espíritu del cielo,  
más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,  
cual blando mensajero de oración,  
que sólo el verte la esperanza inflama  
y alienta el quebrantado corazón.

Quizá al pasar un ángel solitario  
te cubrirá con su aja virginal...  
Si caes, envolverá frío sudario  
tu forma vaporosa y celestial.





PABLO PIFERRER

*Barcelona, 1818-1848.*

CANCIÓN DE LA PRIMAVERA

Ya vuelve la primavera:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
tiende sobre la pradera  
el verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
las nubes pasan aprisa,  
y el azur muestran—de la esperanza.

La flor ríe en su capullo:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
canta el agua en su murmullo  
el poder santo—de la esperanza.

¿La oís que en el aire trina?  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
—«Abrid a la golondrina,  
que vuelve en alas—de la esperanza».—

Niña, la niña modesta:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
el Mayo trae tu fiesta  
que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
el perfume engendrador  
al seno sube—de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
cuanto el son y el verdor crece,  
tanto más crece—toda esperanza.

Sonido, aroma y color  
(suene la gaita,—ruede la danza)  
únense en himnos de amor,  
que engendra el himno—de la esperanza.

Morirá la primavera:  
suene la gaita,—ruede la danza:  
mas cada año en la pradera  
tornará el manto—de la esperanza.

La inocencia de la vida  
(calle la gaita,—pare la danza)  
no torna una vez perdida:  
¡Perdí la mía!—¡ay mi esperanza!



GABRIEL GARCIA TASSARA

*Sevilla, 1817—Madrid, 1875.*

HIMNO AL MESÍAS

Baja otra vez al mundo,  
¡baja otra vez, Mesías!  
De nuevo son los días  
de tu alta vocación;  
y, en su dolor profundo,  
la humanidad entera  
el nuevo oriente espera  
de un sol de redención.

Corrieron veinte edades  
desde el supremo día  
que en esa cruz te vía  
morir Jerusalén;  
y nuevas tempestades  
surgieron y bramaron,  
de aquellos que asolaron  
el primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan  
al hombre su camino

con ciego torbellino  
de culpa y expiación;  
de aquellas que sepultan  
en hondos cautiverios  
cadáveres de imperios  
que fueron y no son.

Sereno está en la esfera  
el sol del firmamento;  
la tierra en su cimiento  
incommovible está:  
la blanca primavera  
con su gentil abrazo,  
fecunda el gran regazo  
que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas  
el sol yace eclipsado:  
mas ¡ay! que ha vacilado  
el polo de la fe:  
mas ¡ay! que ya tus palmas  
se vuelven al desierto:  
no crecen, no, en el huerto  
del que tu pueblo fué.

Tiniebla es ya la Europa:  
ella agotó la ciencia,  
maldijo su creencia,  
se apacentó con hiel;



y, rota ya la copa  
en que su fe bebía,  
se alzaba y te decía:  
«¡Señor!, yo soy Luzbel.»

Mas ¡ay! que contra el cielo  
no tiene el hombre rayo,  
y en súbito desmayo  
cayó de ayer a hoy;  
y en son de desconsuelo,  
y en llanto de impotencia,  
hoy clama en tu presencia:  
«Señor, tu pueblo soy.»

No es, no, la Roma atea  
que entre aras derrocadas  
despide a carcajadas  
los dioses que se van:  
Es la que, humilde rea,  
baja a las catacumbas,  
y palpa entre las tumbas  
los tiempos que vendrán.

Todo, Señor, diciendo  
está los grandes días  
de lutos y agonías,  
de muerte y orfandad;  
que del pecado horrendo  
envuelta en el sudario,  
pasa por un Calvario  
la ciega humanidad.

Baja, ¡oh Señor!, no en vano  
siglos y siglos vuelan;  
los siglos nos revelan  
con misteriosa luz  
el infinito arcano  
y la virtud que encierra,  
trono de cielo y tierra,  
tu sacrosanta Cruz.

Toda la historia humana,  
¡Señor!, está en tu nombre;  
Tú fuiste Dios del hombre,  
Dios de la humanidad.  
Tu sangre soberana  
es su Calvario eterno;  
tu triunfo del infierno  
es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,  
que Tú no volverías,  
y a horribles gemonías  
y a eterna perdición,  
condena a esta doliente  
raza del ser humano  
que espera de tu mano  
su nueva salvación?

Sí, Tú vendrás. Vencidos  
serán con nuevo ejemplo  
los que del santo templo  
aparten a tu grey.

Vendrás, y, confundidos,  
caerán con los ateos  
los nuevos fariseos  
de la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo  
entre alaridos tantos  
de tus profetas santos  
la voz no suena ya?  
Ven, saca del abismo  
a un pueblo moribundo;  
Luzbel ha vuelto al mundo  
y Dios ¿no volverá?

¡Señor! en tus juicios  
la comprensión se abisma;  
mas es siempre la misma  
del Gólgota la voz.  
Fatídicos auspicios  
resonarán en vano;  
no es el destino humano  
la humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos  
de la tremenda prueba.  
Ya nacerás ¡luz nueva  
de la futura edad!  
Ya huiréis, ¡negros vestiglos  
de los antiguos días!  
Ya volverás, ¡Mesías!,  
en gloria y majestad.

LA PRIMAVERA

¡Oh campos! ¡Oh deleite! ¡Oh hermosura!  
¡Oh rica aurora en rosicler y en gualda!  
¡Oh flores que en balsámica guirnalda  
os derramáis por la feraz llanura!  
¡Oh bosques de prolífica espesura  
que de los montes recamáis la espalda!  
¡Oh vivas auras que de falda en falda  
la fragancia lleváis y la frescura!  
¡Oh hermoso río que el genial tesoro  
dilatas por la espléndida ribera,  
fluctuante espejo del naciente día!  
¡Oh claro cielo de amaranto y oro!  
¡Oh mañana del año! ¡Oh primavera!  
¡Oh alma esposa del sol! ¡Oh Andalucía!





JOSE ZORRILLA

*Valladolid, 1817—Madrid, 1893.*

LAS NUBES

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
del aire transparente por la región azul?  
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan  
del cenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia las man-  
[tiene?  
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?  
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene  
sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se en-  
[sanchan,  
y al firmamento trepan en lóbrego montón,  
y el puro azul alegre del firmamento manchan  
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes,  
avanzan en silencio sobre el rugiente mar;

los huecos oscurecen de entrambos horizontes;  
el orbe en las tinieblas bajo ellas va a quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas;  
su claridad escasa la inmensidad sorbió;  
ya reinan solamente por los espacios ellas;  
doquier se ven tinieblas, mas firmamento, no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle  
del tenebroso velo que le embozó detrás;  
que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,  
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan  
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!  
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,  
y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos  
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,  
ya de volcanes ciento los inflamados hornos,  
ya de movibles monstruos alígero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos  
las desiguales copas y el campo desigual:  
ya informes pelotones de objetos peregrinos  
que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?  
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,

cuando retumba el trueno y cuando va bravía  
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas a visitar los mundos  
el Hacedor Supremo del universo va,  
y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos  
estudia, sus cimientos, por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda  
con impotente saña caminará Luzbel,  
y porque allí cegarle su resplandor no pueda,  
agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable  
que circundó la cumbre del alto Sinaí,  
en tanto que el ardiente misterio impenetrable  
que iluminó al profeta, se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma  
en inflamadas fuentes la cólera de Dios;  
acaso sea alguna la que en los mares toma  
las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! La noche azul, serena,  
me dice desde lejos: *Tu Dios se esconde allí.*  
Pero la noche oscura, la de nublados llena,  
me dice más pujante: *Tu Dios se acerca a ti.*

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto  
en esa ardiente nube con que ceñido estás;

el resplandor conozco de tu semblante santo  
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores  
detrás de esos nublados que vagan en tropel;  
conozco en esos grupos de lóbregos vapores  
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas  
del repentino trueno en el crujiente son;  
las chispas de tu carro conozco en las centellas,  
tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante Ti parece? ¿Quién es en tu presencia  
más que una arista seca que el aire va a romper?  
Tus ojos son el día; tu soplo es la existencia;  
tu alfombra, el firmamento; la eternidad, tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora;  
mi espíritu, de hinojos, ante tus pies está;  
pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora  
los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;  
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;  
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo  
y cantaré a par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,  
si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,  
mi corazón henchido del fuego del profeta  
cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.



Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas  
mecidas por las auras del oloroso abril,  
más grata que del Fénix las últimas congojas  
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente  
que cruza del desierto la inmensa soledad,  
más grande y más solemne que sobre el mar hir-  
el ruido con que rueda la ronca tempestad. [viente

Mas ¡ay! que sólo puedo postrarme con mi lira  
delante de esas nubes con que ceñido estás,  
porque mi acento débil en mi garganta expira  
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,  
y aunque mi vista impura tu aparición no ve,  
mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos  
te adora en esas nubes mi solitaria fe.

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

(Tradición de Toledo.)

I

Entre pardos nubarrones  
pasando la blanca luna,  
con resplandor fugitivo,  
la baja tierra no alumbrá.

La brisa con frescas alas  
juguetona no murmura,  
y las veletas no giran  
entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
la opaca atmósfera cruza,  
y unas en otras las sombras  
confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
un momento se columbran,  
como lanzas de soldados  
apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
la trémula llama turbia,  
y un instante entre las rocas  
riela la fuente oculta.  
Los álamos de la Vega  
parecen en la espesura  
de fantasmas apiñados  
medrosa y gigante turba;  
y alguna vez desprendida  
gotea pesada lluvia,  
que no despierta a quien duerme,  
ni a quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
entre la sombra confusa,  
y el Tajo a sus pies pasando  
con pardas ondas lo arrulla.  
El monótono murmullo  
sonar perdido se escucha,

cual si por las hondas calles  
hirviera del mar la espuma,  
¡Qué dulce es dormir en calma  
cuando a lo lejos susurran  
los álamos que se mecen,  
las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
que el sueño del triste endulzan,  
y en tanto que sueña el triste,  
no le queja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
como la noche que enluta  
la esquina en que desemboca  
una callejuela oculta,  
se ve de un hombre que aguarda  
la vigilante figura,  
y tan a la sombra vela  
que entre las sombras se ofusca.  
Frente por frente a sus ojos  
un balcón a poca altura  
deja escapar por los vidrios  
la luz que dentro le alumbra;  
mas ni en el claro aposento,  
ni en la callejuela oscura  
el silencio de la noche  
rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
que pudiera haberse duda

de si es hombre, o solamente  
mentida ilusión nocturna;  
pero es hombre, y bien se ve,  
porque con planta segura  
ganando el centro a la calle  
resuelto y audaz pregunta:  
—¿Quién va?—y a corta distancia  
el igual compás se escucha  
de un caballo que sacude  
las sonoras herraduras.  
¿Quién va?—repite, y cercana  
otra voz menos robusta  
responde: —Un hidalgo, ¡calle!  
Y el paso el bulto apresura.  
—Téngase el hidalgo—el hombre  
replica, y la espada empuña.  
—Ved más bien si me hacéis calle  
—repitieron con mesura—,  
que hasta hoy a nadie se tuvo  
Iván de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña y perdone  
—dijo el mozo en faz de fuga,  
pues teniéndose el embozo  
sopla un silbato, y se oculta.  
Paró el jinete a una puerta,  
y con precaución difusa  
salió una niña al balcón  
que llama interior alumbra.  
—¡Mi padre!—clamó en voz baja,  
y el viejo en la cerradura

metió la llave pidiendo  
a sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas bridas  
tomó la cabalgadura,  
cerróse detrás la puerta  
y quedó la calle muda.  
En esto desde el balcón,  
como quien tal acostumbra,  
un mancebo por las rejas  
de la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
hizo cara a Iván de Acuña,  
y huyeron, en el embozo  
velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena  
pasa la siguiente tarde,  
y el sol tocando su ocaso  
apaga su luz gigante:  
se ve la imperial Toledo  
dorada por los remates,  
como una ciudad de grana  
coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
sus anchos cimientos lame,  
dibujando en las arenas  
las ondas con que las bate.

Y la ciudad se retrata  
en las ondas desiguales,  
como en prendas de que el río  
tan afanoso la bañe.  
A lo lejos, en la Vega,  
tiende galán por sus márgenes,  
de sus álamos y huertos  
el pintoresco ropaje,  
y porque su altiva gala  
más a los ojos halague,  
la salpica con escombros  
de castillos y de alcázares.  
Un recuerdo en cada piedra  
que toda una historia vale,  
cada colina un secreto  
de príncipes o galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
por quien dejó un rey culpable  
amor, fama, reino y vida  
en manos de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
a su receloso amante  
en esa cuesta que entonces  
era un plantel de azahares.  
Allá por aquella torre  
que hicieron puerta los árabes,  
subió el Cid sobre Babieca  
con su gente y su estandarte.  
Más lejos se ve el castillo  
de San Servando, o Cervantes,

donde nada se hizo nunca  
y nada al presente se hace.  
A este lado está la almena  
por do sacó vigilante  
el conde don Peranzules  
al rey, que supo una tarde  
fingir tan tenaz modorra  
que, político y constante,  
tuvo siempre el brazo quedo  
las palmas al horadarle.  
Allí está el circo romano,  
gran cifra de un pueblo grande,  
y aquí la antigua Basílica  
de bizantinos pilares,  
que oyó en el primer concilio  
las palabras de los Padres  
que velaron por la Iglesia  
perseguida o vacilante.  
La sombra en este momento  
tiende sus turbios cendales  
por todas esas memorias  
de las pasadas edades,  
y del Cambrón y Visagra  
los caminos desiguales,  
camino a los toledanos  
hacia las murallas abren.  
Los labradores se acercan  
al fuego de sus hogares,  
cargados con sus aperos,  
cansados de sus afanes.

Los ricos y sedentarios  
se tornan con paso grave,  
calado el ancho sombrero,  
abrochados los gabanes;  
y los clérigos y monjes  
y los prelados y abades  
sacudiendo el leve polvo  
de capelos y sayales.  
Quédase sólo un mancebo  
de impetuosos ademanes,  
que se pasea ocultando  
entre la capa el semblante.  
Los que pasan le contemplan  
con decisión de evitarle,  
y él contempla a los que pasan  
como si a alguien aguardase.  
Los tímidos aceleran  
los pasos al divisarle,  
cual temiendo de seguro  
que les proponga un combate;  
y los valientes le miran  
cual si sintieran dejarle  
sin que libres sus estoques  
en riña sonora dancen.  
Una mujer también sola  
se viene el llano adelante,  
la luz del rostro escondida  
en tocas y tafetanes.  
Mas en lo leve del paso,  
y en lo flexible del talle,



puede a través de los velos  
una hermosa adivinarse.  
Vase derecha al que aguarda,  
y él al encuentro la sale  
diciendo... cuanto se dicen  
en las citas los amantes.  
Mas ella, galanterías  
dejando severa aparte,  
así al mancebo interrumpe  
en voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,  
Diego Martínez; mi padre,  
que un hombre ha entrado en su ausencia  
dentro mi aposento sabe;  
y así quién mancha mi honra  
con la suya me la lave;  
o dadme mano de esposo,  
o libre de vos dejadme.

Miróla Diego Martínez  
atentamente un instante,  
y echando a un lado el embozo,  
repuso palabras tales:

—Dentro de un mes, Inés mía,  
parto a la guerra de Flandes;  
al año estaré de vuelta  
y contigo en los altares.  
Honra que yo te desluzca,  
con honra mía se lave;

que por honra vuelven honra  
hidalgos que en honra nacen.  
—¡Júralo!—exclamó la niña.  
—Más que mi palabra vale  
no te valdrá un juramento.  
—Diego, la palabra es aire.  
—¡Vive Dios, que estás tenaz!  
Dalo por jurado y baste.  
—No me basta; que olvidar  
puedes la palabra en Flandes.  
—¡Voto a Dios! ¿Qué más pretendes?  
—Que a los pies de aquella imagen  
lo jures como cristiano  
del santo Cristo delante.

Vaciló un punto Martínez,  
mas porfiando que jurase,  
llevóle Inés hacia el templo  
que en medio la Vega yace.  
Enclavado en un madero,  
en duro y postrero trance,  
ceñida la sien de espinas,  
descolorido el semblante,  
veíase allí un crucifijo  
teñido de negra sangre,  
a quien Toledo devota  
acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
llegaron ambos amantes,  
y haciendo Inés que Martínez

los sagrados pies tocase,  
preguntóle:

—Diego, ¿juras  
a tu vuelta desposarme?

Contestó el mozo:

—¡Sí juro!  
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó,  
y un año pasado había,  
mas de Flandes no volvía  
Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés  
su vuelta aguardando en vano,  
oraba un mes y otro mes  
del crucifijo a los pies  
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía  
después de traspuesto el sol,  
y a Dios llorando pedía  
la vuelta del español,  
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,  
sin dueña y sin escudero,  
en un manto una mujer

el campo salía a ver  
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume  
su existencia en esperar!  
¡Ay del triste que presume  
que el duelo con que él se abruma  
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
precioso y funesto don,  
pues los amantes desvelos  
cambian la esperanza en celos,  
que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,  
es un consuelo en verdad;  
pero siendo una quimera,  
en tan frágil realidad  
quien espera desespera.

Así Inés desesperaba  
sin acabar de esperar,  
y su tez se marchitaba,  
y su llanto se secaba  
para volver a brotar.

En vano a su confesor  
pidió remedio o consejo  
para aliviar su dolor;  
que mal se cura el amor  
con las palabras de un viejo.

En vano a Iván acudía,  
llorosa y desconsolada;  
el padre no respondía;

que la lengua le tenía  
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
callando el padre severo  
y suspirando la bella,  
porque nació mujer ella,  
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
en esperar y gemir,  
y las guerras acabaron,  
y los de Flandes tornaron  
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó,  
y el tercer año corría;  
Diego a Flandes se partió,  
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,  
doraba el sol de occidente  
del Tajo la vega amena,  
y apoyada en una almena  
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
las riberas azotando  
bajo las murallas solas,  
musgo, espigas y amapolas  
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido  
creció entre la yerba blanda,  
sobre las aguas tendido

se reflejaba perdido  
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
entre su fresca espesura  
daba al aire embalsamado  
su cántico regalado  
desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,  
tornasolada la escama,  
saltaba a besar las flores,  
que exhalan gratos olores  
a las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
el torreón se dibuja  
como el contorno redondo  
del hueco sombrío y hondo  
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
el rigor de su fortuna,  
y así la tarde pasaba  
y al horizonte trepaba  
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano  
en confuso remolino  
vió de hombres tropel lejano  
que en pardo polvo liviano  
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
y llegando recelosa  
a las puertas del Cambrón,

sintió latir zozobrosa  
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero  
dejó ver la escasa luz  
por bajo el arco primero  
un hidalgo caballero  
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,  
banda azul, lazo en la hombrera,  
y sin pluma al diestro lado  
el sombrero derribado  
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
bota de ante, espuela de oro,  
hierro al cinto suspendido,  
y a una cadena prendido,  
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete  
sobre potros jerezanos  
de lanceros hasta siete,  
y en adarga y coselete  
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés  
gritando: —¡Diego, eres tú!  
Y él viéndola de través  
dijo: —¡Voto a Belcebú,  
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido  
tal respuesta al escuchar,  
y a poco perdió el sentido,

sin que más voz ni gemido  
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas  
encomendóla a su gente,  
diciendo: —¡Malditas viejas  
que a las mozas malamente  
enloquecen con consejos!

Y aplicando el capitán  
a su potro las espuelas  
el rostro a Toledo dan,  
y a trote cruzando van  
las oscuras callejuelas.

#### IV

Así por sus altos fines  
dispone y permite el cielo  
que puedan mudar al hombre  
fortuna, poder y tiempo.  
A Flandes partió Martínez  
de soldado aventurero,  
y por su suerte y hazañas  
allí capitán le hicieron.  
Según alzaba en honores  
alzábase en pensamientos,  
y tanto ayudó en la guerra  
con su valor y altos hechos,  
que el mismo rey a su vuelta  
le armó en Madrid caballero,



tomándole a su servicio  
por capitán de Lanceros.  
Y otro no fué que Martínez  
quien ha poco entró en Toledo,  
tan orgulloso y ufano  
cual salió humilde y pequeño.  
Ni es otro a quien se dirige,  
cobrado el conocimiento,  
la amorosa Inés de Vargas,  
que vive por él muriendo.  
Mas él, que olvidando todo,  
olvidó su nombre mesmo,  
puesto que Diego Martínez  
es el capitán don Diego,  
ni se ablanda a sus caricias,  
ni cura de sus lamentos;  
diciendo que son locuras  
de gente de poco seso;  
que ni él prometió casarse  
ni pensó jamás en ello.  
¡Tanto mudan a los hombres  
fortuna, poder y tiempo!  
En vano porfiaba Inés  
con amenazas y ruegos;  
cuanto más ella importuna  
está Martínez severo.  
Abrazada a sus rodillas  
enmarañado el cabello,  
la hermosa niña lloraba  
prosternada por el suelo.

Mas todo empeño es inútil,  
porque el capitán don Diego  
no ha de ser Diego Martínez  
como lo era en otro tiempo.  
Y así, llamando a su gente,  
de amor y piedad ajeno,  
mandóles que a Inés llevaran  
de grado o de valimiento.  
Mas ella antes que la asieran,  
cesando un punto en su duelo,  
así habló, el rostro lloroso  
hacia Martínez volviendo:  
—Contigo se fué mi honra,  
conmigo tu juramento;  
pues buenas prendas son ambas,  
en buen fiel las pesaremos.

Y la faz descolorida  
en la mantilla envolviendo  
a pasos desatentados  
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo  
por el rey gobernador  
el justiciero y valiente  
don Pedro Ruiz de Alarcón.  
Muchos años por su patria  
el buen viejo peleó;

cercenado tiene un brazo,  
mas entero el corazón.  
La mesa tiene delante,  
los jueces en derredor,  
los corchetes a la puerta  
y en la derecha el bastón.  
Está, como presidente  
del tribunal superior,  
entre un dosel y una alfombra  
reclinado en un sillón  
escuchando con paciencia  
la casi asmática voz  
con que un tétrico escribano  
solfea una apelación.  
Los asistentes bostezan  
al murmullo arrullador,  
los jueces medio dormidos  
hacen pliegues al ropón,  
los escribanos repasan  
sus pergaminos al sol,  
los corchetes a una moza  
guiñan en un corredor,  
y abajo, en Zocodover,  
gritan en discorde son  
los que en el mercado venden,  
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
en faz de gran aflicción,  
rojos de llorar los ojos,  
ronca de gemir la voz,

suelto el cabello y el manto,  
tomó plaza en el salón  
diciendo a gritos: —¡Justicia,  
jueces, justicia, señor!  
Y a los pies se arroja humilde  
de don Pedro de Alarcón,  
en tanto que los curiosos  
se agitan alrededor.  
Alzóla cortés don Pedro,  
calmando la confusión  
y el tumultuoso murmullo  
que esta escena ocasionó,  
diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada.

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Lo presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—¡Sí, por Dios!

que al partirse de Toledo  
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,  
que cumplirá si juró.

Quedó en silencio la sala,  
y a poco en el corredor  
se oyó de botas y espuelas  
el acompasado son.

Un portero, levantando  
el tapiz, en alta voz  
dijo: —El capitán don Diego.

Y entró luego en el salón  
Diego Martínez, los ojos  
llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego—  
díjole don Pedro— vos?  
Contestó altivo y sereno  
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicístela juramento  
de ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí, juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés llorando de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios, y dispensad que acusado dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda con brusca satisfacción, e Inés, que le vió partirse, resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor.

Volvió el capitán don Diego, sentóse Ruiz de Alarcón, la multitud aquietóse y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien nunca faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos nuestras palabras oyó, mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—El Cristo de la Vega  
a cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces  
al nombre del Redentor,  
escuchando con asombro  
tan excelsa apelación.

Reinó un profundo silencio  
de sorpresa y de pavor,  
y Diego bajó los ojos  
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces  
don Pedro en secreto habló,  
y levantóse diciendo  
con respetuosa voz:

—La ley es ley para todos,  
tu testigo es el mejor,  
mas para tales testigos  
no hay más tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos.  
Escribano, al caer el sol  
al Cristo que está en la Vega  
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,  
cuya luz tornasolada  
del purpurino horizonte  
blandamente se derrama.

Plácido aroma las flores  
sus hojas plegando exhalan,  
y el céfiro, entre perfumes,  
mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
con suave rumor las aguas,  
y las aves en la orilla  
despidiendo el día cantan.

Allá por el *Miradero*  
por el Cambrón y Visagra  
confuso tropel de gente  
del Tajo a la Vega baja.  
Vienen delante don Pedro  
de Alarcón, Iván de Vargas,  
su hija Inés, los escribanos,  
los corchetes y los guardias;  
y detrás monjes, hidalgos,  
mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
en la Vega les aguarda,  
cada cual comentariando  
el caso según le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
en apostura bizarra,  
calzadas espuelas de oro,  
valona de encaje blanca,  
bigote a la borgoñesa,  
melena desmelenada,  
el sombrero guarnecido  
con cuatro lazos de plata,



un pie delante del otro,  
y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos, de reajo,  
le miran de entre las capas,  
los chicos al uniforme  
y las mozas a la cara.  
Llegado el gobernador  
y gente que le acompaña,  
entraron todos al claustro  
que iglesia y patio separa.  
Encendieron ante el Cristo  
cuatro cirios y una lámpara,  
y de hinojos un momento  
le rezaron en voz baja.

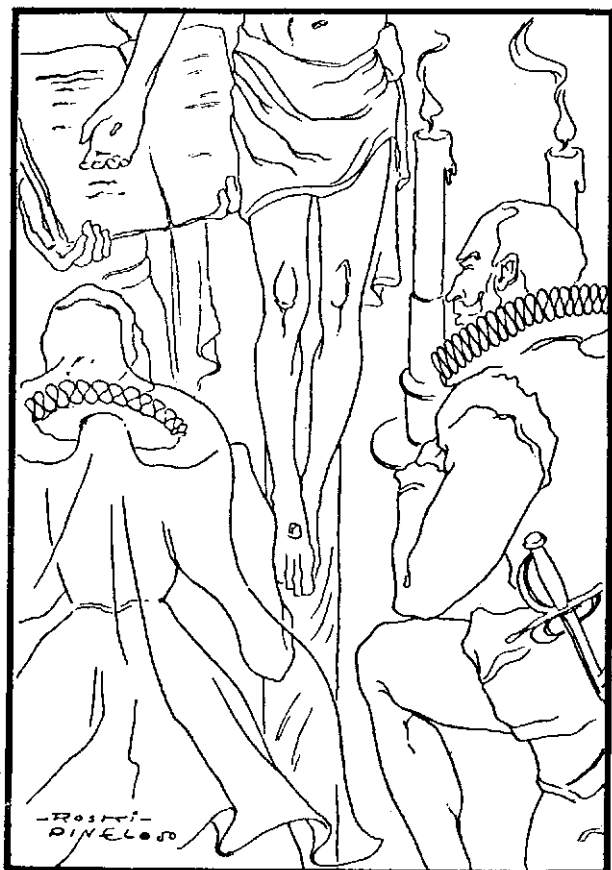
Está el Cristo de la Vega  
la cruz en tierra posada,  
los pies alzados del suelo  
poco menos de una vara.  
Hacia la severa imagen  
un notario se adelanta,  
de modo que con el rostro  
al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene a Martínez,  
a otro lado a Inés de Vargas,  
detrás al gobernador  
con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
la acusación entablada,  
el notario a Jesucristo  
así demandó en voz alta:

—«Jesús, Hijo de María,  
ante nos esta mañana  
citado como testigo  
por boca de Inés de Vargas,  
¿juráis ser cierto que un día  
a vuestras divinas plantas  
juró a Inés, Diego Martínez  
por su mujer desposarla?»

Asida a un brazo desnudo  
una mano atarazada  
vino a posar en los autos  
la seca y hendida palma,  
y allá en los aires «¡Sí juro!»  
clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
la vista a la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos,  
y una mano desclavada.

### *Conclusión*

Las vanidades del mundo  
renunció allí mismo Inés,  
y espantado de sí propio  
Diego Martínez también.  
Los escribanos temblando  
dieron de esta escena fe,  
firmando como testigos  
cuantos hubieron poder.



Fundóse un aniversario  
y una capilla con él,  
y don Pedro de Alarcón  
el altar ordenó hacer,  
donde hasta el tiempo que corre,  
y en cada año una vez,  
con la mano desclavada  
el crucifijo se ve.

ORIENTAL.

Corriendo van por la vega,  
a las puertas de Granada,  
hasta cuarenta gomeles  
y el capitán que los manda.

Al entrar en la ciudad,  
parando su yegua blanca,  
le dijo éste a una mujer  
que entre sus brazos lloraba:

—Enjuga el llanto, cristiana,  
no me atormentes así,  
que tengo yo, mi sultana,  
un nuevo Edén para ti.

Tengo un palacio en Granada,  
tengo jardines y flores,  
tengo una fuente dorada  
con más de cien surtidores.

Y en la vega del Genil  
tengo parda fortaleza,  
que será reina entre mil  
cuando encierre tu belleza.

Y sobre toda una orilla  
extiendo mi señorío;  
ni en Córdoba ni en Sevilla  
hay un parque como el mío.

Allí la altiva palmera  
y el encendido granado,  
junto a la frondosa higuera,  
cubren el valle y collado.

Allí el robusto nogal,  
allí el nópalo amarillo,  
allí el sombrío moral  
crecen al pie del castillo.

Y olmos tengo en mi alameda  
que hasta el cielo se levantan,  
y en redes de plata y seda  
tengo pájaros que cantan.

Sultana serás si quieres,  
que desiertos mis salones,  
están mi harén sin mujeres,  
mis oídos sin canciones.

Yo te daré terciopelos  
y perfumes orientales,  
de Grecia te traeré velos,  
y de Cachemira chales.

Yo te daré blancas plumas  
para que adornes tu frente,  
más blanca que las espumas  
de nuestros mares de Oriente;  
y perlas para el cabello,  
y baños para el calor,

y collares para el cuello;  
para los labios... ¡amor!

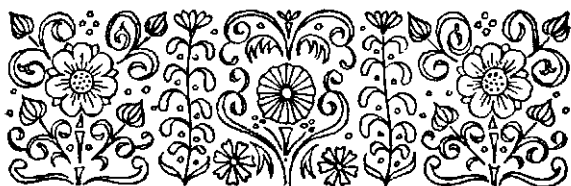
—¿Qué me valen tus riquezas—  
respondióle la cristiana—  
si me quitas a mis padres,  
mis amigos y mis damas?

Vuélveme, vuélveme, moro,  
a mi padre y a mi patria,  
que mis torres de León  
valen más que tu Granada.

Escuchóla en paz el moro,  
y manoseando su barba,  
dijo, como quien medita,  
en la mejilla una lágrima:

—Si tus castillos mejores  
que nuestros jardines son,  
y son más bellas tus flores,  
por ser tuyas, en León,  
y tú diste tus amores  
a alguno de tus guerreros,  
Hurí del Edén, no llores;  
vete con tus caballeros.—

Y dándole su caballo  
y la mitad de su guardia,  
el capitán de los moros  
volvió, en silencio, la espalda.



JOAQUIN RUBIO Y ORS

*Barcelona, 1818-1899.*

LO GAITER DEL LLOBREGAT

—Si et donàs la sua corona  
un rei, i el ceptre de plata,  
i son mantell d'escarlata,  
i son trono enjoiellat,  
per a ser rei deixaries  
tes balades amoroses  
ni tes muntanyes frondoses,  
ni ton joiós Llobregat?

Si et prometés un rei moro  
perles riques i galanes,  
i son bordell de sultanes,  
i son palau encantat,  
daries, Gaiter, ta dolça  
cabanya que el vent oreja,  
ton llit d'herbes que espurneja  
el caudalós Llobregat?

Si et regalés, Gaitê, un màgic  
sos castells de núvols blaus,  
i sos follets i palaus  
d'estrelletes esmaltats,



oblidaries per ells  
les neus, les boires, els rius,  
les fresques nits dels estius,  
les nines del Llobregat?

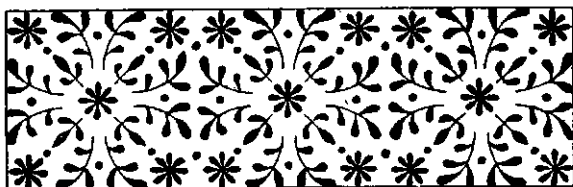
—No, nineta, pus més valen  
ma guaita de drap vermell  
i mon capot, que el mantell  
d'un rei, de perles brodat:  
puis més que els palaus moruns  
val ma cabanya enramada  
amb les flors que ma estimada  
roba el matí al Llobregat.

I més que los castells màgics  
de núvols blaus, Montseny val,  
amb ses roques de coral  
i amb son front altiu nevat,  
i les fredes nits d'hivern  
en que ens sorprèn el nou jorn  
referint del foc entorn  
rondalles del Llobregat.

Pus per més que li donás  
un rei son ceptre de plata,  
i son mantell d'escarlata,  
i son trono enjoiellat,  
fins de ser rei dexaria,  
per ses trobes amoroses  
i ses muntanyes frondoses,  
lo Gaiter del Llobregat.







RAMON DE CAMPOAMOR

*Navia (Asturias). 1817—Madrid, 1901*

EL GAITERO DE GIJÓN

I

Ya se está el baile arreglando.  
Y el gaitero, ¿dónde está?  
—Está a su madre enterrando,  
pero en seguida vendrá.—  
—¿Y vendrá?—Pues, ¿qué ha de hacer?  
Cumpliendo con su deber  
vedle con la gaita..., pero  
¡cómo traerá el corazón  
el gaitero,  
el gaitero de Gijón!

II

¡Pobre! Al pensar que en su casa  
toda dicha se ha perdido,  
un llanto oculto le abrasa,  
que es cual plomo derretido.

Mas, como ganan sus manos  
el pan para sus hermanos,  
en gracia del panadero  
toca con resignación  
                  el gaitero,  
el gaitero de Gijón.

III

No vió una madre más bella  
la nación del sol poniente...  
pero ya una losa de ella  
le separa eternamente.  
¡Gime y toca! ¡Horror sublime!  
Mas, cuando entre dientes gime,  
no bala como un cordero,  
pues ruga como un león  
                  el gaitero,  
el gaitero de Gijón.

IV

La niña más bailadora,  
—¡Aprisa!—le dice—¡aprisa!  
Y el gaitero sopla y llora,  
poniendo cara de risa.  
Y al mirar que de esta suerte  
llora a un tiempo y los divierte,

¡silban, como Zoilo a Homero,  
algunos sin compasión,  
                  al gaitero,  
al gaitero de Gijón!

V

Dice el triste en su agonía,  
entre soplar y soplar:  
—¡Madre mía, madre mía!  
¡Cómo alivia el suspirar!  
Y es que en sus entrañas zumba  
la voz que apagó la tumba;  
¡voz que, pese al mundo entero,  
siempre la oirá el corazón  
                  del gaitero,  
del gaitero de Gijón!

VI

Decid, lectoras, conmigo:  
¡Cuánto gaitero hay así!  
¿Preguntáis por quién lo digo?  
Por vos lo digo, y por mí.  
¿No veis que al hacer, lectoras,  
doloras y más doloras,  
mientras yo de pena muero,  
vos las recitáis al son  
                  del gaitero,  
del gaitero de Gijón?...



VENTURA RUIZ AGUILERA

*Salamanca, 1820—Madrid, 1881.*

EL HOGAR PATERNO

—¿Qué tendrá la luz que sale  
de ese monte, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que una lágrima ha bañado  
la mejilla del soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni el incendio del combate,  
ni el palacio del magnate,  
donde brillan a la par  
mil luces bellas,  
le han hecho nunca llorar;  
pero esa luz es del pueblo,  
del pueblo natal.

—¿Qué tendrá de esa campana  
el tañido, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que tan dulce ha resonado  
en el alma del soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni los cánticos de gloria,  
ni la voz de la victoria,  
que entusiasma al militar,  
con tal ternura  
nunca le han hecho llorar;  
es porque esa es la campana  
del pueblo natal.

—¿Qué tendrá el ladrido ronco  
de ese perro, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que cual voz de un ser amado  
sentir hace al buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni la alegre cantinera  
de su vida compañera,  
ni la franca lealtad  
del camarada  
le han hecho tanto llorar;  
es que ese perro ha salido  
del pueblo natal.

—¿Qué tendrá el humo que sale  
de esas chozas, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que con júbilo extremado  
lo contempla el buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

Ni del seno de las flores  
son más gratos los olores

que el que piensa respirar  
al ver del humo  
la negra y leve espiral;  
porque es de las chimeneas  
del pueblo natal.

—¿Qué tendrá ese pobre viejo  
que le abraza, qué tendrá?

¿Qué tendrá,  
que la frente ha reclinado  
en su pecho el buen soldado  
que el servicio cumplió ya?

A la entrada de la aldea  
turba alegre les rodea,  
saludando al militar;  
y éste conoce  
que entre los suyos está,  
porque oye el acento amado  
del pueblo natal.

#### ELEGÍA

Debajo de mis balcones  
parábase el saboyano;  
ella, la música oyendo,  
danzaba al sonido mágico,  
y yo de gozo temblaba  
como la hoja en el árbol.

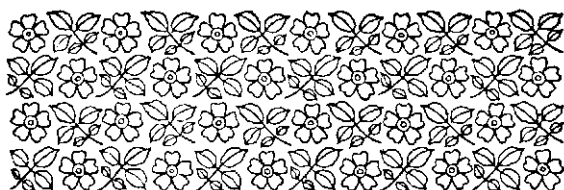
Debajo de mis balcones  
hoy se paró el saboyano:  
levantar le vi los ojos  
una, dos, tres veces, cuatro...  
¡Y una, dos, tres, cuatro veces,  
sin esperanza bajarlos!

No mires a mis balcones;  
¿por qué miras, saboyano,  
si ya no ha de salir ella  
a este balcón solitario,  
para echarte la limosna  
benedicida por su labio?...

No mires a mis balcones,  
y si vuelves, saboyano,  
la voz del órgano apaga,  
y pasa, por Dios, callando,  
pues yo no sé lo que tiene,  
¡ay!, que no puedo escucharlo.







JOSE SELGAS Y CARRASCO

*Lorca (Murcia), 1822—Madrid, 1882.*

EL ESTÍO

Mayo recoge el virginal tesoro;  
desciñe Flora su gentil guirnalda;  
la sombra busca el manantial sonoro  
del alto monte en la risueña falda;  
campos son ya de púrpura y de oro  
los que fueron de rosa y esmeralda;  
y apenas riza su corriente el río  
a los primeros soplos del Estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,  
el valle alegre y la feraz ribera,  
con voz desalentada y cariñosa  
despiden a la dulce Primavera;  
muere en su tallo la inocente rosa;  
desfallece la altiva enredadera;  
y en desigual y tenue movimiento  
gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma  
la blanca aurora su rosada frente,  
reparte perlas y recoge aroma;  
se abre la flor que su mirada siente;

repite sus arrullos la paloma  
bajo las ramas del laurel naciente;  
y allá por los tendidos olivares  
se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil el impulso blando  
la rubia mies en la llanura ondea;  
del dulce nido alrededor volando  
la alondra gira y de placer gorjea;  
las ondas de la fuente suspirando  
quiebran el rayo de la luz febea,  
y en delicados mágicos colores  
el fruto asoma al expirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca  
la niebla tiende su bordado encaje;  
desde el peñón de la desierta roca  
lánzase audaz el águila salvaje;  
el seco vientecillo que sofoca  
cubre de polvo el pálido follaje;  
y por el monte y por la vega umbría  
crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata  
la esencia de la flor de los tomillos,  
y lento el río su raudal desata  
entre mimbres y juncos amarillos;  
y si al cubrir sus círculos de plata  
con sus plumeros blandos y sencillos  
la caña dócil la corriente roza,  
trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla  
manso cordero del calor sosiega;

se oyen los cantos de la alegre trilla;  
 suenan los ecos de la tarda siega;  
 ardiente el sol en el espacio brilla;  
 el cielo azul su majestad despliega,  
 y duermen a la sombra los pastores,  
 y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra a la rústica majada  
 la noble encina que a la edad resiste;  
 en su copa de fruto coronada  
 la vid de verde majestad se viste;  
 a su pie la doncella enamorada  
 canta de amor, pero su canto es triste,  
 que, en el profundo afán que la devora,  
 amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído  
 más que el tierno arrullar de la paloma  
 por el monte y el valle repetido,  
 tristes, confusas vibraciones toma;  
 y en las ondas del aire suspendido  
 se escapa al fin por la quebrada loma,  
 y sin que el aura devolverlo pueda  
 todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves:  
 no circula ni un átomo de viento;  
 cortadas por el sol lentas y graves  
 caen las hojas del árbol macilento;  
 tenue vapor en ráfagas suaves  
 se levanta con fácil movimiento,  
 y mezclando en la luz su sombra extraña,  
 va formando la nube en la montaña.

Hinchada, al fin, soberbia, se desprende  
del horizonte azul la nube densa,  
y el fuego del relámpago la enciende,  
y gira por la atmósfera suspensa.  
Y ya sus flancos inflamados tiende,  
ya el vapor de su seno se condensa,  
y soltando el granizo en lluvia escasa  
la rompe el trueno, y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en Occidente  
de su encendido manto se despoja,  
y en los blancos celajes del Oriente  
se pierde el rayo de su lumbre roja.  
Brilla la gota de agua transparente  
detenida en el polvo de la hoja,  
y tendiendo el crepúsculo su planta  
del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado  
que en la fiebre de amor temple el desvelo,  
vertiendo en nuestro espíritu agitado  
la misteriosa esencia del consuelo;  
así por el ambiente reposado  
de estrellas y vapor bordando el cielo,  
breves y llenas de feraz rocío  
cruzan las noches del ardiente Estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,  
y en tibio resplandor la sombra vaga;  
la luz de las estrellas se estremece  
y en el limpio raudal brilla y se apaga;  
naturaleza entera se adormece  
en el hondo placer que la embriaga,

y lleva el aura en vacilantes giros  
besos, sombras, perfumes y suspiros.

Más puro que la tímida esperanza  
que sueña el alma en el amor primero,  
su rayo débil desde Oriente lanza,  
sol de la noche, virginal lucero;  
triste y sereno por el cielo avanza  
de la cándida luna mensajero,  
por ella viene, y suspirando ella,  
síguele en pos enamorada y bella.

Cuantos guardáis la tímida inocencia  
que a la esperanza y al amor convida;  
los que en el alma la impalpable esencia  
de su primer amor lloráis perdida;  
cuantos con dolorosa indiferencia  
vais apurando el cáliz de la vida;  
todos llegad, y bajo el bosque umbrío  
sentid las noches del ardiente Estío.

Las del tirano amor, desengañadas,  
pálidas y dulcísimas doncellas,  
vosotras que lloráis desconsoladas  
sólo el delito de nacer tan bellas;  
mirad entre las nubes sosegadas  
cómo cruzan el cielo las estrellas;  
que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo  
que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna a mi voz, blanca hermosura,  
fuente de virginal melancolía,  
más hermosa a mis ojos y más pura  
que el rayo azul con que despunta el día;

corazón abrasado de ternura,  
espíritu de amor y de armonía,  
ven y derrama en el tranquilo viento  
el ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena  
aumenta la inquietud de mi deseo;  
tu voz perdida en el ambiente suena;  
donde mis ojos van tu sombra veo;  
de amor y afán mi corazón se llena,  
porque en tu amor y en mi esperanza creo;  
y así suspende el sentimiento mío  
la tibia noche del ardiente Estío.

Noche serena y misteriosa, en donde  
dormido vaga el pensamiento humano,  
todo a los ecos de tu voz responde,  
la mar, el monte, la espesura, el llano;  
acaso Dios entre tu sombra esconde  
la impenetrable luz de algún arcano;  
tal vez cubierta de tu inmenso velo  
se confunde la tierra con el cielo.

#### LA CUNA VACÍA

Bajaron los ángeles,  
bésaron su rostro,  
y cantando a su oído dijeron:  
—Vente con nosotros.

Vió el niño a los ángeles,  
de su cuna en torno,

y extendiendo los brazos, les dijo:  
—Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles  
sus alas de oro,  
suspendieron al niño en sus brazos,  
y se fueron todos.

De la aurora pálida  
la luz fugitiva,  
alumbró a la mañana siguiente  
la cuna vacía.





ADELARDO LOPEZ DE AYALA  
*Guadalcanal (Sevilla), 1828—Madrid, 1879.*

PLEGARIA

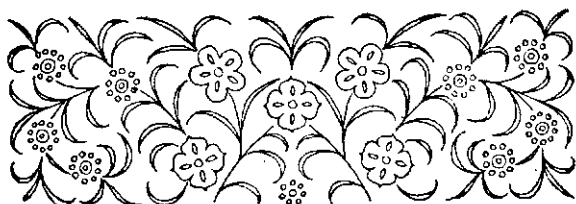
¡Dame, Señor, la firme voluntad,  
compañera y sostén de la virtud;  
la que sabe en el golfo hallar quietud  
y en medio de las sombras claridad:

la que trueca en tesón la veleidad  
y el ocio en perennal solicitud,  
y las ásperas fiebres en salud  
y los torpes engaños en verdad!

Y así conseguirá mi corazón  
que los favores que a tu amor debí,  
te ofrezcan algún fruto en galardón...

Y aún tú, Señor, conseguirás así  
que no llegue a romper mi confusión  
la imagen tuya que pusiste en mí.





FEDERICO BALART

*Priego (Murcia) 1831—Madrid, 1905*

RESTITUCIÓN

Estas pobres canciones que te consagro,  
en mi mente han nacido por un milagro.  
Desnudas de las galas que presta el arte,  
mi voluntad en ellas no tiene parte:  
yo no sé resistirlas ni suscitarlas;  
yo ni aún sé comprenderlas ni formularlas;  
y es en mí su lamento, sentido y grave,  
natural como el trino que lanza el ave.  
Santas inspiraciones que tú me envías,  
puedo decir, esposa, que no son mías:  
pensamiento y palabra de ti recibo;  
tú en silencio las dictas; yo las escribo.

Desde que abandonaste nuestra morada,  
de la mortal escoria purificada,  
transformado está el fondo del alma mía,  
y voces oigo en ella que antes no oía.  
Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento,  
tiene matiz, aroma, forma o acento,

de mi ánimo abatido turba la calma  
y en canción se convierte dentro del alma.  
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,  
todo está confundido con tu recuerdo:  
¡sin él, todo es silencio, sombra y vacío  
en la tierra y el viento y el mar bravío!

Revueltos peñascales, áspera breña  
donde salta el torrente de peña en peña;  
corrientes bullidoras del claro río;  
religiosos murmullos del bosque umbrío;  
tórtola que en sus frondas unes tus quejas  
al calmante zumbido de las abejas;  
águila que te ciernes en corvo vuelo  
por el azul espacio que cubre el cielo;  
golondrina que emigras cuando el octubre  
con sus pálidas hojas el suelo cubre,  
y al amor de tu nido tornas ligera  
cuando esparce sus flores la primavera;  
aura mansa que llevas, en vuelo tardo,  
efluvios de azucena, jazmín y nardo;  
brisas que en el desierto sois mensajeras  
de los tiernos amores de las palmeras  
(¡de las pobres palmeras que, separadas,  
se miran silenciosas y enamoradas!);  
pardas nieblas del valle, nieves del monte,  
cambiantes y vislumbres del horizonte;  
tempestad que bramando con ronco acento  
tus cabellos de lluvia tiendes al viento;

solitaria ensenada, restinga ignota  
 donde oculta su nido la gaviota;  
 olas embravecidas que pone a raya  
 con sus rubias arenas la corva playa;  
 grutas donde repiten con sordo acento  
 sus querellas y halagos la mar y el viento;  
 velas desconocidas que en lontananza  
 pasáis como los sueños de la esperanza;  
 nebuloso horizonte tras cuyo velo  
 sus límites confunden la mar y el cielo;  
 rayo de sol poniente que te abres paso  
 por los rotos celajes del triste ocaso;  
 melancólico rayo de blanca luna  
 reflejado en la cresta de escueta duna;  
 negra noche que dejas de monte a monte  
 granizado de estrellas el horizonte;  
 lamento misterioso de la campana  
 que en la nocturna sombra suena lejana,  
 pidiendo por ciudades y por desiertos  
 la oración de los vivos para los muertos;  
 plegaria que te elevas entre la nube  
 del incienso que en ondas al cielo sube  
 cuando al Señor elevan himnos fervientes  
 santos anacoretas y penitentes;  
 catedrales ruinosas, mudas y muertas,  
 cuyas góticas naves hallo desiertas,  
 cuyas leves agujas, al cielo alzadas,  
 parecen oraciones petrificadas;  
 torres donde, por cima de la veleta  
 que a merced de los vientos se agita inquieta,

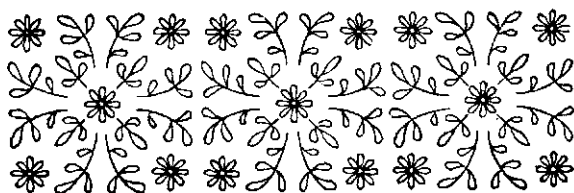
señalando regiones que nadie ha visto,  
tiende inmóvil sus brazos la cruz de Cristo;  
luces, sombras, murmullos, flores, espumas,  
transparentes neblinas, espesas brumas,  
valles, montes, abismos, tormentas, mares,  
auras, brisas, aromas, nidos y altares,  
vosotros en el fondo del alma mía  
despertáis siempre un eco de poesía:  
y es que siempre a vosotros encuentro unido  
el recuerdo doliente del bien perdido.  
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro  
de la tierra y el cielo y el mar sonoro?

Ya lo ves: las canciones que te consagro,  
en mi mente han nacido por un milagro.  
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo;  
por eso a ti, de hinojos, las restituyo.  
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,  
sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aún te deben mis desventuras  
otras más delicadas, otras más puras;  
canciones que, por miedo de profanarlas,  
en el alma conservo sin pronunciarlas;  
recuerdos de las horas que, embelesado,  
en nuestro pobre albergue pasé a tu lado  
cuando al alma y al cuerpo daban pujanza  
juventud y cariño, fe y esperanza;  
cuando, lejos del mundo parlero y vano,  
íbamos por la vida mano con mano;

cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,  
en una se fundían nuestras dos almas:  
canciones silenciosas que el alma hieren;  
canciones que en mí nacen y que en mí mueren;  
¡hechizadas canciones, con cuyo encanto  
a mis áridos ojos se agolpa el llanto!

Y aún a veces aplacan mis amarguras  
otras más misteriosas, otras más puras:  
canciones sin palabra, sin pensamiento,  
vagas emanaciones del sentimiento;  
silencioso gemido de amor y pena  
que, en el fondo del pecho, callado suena;  
aspiración confusa, que, en vivo anhelo,  
ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;  
inquietudes del alma, de amor herida;  
vagos presentimientos de la otra vida;  
éxtasis de la mente que a Dios se lanza;  
luminosos destellos de la esperanza;  
voces que me aseguran que podré verte  
cuando al mundo mis ojos cierre la muerte.  
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres  
en la lengua grosera que hablan los hombres!  
Ésas son las que endulzan mi amargo duelo;  
ésas son las que el alma llaman al cielo;  
ésas de mi esperanza fijan el polo,  
¡y ésas son las que guardo para mí solo!



MANUEL DEL PALACIO

*Lérida, 1832—Madrid, 1906.*

AMOR OCULTO

Ya de mi amor la confesión sincera  
oyeron tus calladas celosías,  
y fué testigo de las ansias mías  
la luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave placentera  
a quien visito yo todos los días,  
y alegran mis soñadas alegrías  
el valle, el monte, la comarca entera.

Sólo tú mi secreto no conoces,  
por más que el alma su latido ardiente,  
sin yo quererlo, te lo diga a voces;  
y acaso has de ignorarlo eternamente,  
como las ondas de la mar veloces  
la ofrenda ignoran que les da la fuente.



GASPAR NUÑEZ DE ARCE

*Valladolid, 1834—Madrid, 1903.*

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA

Venga el ateo y fije sus miradas  
en las raudas cascadas  
que caen con el estrépito del trueno;  
en ese bosque que oscurece el día,  
de rústica armonía  
y de perfumes y de sombras lleno;  
en la gruta titánica que arredra  
con sus monstruos de piedra,  
su oculto lago y despeñado río:  
que ante tantas grandezas el ateo  
dirá asombrado: —«¡Creo,  
creo en tu excelsa majestad, Dios mío!»  
Arpa es la creación, que en la tranquila  
inmensidad oscila  
con ritmo eterno y cántico sonoro.  
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento  
en tierra, mar y viento,  
que del himno inmortal no forme coro.  
El insecto entre el césped escondido,  
el pájaro en su nido,

el trueno en las entrañas de la nube,  
hasta la flor que en los sepulcros brota,  
todo exhala su nota  
que en acordado son al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,  
que a enloquecerle llega,  
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,  
ese poder augusto y soberano  
que enfrena el Oceano  
y hace girar los astros en el cielo.

En vano golpeándose la frente,  
se agitará impotente  
en su orgullo satánico y maldito;  
siempre, desesperado Prometeo,  
le acosará el deseo,  
¡ay!, que, como el dolor, es infinito.

CASTILLA (I)

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!  
¡Oh campos de Castilla,  
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!  
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...  
¡Con qué placer tan vivo  
se espaciaba mi vista en vuestro seno!  
Cual dilatado mar, la mies dorada  
a trechos esmaltada

---

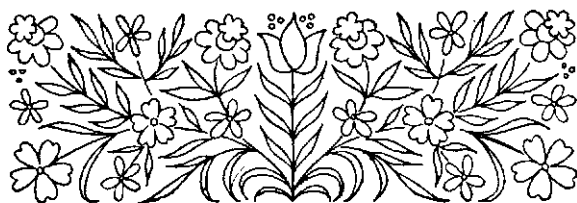
(1) Fragmento del poema *Un Idiote*.



de ya escasas y mustias amapolas,  
cediendo el soplo halagador del viento  
acompasado y lento,  
a los rayos del sol mueve sus olas.  
Cuadrilla de atezados segadores,  
sufriendo los rigores  
del sol canicular, el trigo abate,  
que cae agavillado en los inciertos  
surcos, como los muertos  
en el revuelto campo de combate.  
Corta y cambia de pronto la campiña  
alguna hojosa viña  
que en las umbrías y laderas crece,  
y entre las ondas de la mies madura,  
cual isla de verdura,  
con sus varios matices resplandece.  
Serpean y se enlazan por los prados,  
barbechos y sembrados,  
los arroyos, las lindes y caminos,  
y donde apenas la mirada alcanza,  
cierran la lontananza  
esposos bosques de perennes pinos.  
Por angostos atajos y veredas,  
los carros de anchas ruedas  
pesadamente y sin cesar transitan,  
y sentados encima de los haces,  
rapazas y rapaces  
con incansable ardor cantan y gritan.  
Lleno de majestad y de reposo,  
el Duero caudaloso

al través de los campos se dilata:  
refleja en su corriente el sol de estío,  
y el sosegado río  
cinta parece de bruñida plata.  
Ya oculta de improviso una alameda  
su marcha mansa y leda;  
ya le obstruye la presa de un molino,  
y como potro a quien el freno exalta,  
párase, el dique salta  
y sigue apresurado su camino.  
En las tendidas vegas y las lomas,  
cual nidos de palomas,  
se agrupan en desorden las aldeas,  
y en la atmósfera azul, pura y tranquila,  
ligeramente oscila  
el humo de las negras chimeneas.  
En las cercanas eras reina el gozo.  
Con íntimo alborozo  
contempla el dueño la creciente hacina,  
y mientras un zagal apura el jarro,  
otro descarga el carro  
que bajo el peso de la mies rechina.  
Otro en el trillo de aguzadas puntas,  
que poderosas yuntas  
mueven en rueda, con afán trabaja,  
y cual premio debido a su fatiga  
desgránase la espiga,  
y salta rota la reseca paja.

.....



GUSTAVO ADOLFO BECQUER

*Sevilla, 1836—Madrid, 1870.*

R I M A S

I

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
capaz de encerrarlo, y apenas ¡oh, hermosa!  
sí, teniendo en mis manos las tuyas,  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

III

Sacudimiento extraño  
que agita las ideas,

como huracán que empuja  
las alas en tropel;

murmullo que en el alma  
se eleva y va creciendo,  
como volcán que sordo  
anuncia que va a arder;

deformes siluetas  
de seres imposibles;  
paisajes que aparecen  
como a través de un tul;

colores que fundiéndose  
remedan en el aire  
los átomos del iris,  
que nadan en la luz;

ideas sin palabras,  
palabras sin sentido;  
cadencias que no tienen  
ni ritmo ni compás;

memorias y deseos  
de cosas que no existen;  
accesos de alegría,  
impulsos de llorar;

actividad nerviosa  
que no halla en qué emplearse;

sin riendas que le guíe,  
caballo volador;

locura que el espíritu  
exalta y enardece;  
embriaguez divina  
del genio creador...  
¡Tal es la inspiración!

Gigante voz que el caos  
ordena en el cerebro,  
y entre las sombras hace  
la luz aparecer;

brillante rienda de oro  
que poderosa enfrena  
de la exaltada mente  
el volador corcel;

hilo de luz que en haces  
los pensamientos ata;  
del que las nubes rompe  
y toca en el cenit;

inteligente mano  
que en un collar de perlas  
consigue las indóciles  
palabras reunir;

armonioso ritmo  
que con cadencia y número

las fugitivas notas  
encierra en el compás;

cinzel que el bloque muerde  
la estatua modelando,  
y la belleza plástica  
añade a la ideal;

atmósfera en que giran  
con orden las ideas,  
cual átomos que agrupa  
recóndita atracción;

raudal en cuyas ondas  
su sed la fiebre apaga;  
oasis que al espíritu  
devuelve su vigor...  
¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre lucha  
y de ambas vencedor,  
tan solo el genio puede  
a un yugo atar las dos.

## VII

Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueña tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo  
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
como el pájaro duerme en las ramas,  
esperando la mano de nieve  
que sabe arrancarlas!

¡Ay!—pensé—¡cuántas veces el genio  
así duerme en el fondo del alma,  
y una voz, como Lázaro, espera  
que le diga: «¡Levántate y anda!»

X

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman;  
el cielo se deshace en rayos de oro;  
la tierra se estremece alborozada;  
oigo flotando en olas de armonía  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?  
—¡Es el amor que pasa!

XII

Porque son, niña, tus ojos  
verdes como el mar, te quejas;  
verdes los tienen las náyades,  
verdes los tuvo Minerva,  
y verdes son las pupilas  
de las hurís del profeta.

El verde es gala y ornato  
del bosque en la primavera.  
Entre sus siete colores  
brillante el iris lo ostenta.  
Las esmeraldas son verdes,  
verde el color del que espera,  
las ondas del Océano,  
y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana  
rosa de escarcha cubierta,  
en que el carmín de los pétalos  
se ve al través de las perlas.

Y, sin embargo,  
sé que te quejas  
porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas;  
que parecen tus pupilas,  
húmedas, verdes e inquietas,  
tempranas hojas de almendro,  
que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes  
purpúrea granada abierta,  
que en el estío convida  
a apagar la sed en ella.

Y, sin embargo,  
sé que te quejas



porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas;  
que parecen, si enojada  
tus pupilas centellean,  
las olas del mar que rompen  
en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona  
crespo el oro en ancha trenza,  
nevada cumbre en que el día  
su postrera luz refleja.

Y, sin embargo,  
sé que te quejas  
porque tus ojos  
crees que la afean:  
pues no lo creas;  
que, entre las rubias pestañas,  
junto a las sienes, semejan  
broches de esmeralda y oro  
que un blanco armiño sujetan.

XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes,  
su claridad suave me recuerda  
el trémulo fulgor de la mañana  
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras,  
las transparentes lágrimas en ella  
se me figuran gotas de rocío  
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y si en su fondo  
como un punto de luz radia una idea,  
me parece en el cielo de la tarde  
¡una perdida estrella!

XXI

—¿Qué es poesía?—dices, mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¿Qué es poesía? Y ¿tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.





VICENTE W. QUEROL,

*Valencia, 1836—Bétera (Valencia), 1889.*

EN NOCHEBUENA

*A mis ancianos padres.*

I

Un año más en el hogar paterno  
celebramos la fiesta del Dios-niño,  
símbolo augusto del amor eterno,  
cuando cubre los montes el invierno  
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda  
o en el que el santo de los padres llega,  
la turba alegre de los niños juega,  
y en la ancha sala la familia toda  
de noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla  
del pequeño dormido en la mejilla,  
que con tímido afán su madre besa;  
y se refleja alegre en la vajilla  
de la dispuesta mesa.

IV

A su sobrino, que lo escucha atento,  
mi hermana dice el pavoroso cuento,  
y mi otra hermana la canción modula  
que, o bien surge vibrante, o bien ondula  
prolongada en el viento.

V

Mi madre tiende las rugosas manos  
al nieto que huye por la blanda alfombra;  
hablan de pie mi padre y mis hermanos,  
mientras yo, recatándome en la sombra,  
pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura  
las horas van apresurando el paso,

y que empaña el oriente niebla oscura,  
cuando aún el rayo trémulo fulgura  
último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena  
las breves dichas el temor del daño!  
Hoy presidís nuestra modesta cena,  
pero en el porvenir... yo sé que un año  
vendrá sin nochebuena.

VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo,  
serán muda aflicción y hondo sollozo.  
No cantará mi hermana, y mi sobrina  
no escuchará la historia peregrina  
que la da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos  
sobre el limpio cristal de la vajilla,  
y, si alguien osa hablar, será de aquellos  
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla  
con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos cuya amada hebra  
es cual corona de laurel de plata,  
mejor que esas coronas que celebra  
la vil lisonja, la ignorancia acata,  
y el infortunio quiebra.

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo  
la sublime bondad de vuestro rostro,  
mi alma a los trances de la vida templo,  
y ante esa imagen para orar me postro,  
cual me postro en el templo.

XII

Cada arruga que surca ese semblante  
es del trabajo la profunda huella,  
o fué un dolor de vuestro pecho amante.  
La historia fiel de una época distante  
puedo leer yo en ella.

XIII

La historia de los tiempos sin ventura  
en que luchasteis con la adversa suerte,

y en que, tras negras horas de amargura,  
mi madre se sintió más noble y pura  
y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada  
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,  
y, al venceros el sueño en la alborada,  
fuerzas os dió posar vuestra mirada  
en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una  
con noble orgullo por mi faz yo siento,  
pensando que hayan sido por fortuna,  
esas honradas manos mi sustento  
y esos brazos mi cuna.

XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera  
pagaros hoy lo que en mi edad primera  
sufristeis sin gemir, lenta agonía,  
y que cada dolor de entonces fuera  
germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo  
de ver al hijo convertirse en mozo,  
mientras que al verme yo en vuestra presencia  
siento mi dicha ahogada en el sollozo  
de una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo  
pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?  
Yo os daría mi sangre de mancebo,  
tornando así con ella a vuestras venas  
esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga  
pensando en la posible despedida,  
que imagino ha de ser tarea amarga  
llevar la vida, como inútil carga,  
después de vuestra vida.

XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,  
miro acercarse con profundo espanto,



y en dudas grita el corazón sensible:  
«Si aplacar al destino es imposible,  
¿para qué amarnos tanto?»

XXI

Para estar juntos en la vida eterna  
cuando acabe esta vida transitoria:  
si Dios, que el curso universal gobierna,  
nos devuelve en el cielo esta unión tierna,  
yo no aspiro a más gloria.

XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma  
será que prolonguéis la dulce calma  
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:  
para marchar yo sólo por la tierra  
no hay fuerzas en mi alma.





TEODORO LLORENTE

*Valencia, 1836-1911.*

CANÇONETA AMOROSA

Per què em miren tos ulls blaus  
si no em vols, dolça xiqueta?  
Si em negues del cor les claus,  
per què em miren tos ulls blaus?  
Ja que en mon amor no et plaus,  
déxa'm tu l'ànima quieta.  
Per què em miren tos ulls blaus,  
si no em vols, dolça xiqueta?

Quan te mire embadalit,  
què em diu ton joiós mig-riure?  
Per què batega mon pit  
quan te mire embadalit?  
Si amor per mi no has sentit,  
no m'enganyes; déxa'm viure.  
Quan te mire embadalit,  
què em diu ton joiós mig-riure?

Quan de ton amor tinc set,  
canteret sens aigua em portes...

Res val eixe canteret  
quan de ton amor tinc set.  
Mes lo vull a trossos fet,  
com mes esperances mortes.  
Quan de ton amor tinc set,  
cànter sense aigua no em portes.

Mes ai! no; no m'atengàu,  
ulls de cel, llavis de rosa.  
Ja que he de ser vostre esclau,  
llavis i ulls, no m'atengau.  
Vostre dolç mentir me plau  
si no em doneu altra cosa.  
Mentiu, i no m'atengau,  
ulls de cel, llavis de rosa.

#### LA BARRACA

Com la gavina de la mar blavosa  
que en la tranquil·la platja fa son niu,  
com lo nevat colom que el vol reposa  
de l'arbre verd en lo brancatge ombriu;  
blanca, polida, somrisent, bledana,  
casal d'humils virtuts i honrats amors,  
l'alegre barraqueta valenciana  
s'amaga entre les flors.

Baix la figuera, on los ocells de l'horta  
canten festius l'albada matinal,

al primer raig del sol obri la porta  
i als aires purs del cel lo finestral;  
i com la mare cova la niuada,  
les amoroses ales estenent,  
pobre trespol de palla ben lligada  
la guarda d'un mal vent.

Quatre pilars més blancs que l'assutzena,  
formen davant un pòrtic de verdor:  
corre sobre ells la parra, tota plena  
de pàmpols de maragda i raïms d'or;  
a son ombra, lo pa de cada dia  
repartix a sos fills lo Treball sant,  
i en la taula la Pau i l'Alegría  
les flors van esfullant.

A un costat obri et pou la humida gola;  
i perquè tinga perfumat dossier,  
la garlanda de flors, que al vent tremola,  
estén sobre el brocal un gesmiler;  
i per la franca porta, mai tancada,  
les flors despreses i el flairós perfum  
a dins penetren, en la dolça onada  
del aire i de la llum.

Pengen del mur l'axada i la corbella,  
que a terra fan corbar lo suat front;  
lo pulcre canteret, que la donzella,  
encorbant lo braç nu, porta a la font;

i, plena d'armonies misterioses,  
la guitarra, que ensems gemega i riu  
a la llum de la lluna, en les gustoses  
vel·lades del estiu.

Allà dins, entre alfàbregues florides,  
en lo corral, baix l'ample taronger,  
murmurejant pregaries beneïdes,  
la mare gronxa a son infant darrer;  
i al cim de la cabanya, fent-la un temple,  
santificant sos gojos i dolors,  
obri eterna la Creu, per digne exemple,  
sos braços protectors.

Tot riu entorn: va l'aigua cristal·lina  
corrent entre pomells de lliris blaus;  
sorolla dolçament la mar veïna;  
mouen els arbres ventijols suaus;  
i si el fillet dormit a la mamella  
mira l'esposa, i calla, ou a lo lluny  
llarga cançó del'home, que la rella  
enfonsa amb valent puny.

Barraca valenciana! Santa y noble  
escola del treball! Modest bressol!  
del que nos dona el pà, laboriós poble  
curtit pel vent i bronzejat pel sol!  
Més que els palaus de jaspis i de marbres,  
més que els arcs-trionfals i els coliseus,  
tu, pobre niu, perdut en mig dels arbres,  
valdràs sempre als ulls meus!

En tu naixqué l' hermosa campesina  
que tot lo món contempla embelesat,  
llauradora amb aspecte de regina,  
plena ensems de modestia i magestat;  
la de ajustat gipó i airoses faldes;  
la que el foc de l'Arabia duu en els ulls,  
la que clava amb agulles de maragdes  
los negres cabells rulls;

la que la roja fraura, al rompre el día,  
cull una a una; i en brillant pomell,  
que la matexa Flora envejaría,  
junta el gesmil, la rosa i el clavell;  
la que desfulla la frondosa branca,  
aliment de l'insecte filador;  
la que als rossos capells, cantant, arranca  
la subtil fibra d'or.

En tu naixqué, company ben digne d'ella,  
sobri, sofrit, lleuger, fort i lleial,  
el que en l'aspre guaret clava la rella  
i obri a l'aigua corrent fonda canal;  
el que sembra el bon grà i els arbres talla,  
i en l'almàcera extrau l'oli més fi,  
i amb incansable peu follejant balla  
en lo trull plè de ví;

el que, enflocant son haca voladora,  
la joia guanya, que a la núvia duu;  
el que fa refilar a la sonora  
citra, en les nits d'albades, com ningú;

el que, per a defensa de la terra,  
lo vell trabuc despenja del trespol,  
quan per l'horta, donant lo crit de guerra,  
retrona el caragol.

En tu naixqueren i ditxosos viuen:  
per ells, el món que veuen no es més gran;  
com els ocells que moren on aniuén.  
en tú bressol i tomba trobaràn;  
ton lluminós fogar és sa alegría;  
a sa dolça calor son forts i rics.  
Guárde-los be ton ombra, nit i día,  
de tots los enemics!

Guàrda els infants que, baix de la porxada,  
amb lo jò nec valent juguen sens por;  
guarda la verge, que en la nit callada  
escolta la cançó que li omple el cor;  
guarda la mare ardida i jubilosa;  
guarda el pare pensiu, que es cansa ja;  
guarda al pobre vellet, que al peu reposa  
del arbre que plantà!

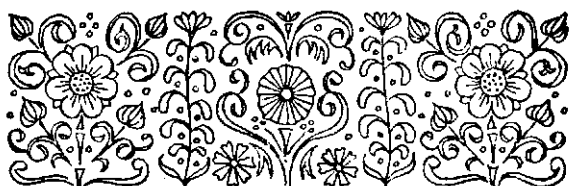
Guàrda-los de la pluja i la tempesta  
per a que dorguen sens dubtós recel;  
guàrda-los de la fam i de la pesta,  
del foc dels hòmens i del llamp del cel.  
Guàrda-los be dels esperits malignes;  
de les llengües de serp dels mals veïns;

guàrda-los be de temptacions indignes,  
de pensaments roïns·

I sobre ses victories i fadigues,  
sobre el goig breu i el treballar constant,  
sobre el camp pedregat o plè d'espigues,  
sobre la taula buida o abundant,  
sobre el ball de la boda desitjada,  
sobre el fúnebre llit, banyat en plors,  
estenga eternament ta Creu sagrada  
los braços protectors!







ROSALIA DE CASTRO

*Santiago de Compostela, 1837—Padrón (Coruña), 1885*

¡PADRÓN! ¡PADRÓN!

I

Aquelas risas sin fin,  
aquele brincar sin delor,  
aquela louca alegría,  
¿por qué acabou?

Aqueles doces cantares,  
aquelas falas d'amor,  
aquelas noites serenas,  
¿por qué non son?

Aquel vibrar sonoro  
d'as cordas d'arpa y-os sons  
d'a guitarra malencónica,  
¿quen os levou?

Todo é silencio mudo,  
soidá, pavor,

ond'outro tempo a dicha  
sola reinou...

*¡Padrón!... ¡Padrón!*  
*Santa María... Lestrove...*  
*¡Adiós! ¡Adiós!*

II

O simiterio d'a Adina  
n'hay duda qu'é encantador,  
c'os seus olivos escuros  
de vella recordaçón:  
co seu chan d'erbas e frores  
lindas, cal n'outras dou Dios;  
c'os seus canónegos vellos  
que n'él se sentan ó sol;  
c'os nenínos qu'alí xogan  
contentos e rebuldós;  
c'as lousas brancas qu'o cubren,  
e c'os húmedos montons  
de terra, ond'algun-ha probe  
o amañecer s'enterrou.

Moito te quixen un tempo,  
simiterio encantador,  
c'os teus olivos escuros,  
mais vellos qu'os meus abós,  
c'os teus cregos venerables,

que s'iban sentar ó sol,  
 mentras cantaban os páxaros  
 as matutinas cancións,  
 e c'o teu osario homilde  
 que tanto respecto impón  
 cando d'a luz que n'el arde  
 vé un de noite ó resprandor.  
 Moito te quixen e quérote,  
 eso ben o sabe Dios;  
 mais hoxe, o pensar en ti  
 núbrasem'o corazón,  
 qu'a terra está removida,  
 negra e sin frois...

*¡Padrón!... ¡Padrón!*  
*Santa María... Lestrove...*  
*¡Adiós! ¡Adiós!*

III

Fun un día en busca d'eles,  
 palpítame ó corazón,  
 funos chamando un a un  
 e ningún me contestou.

Petey n'un-ha y-outra porta,  
 non sentín fala nin voz,  
 cal n'un-ha tomba valdeira  
 o meu petar resonou.

Mirey pol-a pechadura  
¡que silencio!... ¡que pavor!...  
vin no mais sombras errantes  
qu'iban e viñan sin son,  
cal voan os lixos leves  
n'un rayo, d'o craro sol.

Erguéronsem'os cabelos  
d'extrañeza e de delor.  
¡Nin un soyo!... ¡Nin un soyo!...  
¿Dond'estan? ¿Qué d'eles foi?

O triste son d'a campana  
vagoroso a min chegou...  
¡Tocaba a morto por eles!...

¡Padrón!... ¡Padrón!  
*Santa María.... Lestrove...*  
¡Adiós! ¡Adiós!

#### NEGRA SOMBRA

Cando penso que te fuches,  
negra sombra que m'asombras,  
ó pé d'os meus cabezales  
tornas facéndome mofa.

Cando maximo qu'és ida  
n'ó mesmo sol te m'amostras,  
y eres a estrela que brila,  
y eres ó vento que zoa.

Si cantan, és ti que cantas;  
si choran, és ti que choras,  
y és o marmurio d'o río,  
y-és a noite, y és á aurora.

En todo estás e ti és todo,  
pra min, y en min mesma moras,  
nin m'abandonarás nunca,  
sombra que sempre m'asombras.

VAGUEDAS

Mais vé qu'o meu corazón  
é un-ha rosa de cen follas,  
y é cada folla un-ha pena  
que vive apegada n'outra.

Quitas un-ha, quitas dúas,  
penas me quedan de sobra,  
hoxe dez, mañan corenta,  
desfolla que te desfolla...

¡O corazón m'arrincarás  
des qu'as arrincarás todas!...

\* \* \*

A un batido, outro batido,  
a un-ha dor, outro delor,  
tras d'un olvido, outro olvido,  
tras d'un amor, outro amor.

Y ó fin de fatiga tanta  
e de tan diversa sorte,  
a vellés que nos espanta  
ou ó repousar d'a morte.

\* \* \*

Cand'era tempo d'inverno  
pensaba dond'estarías;  
cand'era tempo de sol  
pensaba en dond'andarías.  
¡Agora... tan soyo penso,  
meu ben, si m'olvidarías!

¡PRA A HABANA!

Este váise y aquél váise,  
e todos, todos se van;  
Galicia, sin homes quedas  
que te poidan traballar.  
Tés, en cambio, orfos e orfas  
e campos de soledad,  
e nais que non teñen fillos,  
e fillos que non ten pais,  
e tes corazóns que sufren  
longas ausencias mortás,  
viudas de vivos e mortos  
que ninguén consolará.



EDUARDO PONDAL

*Ponte-ceso (Coruña), 1835—Coruña, 1917.*

A CAMPANA D'ANLLONS

«E ti, campana d'Anllons,  
que vagamente tocando,  
derramas nos corazóns  
un bálsamo triste e brando,  
de pasadas ilusiós.

Alá nos pasados ventos,  
primeiros da miña vida,  
oyo os teus vagos concertos,  
reló dos tristes momentos  
da miña patria querida.

¡Cantas veces te lembróu,  
o que marchou para a guerra,  
cando á sua nai deixou;  
e partindo a estraña terra,  
de *Bancira* t'escuitóu!

¡Cantas do mar africano,  
cautivo bergantiñán;

oío n'hun soño tirano,  
o teu tocar soberano,  
aló nas tardes do vrán!

Cando te sinto tocar,  
campana d'Anlíons doente,  
n'unha noite de luar...  
rompo triste a suspirar,  
por cousas d'un mal ausente.

Cando doida tocabas,  
pol-as tardes a oración,  
campana, sempre falabas,  
palabras con que cortabas  
as cordas do corazón.

Estabas contando ós ventos,  
cousas de meu mal presente;  
os meus futuros tormentos,  
que dabas con sentimentos,  
según tocabas doente.

Campana, se pol-o vrán  
ves lumiar na *Ponte-Ceso*  
a cachela de *San Joan*;  
dille a todos que estóu preso,  
nos calabozos d'Orán.

E a aquela rula inocente,  
que me morría d'amor,



no regazo docemente,  
tembrando com'unha fror,  
sobre escondida corrente;

diráslle, que unha de ferro  
arrastro rouca cadea,  
castigo atroz de meu erro;  
e que dentro d'este encerro,  
o seu amor me alumea.

E ti, golondrina errante,  
dos longos campos d'Argel;  
s'a miña terra distante  
te leva o voxo constante,  
dille o meu penar cruel.

S'alguen por min preguntar,  
dille que estou en prisiones;  
e unha noite de luar  
iraste unha ves pousar  
no campanario d'Anllons.»

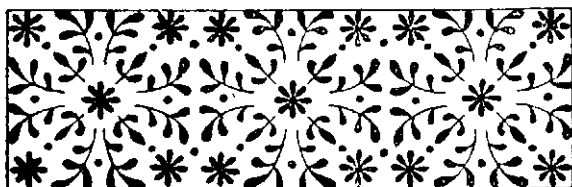
Así triste en terra alléa,  
aló nas prisiones d'Orán,  
cantaba un mozo d'aldea;  
e nos grillons da cadea  
levaba o compás ca man.

«O nai da miña vida,  
adios, adios, me pai;

prenda de min querida,  
adios, oh miña nai;  
sombras dos meus avós,  
río de *Ponte-Ceso*,  
pinal de *Tella* espeso...  
acordavos d'hun preso,  
como él o fai de vós:

campana d'Anllons,  
noites de lunar,  
luna que te pós  
detrás do pinar;  
adiós...  
adioós...  
adiooós...▶





JACINTO VERDAGUER

*Folgaroles (Barcelona), 1845—Barcelona, 1902.*

CANT D'AMOR

*Inveni quem diligit anima mea.*

CANT. III.

Dormíu en la meva arpa, himnes de guerra;  
brolláu, himnes d'amor:  
còm cantaríá els núvols de la terra  
si tinc un cel al cor?

Jesús hi pren posada cada dia,  
li parla cada nit,  
i no batrá ses ales d'alegría  
l'ocell d'amor ferit?

Sos braços amorosos me sostenen,  
dintre sos ulls me veig,  
i místiques paraules van i venen  
en celestial festeig

Barrejen nostres cors sa dolça flaire,  
com flors d'arbre gentil

bressades a petons pel mateix aire,  
l'aire de maig i abril.

Ja l' he trobat a Aquell que tant volia,  
ja el tinc lligat i pres;  
Ell amb mi s' estarà de nit i dia,  
jo amb Ell per sempre més.

Se'm fonen a sos besos les entranyes,  
com neu al raig de sol,  
quan, caient son vel d' or á les montanyes,  
aixeca al cel lo vol.

Jesús, Jesús, oh sol de ma alegria,  
si el món vos conegués,  
com girasol amant vos voltaria,  
de vostres ulls suspès.

Jesús, Jesús, oh bálсам de mes penes,  
mirall del meu encís,  
s'en sempre eixos braços mes cadenes,  
eix Cor mon paradís.

Qui beu en vostre pit mai s' assedega,  
Jesús sempre estimat;  
oh! quán será que jo a torrents hi bega  
per una eternitat!

Oh hermosura del cel, des que us he vista,  
no trobo res hermós;

ja alegre em semblará la terra trista,  
Jesus, si hi visc amb Vos.

Deixáu-me, Serafins, les vostres ales  
per fer-li de dosser;  
deixa'm l' aroma que als matins exhales,  
oh flor del taronger.

Deixáu-me, rossinyols, per festejar-lo,  
la dolça llengua d' or;  
verges i flors del camp, per encensar-lo,  
deixáu-me vostre cor.

Angels que al mon baixeu, com voladuries  
d' abelles al roser,  
mendolciu vostra música i canturies,  
perque hi estiga a pler.

#### EL NOI DE LA MARE

Mentres Maria bressava i vestia  
son ros i tendre Fillet, que no dorm,  
perquè no plore ni en terra s'enyore,  
dolça li canta dolceta cançó:

*No plores, no, Manyaguet de la Mare,  
no plores, no, que jo canto d'amor.*

Cada gronxada et daré una abraçada,  
cada abraçada un beset amorós;

mes rosses trenes seran les cadenes,  
niu i alcoveta les ales del cor.

Que n'és de bella ta galta en poncella!  
Que en són de dolços tos llavis en flor!  
Són una rosa que els meus han desclosa  
sols per xuclar-ne la mel de l'amor.

Feu-li, orenetes, cançons d'amorettes;  
canta-li albaades, gentil rossinyol;  
si t'és poc fina ma falda de nina,  
baixen els àngels del Cel un bressol.

Sien ses ales glasser de tes gales,  
sien sos braços coixins de ton cos;  
jo per tos polsos ne tinc de més dolços;  
per enbolcar-te, les teles del cor.

Sien ta faixa, si el Cel no te'n baixa,  
quatre palletes de sec polioli,  
quatre palletes tot just floridetes  
que et servirien de faixa i llençol.

Guarniu-me'l, àngels, beseu-me'l arcàngels,  
d'aire, bon aire, tot fent-li l'amor;  
mística bresca lo Cel li servesca,  
si en llet de Verge no troba dolçor.

Dels Reis l'estrella claríssima i bella  
n'és baixadeta a posar-se en ton front:  
quan ells te miren, gelosos se'm giren.  
«Quina faldada de perles i flors!»

Totes s'esfloren les flors que t'enyoren:  
feia-les nàixer ton riure tan dolç;  
tornen reviure si els tornes a riure,  
més ai!... sols beuen rosada de plors.

Quan se'n adonen, els angels entonen  
càntics de festa que es tornen de dol:  
«Amb Tu abans d'hora clareja l'aurora,  
amb Tu abans d'hora s'ha de pondre el sol.»

Mentres Maria bressava i vestia,  
vetu ses manetes creuades al cor;  
prou l'endevina d'amor la joguina,  
que Fill i Mare barregen sos plors.

*No plores, no, Manyaguet de la Mare,  
que en la creu dura morirem tots dos.*

#### L'EMIGRANT

Dolça Catalunya,  
pàtria del meu cor,  
quan de tu s'allunya  
d'enyorança es mor.

#### I

Hermosa vall, bressol de ma infantessa,  
blanc Pireneu,  
marges i rius, ermita al cel suspesa,  
per sempre adéu!

Arpes del bosc, pinsans i cadernereres,  
cantau, cantau,  
jo dic plorant a boscos i riberes:  
«Adéu-siau!»

II

On trobaré tos sanitosos climes,  
ton cel daurat?  
Mes ai, mes ai!... on trobaré tes cimes,  
bell Montserrat?  
Enlloc veuré, ciutat de Barcelona,  
ta hermosa Seu,  
ni eixos turons, joiells de la corona  
que et posà Déu.

III

Adéu germans; adéu-siau, mon pare,  
no us veuré més!  
Oh, si al fossar on jau ma dolça mare,  
jo el llit tingués!  
Oh marinérs, lo vent que me'n desterra  
que em fa sofrir!  
Estic malalt, mes ai!.. tornau-me en terra  
que hi vull morir.



LA MORT DE L'ESCOLÁ

A Montserrat tot plora  
tot plora d'ahir ençà,  
que allí a l'Escolania  
s'és mort un escolà.  
L'Escolania, oh Verge,  
n'és vostre colomar:  
a aquell que ahir us cantava,  
qui avui no el plorarà?

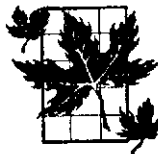
En caixa blanquinosa  
mirau que hermós està,  
n'apar un lliri d'aigua  
que acaben de trencar.  
Té el violí a l'esquerra  
que solia tocar,  
el violí a l'esquerra,  
l'arquet a l'altra mà.

Sos companys de cobla  
el duen a enterrar.  
Lo rossinyol salmeja,  
salmeja més enllà;  
quan veu l'Escolania,  
calla per escoltar.  
El cant de les absoltes  
comencen a entonar;  
el primer vers que entonen  
del cel sembla baixar,

al segons vers que canten  
se posen a plorar.  
Lo meshe de la cobla  
los aconhorta en va,  
les fons ja son rieres,  
i les rieres mar.

Oh, patges de la Verge,  
be tenu de plorar,  
al qui millor cantava  
venint de soterrar.  
Els monjos també ploren;  
sols canta un ermità,  
sentint cantar els àngels  
i amb ells el nou germà,  
ocell de ales obertes  
que cap al cel se'n va.

Mentre ell canta pels aires  
son violí soná.





ANGEL, GUIMERA

*Santa Cruz de Tenerife (Canarias), 1845—Barcelona, 1924*

LA SARDANA DE LES MONGES

Al davant de l'ermita de Sant Rafel  
les sardanes airoses pugen al cel;  
i tothom sent a l'ànima dolçor de mel.

Sardanes com aquestes mai s'han sentit.  
Fins la ballen els avis quan ve la nit,  
i als genolls de les mares salta el petit.

Per planures i serres escampa el vent  
de la cobla les notes alegrement,  
i fins l'ona s'hi acosta que al lluny la sent.

En un coll de muntanyes hi ha un monestí:  
de puntetes les monges van al jardí  
que les roses encensen i el llessamí.

Les sardanes arriben fins als seus cors,  
amb gatzara i rialles dels balladors;  
i entorn d'elles els arbres, quines remors!

Dues monges, en l'ombra, les mans s'han pres:  
ja se n'hi ajunten d'altres, i altres després;  
les de més lluny s'hi acosten; tothom ja hi és.

Ballen totes porugues, ben dolçament,  
enrogides de galtes, mig somrient,  
i sos peus en la terra ni menys se'ls sent.

Rondinant l'abadesa ja se n'hi va;  
sent-hi a prop, llagrimaja, no sap renyâ,  
que ella també n'és filla de l'Empordà.

La lluna que s'aixeca, les monges veu;  
pel damunt de la tàpia la cara treu,  
i els hi diu, bondadosa:—Balleu, balleu!

#### CANT A LA VINYA

Que Déu te guard, oh vinya catalana!  
Mar de verdor que serra amunt t'extens!  
Mon pit s'eixampla en respirar ta ufana,  
si enfonso els peus enmig de tos serments!

I et vull, i et tinc mateix que una altra esposa,  
i els fills del cor els fem pujar tu i jo.  
El meu amor te torna més hermosa,  
i et dono fins la sang amb la suô!

Benhaja el sol que et besa cada dia,  
i la pluja abundosa devallant

sobre tos pàmpols, llengües d'armonia  
que els aires mouen, mon delit cantant!

Com tos sarments s'abracen en la terra,  
que s'abraci al damunt la nostra gent.  
Oh vinya de la plana i de la serra,  
dóna'ns força i noblesa eternament!





ANTONIO FERNANDEZ GRILO

*Córdoba, 1845-Madrid, 1906.*

LAS ERMITAS DE CÓRDOBA

Hay de mi alegre sierra  
sobre las lomas  
unas casitas blancas  
como palomas.

Les dan dulces esencias  
los limoneros,  
los verdes naranjales  
y los romeros.

Allí, junto a las nubes,  
la alondra trina,  
¡allí tiende sus brazos  
la cruz divina!

La vista arrebatada  
vuela, en su anhelo,  
del llano a las ermitas;  
¡de ellas, al cielo!

Allí olvidan las almas  
sus desengaños;  
allí cantan y rezan  
los ermitaños.

El agua que allí oculta  
se precipita,  
dicen los cordobeses  
que está bendita.

Prestan a aquellos nidos  
luz los querubés;  
guirnaldas las estrellas,  
mantos las nubes.

¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz muy alta!  
Para llegar al cielo,  
¡cuán poco falta!

¡Puso Dios en los mares  
flores de perlas;  
en las conchas, joyeros  
donde esconderlas;

en el agua del bosque,  
frescos murmullos;  
de abril en las auroras,  
rojos capullos;

arpas del paraíso  
puso en las aves;  
en las húmedas auras,  
himnos sùaves,

¡y para dirigirle  
preces benditas,  
puso altares y flores  
en las ermitas!

Las cuestas, por el mundo,  
dan pesadumbre  
a los que desde el llano  
van a la cumbre.

Subid a donde el monje  
reza y trabaja;  
¡más larga es la vereda  
cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,  
ya el sol alumbre,  
¡buscad a los que rezan  
sobre esa cumbre!

Ellos, de santos mares  
van tras el puerto;  
¡caravana bendita  
de aquel desierto!

Forman música blanda  
de un campanario;  
de semillas campestres,  
santo rosario;

de una gruta en el monte  
plácido asilo;  
de una tabla olvidada,  
lecho tranquilo;

de legumbres y frutas,  
pobres manjares,  
parten con los mendigos  
en sus yantares.



Allí la cruz consuela,  
la tumba advierte;  
¡allí pasa la vida  
junto a la muerte!

Por los ojos que finge  
la calavera,  
ven el mundo... y su vana  
pompa altanera.

¡Calavera sombría,  
que en bucles bellos  
adornaron un día  
ricos cabellos!

Esos huecos oscuros,  
que se ensancharon,  
fueron ojos que vieron  
y que lloraron.

¡Por esas agrietadas  
formas vacías,  
penetraron del mundo  
las armonías!

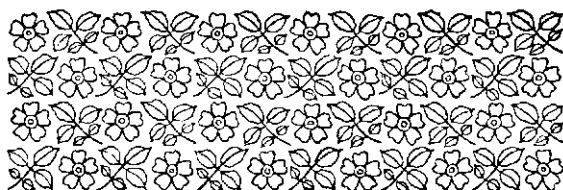
¿Qué resta ya del libre,  
mágico anhelo,  
con que esa frente altiva  
se alzaba al cielo?

¡La huella polvorosa  
de un ser extraño  
adornando la mesa  
de un ermitaño!

Aquí, en la solitaria  
celda escondida,  
un cráneo dice: ¡Muerte!  
y una cruz; ¡Vida!

.....  
¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz, muy alta!  
¡Para llegar al cielo,  
cuán poco falta!





VALENTIN LAMAS CARVAJAL

*Orense, 1849-1906.*

¡COMO CHOVE!...

¡Vállame Deus que noite! ¡Cómo chove,  
cómo chove, e que lóstregos se ven!  
¿Que guía ós campos levarán? ¡Ay, probe,  
probe d'o que non ten!

Con forza a pedriscar comenza agora,  
riba de nos a nube descargou:  
outra tal com'aquela que treidora  
as terras nos levou.

Qué d'estrozos fará nos nosos millos;  
nin graos pr'a sementeira deixará:  
¡ay amante muller, amados fillos,  
quedádesvos sen pan!

O ano enteiro traballa pra q'un trono  
lle leve o que precura con suor,  
ou ben escravo pra manter seu dono  
traballa o labrador.

Parés, muller, que cae unha goteira  
n-o leito d'os pequenos, vai a ver;  
acende ese candil, e n-a lareira  
vota foupas tamén.

Se mollados están os anxeliños,  
tráinos aixiña e vámoslos quentar;  
jinda por hoxe iñoran, coitadiños,  
pol-as que pasa un pai!

O FALAR D'AS FADAS

Fálame n-esa fala melosiña  
que celestiales armunías ten;  
fálame n-o lengoaxe d'a terriña  
s'é que me queres ben.

Se desexas probar d'o teu cariño  
as ternuras, o fogo y-a pasión,  
probas con me chamares *amantiño*  
que me tes moito amor.

Se ch'eu digo que fora meu encanto  
vivir sempre ond'a ti, xuntos morrer,  
terás dito que sintes outro tanto  
con escramar: ¡canté!

Chámame *mintireiro* s'enganada  
d'o que che diga chegas a dudar;  
*tolíño* si ó falar, pol-a calada  
che roubo un bico mais.

Fálame n-esa fala qu'espresando  
tristuras, fai sentir ô corazón  
non sei que morno acabamento brando,  
nin que vaga emoción.

Fálame n-esa fala pracenteira  
que cando goces espresarnos quer,  
é mais leda qu'os tonos d'a muiñeira,  
é mais doce que a mel.

N-unha sola palabra dinos tanto  
este noso falar feitizador,  
qu'unha pulla, un poema, a risa o pranto,  
condensa n-unha voz.

Arrólame c'os ecos d'esa fala  
que tan ben fai sorrir como chorar;  
múseca que os oubidos non regala  
d'as xentes d'outro chan.

Fálame n-o linguaxe d'os gallegos  
se me queres facer moito sentir;  
n-a fala que hastra en lábeos de labregos  
non sei que ten pra min.

Arrólame c'o ritmo regalado,  
co-a sonora infinita vibración  
d'o falar pol-as fadas inventado  
pra meigar corazóns.

Xa de neno, esa fala melosiña,  
o meu feitizo, a miña gloria foi;  
fálame n-o linguaxe d'a terriña  
s'é que me tes amor.





MANUEL CURROS ENRIQUEZ

*Celanova (Orense), 1851 — La Habana (Cuba), 1908*

CANTIGA

N-o xardín unha noite sentada  
ó refrexo d'o branco luar,  
unha nena choraba sin trégoas  
os desdés d'un ingrato galán.  
Y-a coitada entre queixas decía:  
—Xa n-o mundo non teño ninguén;  
vou morrer e non ven os meus ollos  
os ollíños d'o meu doce ben.

Os seus ecos de malenconía  
camiñaban n-as alas d'o vento,  
y-o lamento  
repetía:  
—Vou morrer e non ven ò meu ben.

Louxe d'ela, de pe sobre a popa  
d'un aleve negreiro vapor,  
emigrado, camiño d'América,  
vai ò probe, infelís amador.

Y-o mirar as xentís anduriñas  
car'a terra que deixa, cruzar:  
—Quen pudera dar volta—pensaba—,  
¡quen pudera con vosco voar!...

Mais as aves y-o buque fuxían  
sin oír seus amargos lamentos;  
sólo os ventos  
repetían:  
—¡Quen pudera con vosco voar!

Noites craras, d'aromas e lua,  
desde entón ¡qué tristeza en vos hay  
pr'os que viron chorar unha nena,  
pr'os que viron un barco marchar!...

D'un amor celestial, verdadeiro,  
quedóu sólo de bágoas a proba,  
unha coba  
n'un outeiro  
y-on cadavre n-o fondo d'o mar.

¡AY!

¿Como foi?... Eu topábame fora  
cando as negras vixigas lle deron;  
pol-o aramio sua nai avisóume  
y-eu vinme correndo.

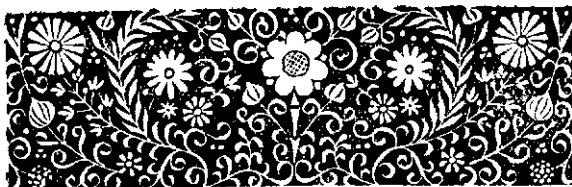


¡Coitadiño! Sintiendo os meus pasos  
revolvéu car'a min os seus ollos.  
Non me viu... e choróu... ¡ay!, xa os tiña  
ceguiños de todo.

Non me acordo qué tempo m'estiven  
sobre ó berce de dôr debruzado;  
sólo sei que me erguín c'o meu neno  
sin vida, n-os brazos...

Volvoreta de aliñas douradas  
que te pousas n-o berce valeiro,  
pois por él me preguntas, xa sabes  
que foi d'o meu neno.





MIGUEL COSTA Y LLOBERA

*Pollensa (Mallorca), 1854—Palma, 1922.*

EL PI DE FORMENTOR

Mon cor estima un arbre! Més vell que l'olivera,  
més poderós que el roure, més verd que el taronger,  
conserva de ses fulles l'eterna primavera,  
i lluita amb les ventades que atupen la ribera,  
com un gegant guerrer.

No guaita per ses fulles la flor enamorada,  
no va la fontanella ses ombres a besar;  
mes Déu unguí d'aroma sa testa consagrada  
i li donà per terra l'esquerpa serralada,  
per font la immensa mar.

Quan lluny, damunt les ones, renaix la llum divina,  
no canta per ses branques l'ocell que encativam;  
el crit sublim escolta de l'àguila marina,  
o del voltor que puja sent l'ala gegantina  
remoure son fullam.

Del llim d'aquesta terra sa vida no sustenta;  
revincla per les roques sa poderosa rel;

té pluges i rosades i vents i llum ardenta;  
i, com un vell profeta, rep vida i s'alimenta  
de les amors del cel.

Arbre sublim! Del geni n'és ell la viva imatge:  
domina les muntanyes i aguaita l'infinit;  
per ell la terra és dura, mes besa son ramatge  
el cel que l'enamora, i té el llamp i l'oratge  
per glòria i per delit.

Oh! sí: que quan a lloure bramulen les ventades  
i sembla entre l'escuma que tombi el seu penyal,  
llavors ell riu i canta més fort que les onades  
i, vencedor, espolsa damunt les nuvolades  
sa cabellera real.

Arbre, mon cor t'enveja. Sobre la terra impura,  
com a penyora santa duré jo el teu record.  
Lluitar constant i vèncer, regnar sobre l'altura  
i alimentar-se i viure de cel i de llum pura...  
o vida, o noble sort!

Amunt, ànima forta! Traspassa la boirada  
i arrela dins l'altura com l'arbre dels penyals.  
Veuràs caure a tes plantes la mar del món irada,  
i tes cançons tranquil·les 'niran per la ventada  
com l'au dels temporals.

MEDITERRANIA

Cel i mar lluen blavors diàfanes  
en competència. L'oreig anima-s'hi,  
i jugant amb les ones qui juguen,  
rompre les fa com en rialla fresca.

Sus! Via fora! Saupada l'àncora,  
infla les veles ratxa fresquívoia,  
i s'emporta la nau, falaguera,  
com un alè de joventut i glòria.

Arreu desfilen platges esplèndides,  
puntes que avancen, cales recòndites,  
i, en penyals d'escultòrica traça,  
cavernes dignes d'habitar-hi un Cíclop.

Ah! aquí respira la Musa homèrica  
dins sa més pròpia claror olímpica:  
aquí el goig de la vida s'hi tasta,  
com glop vessat de la nectària copa...

Mirau: la forma d'eixa península  
par que reclami columnes jòniques,  
so de lèsbiques lires, o idees  
tals com aquelles que Plató parlava

i embaladien del Cap de Súnium  
les clares ones... Oh! tan poètiques  
com les costes de l'Àtica brillen  
nostres riberes de la llum amades!

Mirau: ja mouen dansa agilíssima  
delfins qui salten, com si, pletòriques  
d'alegria vivent, eixes aigües  
un nou triomf a Galatea fessen.

Fills bellugosos de la mar rítmica,  
aqueixs sirenis amen la música:  
ells amb pròvida esquena salvaren  
l'antic cantor precipitat a l'ona.

Així vols càntics, o tú mar clàssica,  
mar venerable llatina-hel·lènica,  
que ara rius tan serena i tan jove,  
com al cantar-se l'Odissea augusta!

Mar de suprema blavor safírica,  
inagotable font de sal àtica,  
ets bressol de la forma perfecta,  
gemit matern de la humanal cultura!

Sens tu, la fonda por oceànica  
retret hauria tota nau frèvola:  
tu, invitant amb l'abraç de tes costes,  
caminar feies els primers navilis.

Així escampares en fàcil càrrega  
els fruits d'Egipte, la tíria púrpura,  
l'or d'Ofir, les riqueses de Tarsis,  
l'art i la idea, animadors de pobles...

I al coronar-te ciutats marítimes,  
feren de l'Àsia, l'Europa i l'Àfrica  
l'antic món; i si un nou se n'hi ajunta  
de tu nasqué el Descubridor magnànim.

Mar de les terres, cor de la Història,  
tu tens la saba rejuvenívola...

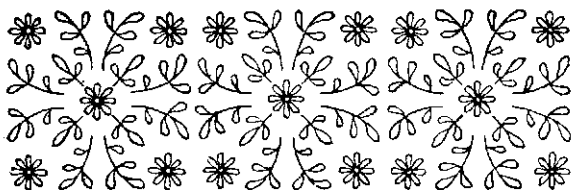
Ah! si el temps a ma terra tornaves  
i gran empori de tes naus la feies,

com aleshores en què, ple d'ímpetu,  
gosava dir-te Roger de Llúria:

«que ni un peix nadaria en tes ones,  
si ja no duia son escut per marca!»

En tant, retempra la nostra cítara,  
d'atzur i ritme penetra'ns l'ànima;  
i nostra Art, de tu digna, navegui  
a ton embat de joventut i glòria!





JUAN ALCOVER

*Palma de Mallorca, 1854—1926.*

DESOLACIO

Jo só l'esqueix d'un arbre, esponerós ahir,  
que als segadors feia ombra a l'hora de la sesta;  
mes branques una a una va rompre la tempesta,  
i el llamp fins a la terra ma soca mig-partí.

Brots de migrades fulles coronen el bocí,  
obert i sens entranyes que de la soca resta;  
cremar he vist ma llenya; com fumerol de festa,  
al cel he vist anar-se'n la millor part de mi.

I l'amargor de viure xucla ma rel esclava,  
i sent brostar les fulles i sent pujar la saba,  
i m'aida a esperar l'hora de caure un sol conhort:

cada ferida mostra la pèrdua d'una branca:  
sens jo, res parlaria de la meitat que em manca;  
jo visc sols per a plányer lo que de mi s'és mort.

LA BALENGUERA

La Balenguera misteriosa,  
com una aranya d'art subtil,  
buida qui buida sa filosa,  
de nostra vida treu el fil.  
Com una parca bé cavila,  
teixint la tela per demà.

La Balenguera fila, fila,  
la Balenguera filarà.

Girant l'ullada cap enrera,  
guaita les ombres de l'avior,  
i de la nova primavera  
sap on s'amaga la llavor.  
Sap que la soca més s'enfila  
com més endins pot arrelar.

La Balenguera fila, fila,  
la Balenguera filarà.

Quan la parella ve de nocés,  
ja veu i compta sos minyons;  
veu com davallen a les fosses  
els que ara viuen d'il·lusions,  
els que a la plaça de la vila  
surten a riure i a cantar:

La Balenguera fila, fila,  
la Balenguera filarà.



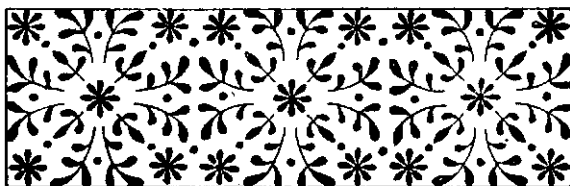
Bellugant l'aspi, el fil cabdella,  
i de la pàtria la visió  
fa bategar son cor de vella  
sota la sarja del gipó.  
Dins la profunda nit tranquil·la  
destria l'auga qui vindrà.

La Balenguera fila, fila,  
la Balenguera filarà.

De tradicions i d'esperances  
tix la senyera pel jovent,  
com qui fa un vel de noviances  
amb cabelleres d'or i argent  
de l'infantesa qui s'enfila,  
de la vellura qui se'n va.

La Balenguera fila, fila,  
la Balenguera filarà.





MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

*Santander, 1856-1912.*

LA GALERNA DEL SABADO DE GLORIA

Puso Dios en mis cántabras montañas  
auras de libertad, tocas de nieve,  
y la vena del hierro en sus entrañas:  
tejió del roble de la adusta sierra  
y no del frágil mirto su corona,  
que ni falerna vid ni ático olivo,  
ni siciliana mies ornan sus campos,  
ni allí rebosan las colmadas trojes,  
ni rueda el mosto en el lagar hirviente;  
pero hay bosques repuestos y sombríos,  
misterioso rumor de ondas y vientos,  
tajadas hoces y tendidos valles  
más que el heleno Tempe deleitosos,  
y cual baño de náyades la arena  
que besa nuestro mar; y sus mugidos,  
como de fiera en coso perseguida,  
arrullo son a la gentil serrana,  
amor de Roma, y espantable al Vasco,  
pobre y áltiva, y como pobre hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan  
cual ceñidor las Cícladas marmóreas;

ni el golfo que con dórica armonía  
 de Nápoles arrulla a la sirena  
 cabe la sacra tumba de Virgilio;  
 ni el vago azul de la marina Jonia;  
 sino el Ponto que agita a Caledonia,  
 y roto entre las Hébridas resuena,  
 titán cerúleo que a la yerta gente  
 hace temblar en la postrera Thyle,  
 y cabalga entre nieblas y borrascas  
 sobre el inmenso Leviathán, que nutre  
 con pestífero aceite la candela  
 del céltico arponero. Ni cien carros  
 de guerra hicieron tan horrible estruendo  
 en torno de Ilión, como esas olas  
 cuando las peñas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven a alzar firmes y rudas,  
 en son de guerra y vencedor amago,  
 a renovar el memorable estrago  
 que en la Pasión de su Hacedor movieron:  
 por eso es hoy más íntima y solemne  
 la voz de las tormentas boreales,  
 mayor su indignación, cuando arrostrarlas  
 osa el nauchero de piedad desnudo:  
 ¡ay! no verá la luz del patrio faro  
 sobre el amigo cerro de la costa,  
 cual mirada de Dios sobre sus hijos,  
 ni su velera y triunfadora nave,  
 al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo  
rota y hundida la soberbia quilla  
que oro y baldón conduce a estas arenas,  
o el ferrado vapor, en cuyas venas  
corre savia de fuego. Allí la sangre  
de nuestra raza va: sobre estos montes  
tendió la emigración sus negras alas:  
llora la esposa en el helado lecho,  
cabe el extinto hogar llora la madre,  
el campo desfallece sin cultura,  
y en tórrida región nuestros mancebos  
siega la muerte: ¡que más bien perezcan  
ante las rocas del amado puerto,  
acariciados por maternas olas,  
do lleve el viento el són de las campanas  
de la torre natal, a sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño  
del pescador que fatigado encuentra  
al fin de su pescar, la red vacía.  
Es hijo de aquel pueblo que en tardía  
cadena domeñó la ingente Roma:  
del que a Cannas Aníbal conducía,  
de las madres itálicas espanto,  
terror de los Vacceos y Autrigones:  
del que en la cruz de su triunfal suplicio  
el bárbaro cantar de la victoria,  
de Agripa ante las haces, entonaba.  
¡Oh! ¡sálvalos, Señor! En ellos corre  
sangre de Bonifaz el de Sevilla,

del fiero vencedor de la Rochela,  
 del que trazó primero en breve carta  
 la soledad de los indianos mares,  
 y en sus bosques logró gigante tumba,  
 al impulso de arpón enherbolado.  
 ¡Contémplosos luchar!... ¡Vana esperanza!  
 Que ni el llanto de madres y de esposas  
 las iras quebrará del Oceano,  
 ni del hado la ley adamantina...  
 Mas salvados serán, porque las nieblas  
 del mundo material y las del alma  
 sólo la tempestad rompe y ahuyenta,  
 y es su rojiza luz benigno rayo  
 de un sol que animará perennes flores.

¡Salvados, sí! Desde el salobre risco  
 del San Pedro del Mar, un sacerdote  
 les dió la bendición. Nada más grande  
 ojos humanos contemplar pudieron,  
 cual lo que vió la moribunda gente,  
 al descender el celestial rocío  
 del divino perdón sobre su frente;  
 abrirse el cielo, serenarse el mundo,  
 entre Dios y la mar la Cruz alzada,  
 y descender con palmas y coronas  
 las sombras de sus mártires patronos,  
 la de los dos celtíberos guerreros.  
 ¡Muerte feliz, entre la paz del cielo  
 y el beso de los mares! Cuando vengan  
 a acariciar la conocida playa,

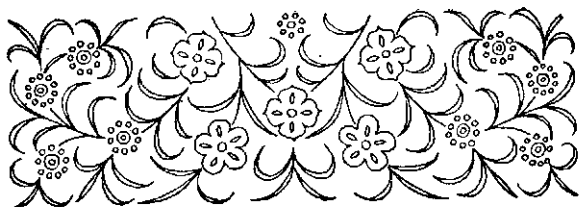
de barca y pescador traerán los restos  
en el cendal de su tejida espuma.

Otro celebre en canto que no muera  
la guerra y la ambición, peste del mundo,  
y a la fuerza brutal erija altares.  
Yo diré que mis cántabros se hundieron  
con los despojos de su fiel *trainera*,  
como cae el guerrero en la batalla  
asido al asta de su enseña rota.  
¡Y aún es más noble y santa que en el campo,  
en el taller la sangre derramada  
a impulsos del martillo y de la rueda,  
o en el cóncavo seno de los montes,  
al trueno de la pólvora deshechos,  
por donde agita sus humeantes crines  
el moderno Tifón, o en los escollos  
do cela el mar sus perlas y corales!  
¡Perenne lid con la materia inerte,  
dura labor, pero victoria cierta!  
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga  
piden en nuestra edad cantares nuevos.  
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,  
y la frente del mártir del trabajo  
ciña la palma de Elis triunfadora,  
como al atleta coronar solía!

¡Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:  
basta a cubrir las llagas de tu pueblo  
un trozo de tu regia vestidura:

rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides  
que esos del nauta sórdidos harapos,  
de su viejo tugurio suspendidos,  
y por el vendaval y por los soles,  
y por el golpe de las olas rotos,  
te hicieron grande, poderosa y rica.





JUAN MARAGALL

*Barcelona, 1860-1911.*

LA VACA CEGA

Topant de cap en una i altra soca,  
avançant d'esma pel camí de l'aigua,  
se'n ve la vaca tota sola. És cega.  
D'un cop de roc llançat amb massa traça,  
el vailet va buidar-li un ull, i en l'altre  
se li ha posat un tel: la vaca és cega.  
Ve a abeurar-se a la font com ans solia,  
mes no amb el ferm posat d'altres vegades  
ni amb ses companyes, no: ve tota sola.  
Ses companyes, pels cingles, per les comes,  
pel silenci dels prats i en la ribera,  
fan dringar l'esquellot, mentres pasturen  
l'herba fresca a l'atzar... Ella cauria.  
Topa de morro en l'esmolada pica  
i reula afrontada... Però, torna,  
i abaixa el cap a l'aigua, i beu calmosa.  
Beu poc, sens gaire set. Després aixeca  
al cel, enorme, l'embanyada testa  
amb un gran gesto tràgic; parpalleja



damunt les mortes nines, i se'n torna  
orfe de llum sota del sol que crema,  
vacil·lant pels camins inoblidables,  
brandant llànguidament la llarga cua.

### LA SARDANA

#### I

La sardana és la dansa més bella  
de totes les danses que es fan i es desfan;  
és la mòbil magnífica anella  
que amb pausa i amb mida va lenta oscil·lant.  
Ja es decanta a l'esquerra i vacil·la,  
ja volta altra volta a la dreta dubtant,  
i se'n torna i retorna intranquil·la,  
com mal orientada l'agulla d'imant.  
Fixa's un punt i es detura com ella...  
Del contrapunt arrencant-se novella,  
de nou va voltant.  
La sardana és la dansa més bella  
de totes les danses que es fan i es desfan.

#### II

Els fadrins, com guerrers que fan via,  
ardits la puntegen; les verges no tant;  
mes, devots d'una santa harmonia,  
tots van els compassos i els passos comptant.

Sacerdots els diríeu d'un culte  
que en mística dansa se'n vénen i van  
emportats per lo símbol oculte  
de l'ampla rodona que els va agermanant.  
Si el contrapunt el bell ritme li estrella,  
para's, suspensa de tal meravella...

Lo ritme tornant,  
la sardana és la dansa més bella  
de totes les danses que es fan i es desfan.

III

El botó d'eixa roda, quin era  
que amb tal simetria l'anava centrant?  
Quina mà venjativa i severa  
buidava la nina d'aquest ull gegant?  
Potsé un temps al bell mig s'hi apilaven  
les garbes polsoses del blat rossejant,  
i els suats segadors festejaven  
la pròdiga Ceres saltant i ballant...  
Del contrapunt la vagant cantarella  
és estrafeta passada d'aucella  
que canta volant:  
la sardana és la dansa més bella  
de totes les danses que es fan i es desfan.

IV

No és la dansa lasciva, la innoble,  
els uns parells d'altres desaparellant:

és la dansa sencera d'un poble  
 que estima i avança donant-se les mans.  
 La garlanda suaument se deslliga;  
 desfent-se, s'exampla, esvaint-se al voltant;  
 cada mà, tot deixant a l'amiga,  
 li sembla prometre que ja hi tornaran.  
 Ja hi tornaran de parella en parella!  
 Tota ma Pàtria cabrà en eixa anella,  
     i els pobles diran:  
 la sardana és la dansa més bella  
 de totes les danses que es fan i es desfan.

CANT ESPIRITUAL

Si el món ja és tan formós, Senyor, si es mira  
 amb la pau vostra a dintre de l'ull nostre,  
 què més ens podeu dâ en una altra vida?

Perxò estic tan gelós dels ulls, i el rostre,  
 i el còs que m'heu donat, Senyor, i el cor  
 que s'hi mou sempre... y temo tant la mort!

Amb quíns altres sentits me'l fareu veure  
 aquest cel blau damunt de les muntanyes,  
 i el mar immens, i el sol que pertot brilla?  
 Deu-me en aquests sentis l'eterna pau  
 i no voldré més cel que aquest cel blau.  
 Aquell que a cap moment li digué «Atura't»  
 sinó al mateix que li dugué la mort,

jo no l'entenc, Senyor; jo, que voldria  
 aturar tants moments de cada dia  
 per fê'ls eterns a dintre del meu cor!...  
 O és que aquest «fê etern» és ja la mort?  
 Mes llavors, la vida, què seria?  
 Fora l'ombra només del temps que passa,  
 i la il·lusió del lluny i de l'a prop,  
 i el compte de lo molt, i el poc, i el massa,  
 enganyador, perquè ja tot ho és tot?

Tant se val! Aquest món, sia com sia,  
 tan divers, tan extens, tan temporal;  
 aquesta terra, amb tot lo que s'hi cria,  
 és ma pàtria, Senyor: i no podria  
 ésser també una pàtria celestial?  
 Home só i és humana ma mesura  
 per tot quant puga creure i esperar:  
 si ma fe i ma esperança aquí s'atura,  
 me'n fareu una culpa més enllà?  
 Més enllà veig el cel i les estrelles,  
 i encara allí voldria ésser-hi hom:  
 si heu fet les coses a mos ulls tan belles,  
 si heu fet mos ulls i mos sentits per elles,  
 per què aclicà'ls cercant un altre *cóm*?  
 Si per mi com aquest no n'hi haurà cap!  
 Ja ho sé que sou, Senyor; prò on sou? qui ho sap?  
 Tot lo que veig se vos assembla en mi...  
 Dexeu-me creure, doncs, que sou aquí.  
 I quan vinga aquella hora de temença  
 en que s'acluquin aquests ulls humans,

obriu-me'n, Senyor, uns altres de més grans  
per contemplar la vostra faç immensa.  
Sia'm la mort una major naixença!

ODA A ESPANYA

Escolta, Espanya,—la veu d'un fill  
que et parla en llengua—no castellana;  
parlo en la llengua—que m'ha donat  
la terra aspra:  
en 'questa llengua—pocs t'han parlat;  
en l'altra, massa.

T'han parlat massa—dels saguntins  
i dels que per la Pàtria moren:  
les teves glòries—i els teus records,  
records i glòries—no més de morts:  
has viscut trista.

Jo vui parlar-te—molt altrament.  
Per què vessar la sang inútil?  
Dins de les venes—vida és la sang,  
vida pels d'ara—i pels que vindran:  
vessada, és morta.

Massa pensaves—en ton honor  
i massa poc en el teu viure:  
tràgica duies—a mort els fills,  
te satisfeixes—d'honres mortals,

i eren tes festes—els funerals,  
oh, trista Espanya!

Jo he vist els barcos—marxar replens  
dels fills que duies—a que morissin:  
somrients marxaven—cap a l'atzar;  
i tu cantaves—vora del mar  
com una folla.

On són els barcos?—On són els fills?  
Pregunta-ho al Ponent i a l'ona brava:  
tot ho perderes,—no tens ningú.  
Espanya, Espanya,—retorna en tu,  
arrenca el plor de mare!

Salva't, oh! salva't—de tan de mal;  
que el plô et torni fecunda, alegre i viva;  
pensa en la vida que tens entorn;  
aixeca el front,  
somriu als set colors que hi ha en els núvols.

On ets, Espanya?—No et veig enlloc.  
No sents la meva veu atronadora?  
No entens aquesta llengua—que et parla entre  
[perills?  
Has desaprès d'entendre an els teus fills?  
Adéu, Espanya!

(1898)



SALVADOR RUEDA

*Benaque, 1857—Málaga, 1933.*

HORA DE FUEGO

Quietud, pereza, languidez, sosiego...  
un sol desencajado el suelo dora  
y a su valiente luz deslumbradora  
queda el que mira fascinado y ciego.

El mar latino, y andaluz, y griego,  
suspira dejos de cadencia mora,  
y la jarra gentil que perlas llora  
se columpia en la siesta de oro y fuego.

Al rojo blanco la ciudad llamea;  
ni una brisa los árboles cimbrea  
arrancándoles lentas melodías.

Y sobre el tono de ascuas del ambiente,  
frescas descubren su carmín riente  
en sus rasgadas bocas las sandías.

BAILADORA (I)

Con un chambergo puesto como corona  
y el chal bajando en hebras a sus rodillas,  
baila una sevillana las seguidillas  
a los ecos gitanos que un mozo entona.

Coro de recias voces canta y pregona  
de su rostro y sus gracias las maravillas,  
y ella mueve, inflamadas ambas mejillas,  
el regio tren de curvas de su persona.

Cuando enarca su cuerpo como culebra  
y en ondas fugitivas gira y se quiebra  
al brillante reflejo de las arañas,

estalla atronadora vocinglería,  
y en un compás amarra la melodía  
palmas, risas, requiebros, cuerdas y cañas.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,  
y baile al son de tu cantar la mosca,  
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca  
y lacia extiende su verdor la parra.

---

(1) Primer soneto dodecasílabo que se escribió en España; creado con elementos españoles de nuestra popular seguidilla sevillana. (Nota del autor.)



Desde la yedra que a la vid se agarra  
y en su cortina espléndida te embosca,  
recuerda el caño de la fuente tosca  
y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élitros fatiga,  
canta del campo el productivo costo,  
ebria de sol y del trabajo amiga.

Canta y excita el inflamado agosto  
a dar el grano de la rubia espiga  
y el chorro turbio del ardiente mosto.

#### EL TABLADO FLAMENCO

*Al elegantísimo poeta Rubén Darío.*

En el resonante tablado flamenco  
su zapateado describe *la Penco*,  
y las castañuelas de poza de cuenco  
juntan sus compases al baile flamenco.

Con los libres brazos como una bandera  
sobre los tacones va *la bayadera*,  
y al doblar el gozne la curva cadera,  
los brazos ondula como una bandera.

Las palmas alegres de ritmo vibrante  
indican las vueltas del cuerpo ondulante,  
y arrancan suspiros del pecho anhelante  
las palmas alegres de ritmo vibrante.

Alarga la cuerda llorosa y sentida  
su línea tirante de notas vestida,  
y un aire de España que al sueño convida  
se ajusta a la cuerda llorosa y sentida.

Pájaros brillantes y flecos de oro  
el mantón desborda del pecho sonoro,  
que al lanzar valiente su trino canoro  
deja que retiemblen los flecos de oro.

A cada arrogancia y a cada donaire,  
sombrosos en lluvia conmueven el aire,  
y la flor prendida del pelo, al desgaire,  
oscila en las vueltas a cada donaire.

Resuena y acrece la vocinglería  
y el ritmo acelera su ardiente armonía,  
y la bailadora su cuerpo deslía  
más raudo, sintiendo la vocinglería.

Ya el licor dorado perfuma la caña,  
ya la última vuelta la copla acompaña,  
ya suspende el baile su música extraña...  
¡y la manzanilla sonrío en la caña!





MIGUEL S. OLIVER

*Campanet (Mallorca), 1864—Barcelona, 1919.*

EL FONER

Esgarriat i ombrívol, enèrgic, indomable,  
d'aquells que no se vinclen al jou del estranger,  
quan l'illa té retuda Cartago formidable,  
rondeja, en les nits clares, un desdixat foner.

Què ha vist damunt el dolmen, antic i venerable,  
que el pas detura i s'inflen els múscols com d'acer?  
Es de Baal un ídol, lluent i espaventable,  
que ha dut de llunyes terres el poble mercader.

Pel còs del baleàric freda suor degota;  
del fons del pit li puja com un frenètic clam;  
descorda sa bassetja, per pendre un roc s'acota,

brunzint se'n và la pedra més ràpida que el llamp,  
i amb vigorós estrèpit se sent que, lluny, rebota,  
del ídol sanguinari ferint el front d'aram.



JOSE ASUNCION SILVA

*Bogotá (Colombia), 1865-1896.*

NOCTURNO

Una noche,  
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y  
[de músicas de alas;  
una noche  
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las  
[luciérnagas fantásticas,  
a mi lado lentamente, contra mi ceñida toda,  
[muda y pálida,  
como si un presentimiento de amarguras infinitas  
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,  
por la senda florecida que atraviesa la llanura,  
caminabas;  
y la luna llena,  
por los cielos azulosos, infinitos y profundos espar-  
[cía su luz blanca;  
y tu sombra,  
fina y lánguida,  
y mi sombra,  
por los rayos de la luna proyectadas,  
sobre las arenas tristes  
de la senda se juntaban,

y eran una,  
y eran una,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga,  
y eran una sola sombra larga...

Esta noche  
solo; el alma  
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu  
[muerte,  
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba  
[y la distancia,

por el infinito negro  
donde nuestra voz no alcanza,  
mudo y solo  
por la senda caminaba...  
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,  
a la luna pálida,  
y el chirrido  
de las ranas...

Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba  
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,  
entre las blancuras níveas  
de las mortuorias sábanas.  
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,  
era el frío de la nada.  
Y mi sombra,  
por los rayos de la luna proyectada,  
iba sola,  
iba sola,

iba sola por la estepa solitaria;  
y tu sombra esbelta y ágil,  
fina y lánguida,  
como en esa noche tibia de la muerta primavera,  
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes  
[y de músicas de alas,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella,  
se acercó y marchó con ella... ¡Oh, las sombras en-  
[lazadas!  
¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con  
[las sombras de las almas!  
¡Oh, las sombras que se buscan en las noches de  
[tristezas y de lágrimas!...





VICENTE MEDINA

*Archena (Murcia), 1866—Rosario de Santa Fe  
(Argentina), 1930.*

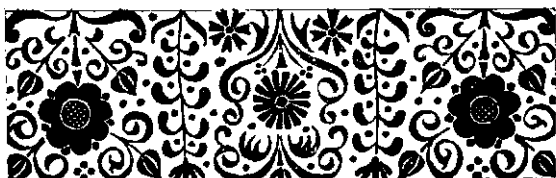
CANSERA

—¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas  
arrollás y pegás a la tierra;  
pa ver los sarmientos ruïnes y mustios  
y esnúas las cepas  
sin un grano d'uva,  
ni tampoco, siquiá, sombra de ella...;  
pa ver el barranco,  
pa ver la lacra,  
sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,  
de pelás, las peñas!...  
Anda tú, si quieres,  
que a mí no me quea  
ni un soplo d'aliendo  
ni una onza de juerza,  
ni ganas de verme,  
ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...  
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca  
pise más la senda,

ni pué que la pase, si no es que entre cuatro  
ya muerto me llevan...  
Anda tú, si quieres...  
No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,  
por esa sendica por ande se jueron,  
pa no golver nunca, tantas cosas güenas...  
Esperanzas, quererres, suores...,  
¡tó se jué por ella!...  
Por esa sendica se marchó aquel hijo  
que murió en la guerra...  
Por esa sendica se jué la alegría...  
¡por esa sendica vinieron las penas!...  
No te canses, que no me remuevo;  
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,  
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...  
¡Tengo una cansera!...







JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

*Frades de la Sierra (Salamanca), 1870—Guijo de Granadilla (Cáceres), 1905.*

LAS SEMENTERAS

I

Con el relente que le da tempero  
la madrugada roció la tierra.  
Se siente frío en la besana húmeda;  
el terruño está solo. Ya alborea.  
Lo dice levantándose del surco  
la alondra mañanera  
que desgrana en el aire el de sus trinos  
hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,  
ya sale el sol de las mañanas buenas,  
sol de salud, incubador de gérmenes,  
sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores  
que yo y la alondra en la besana escueta,  
ni más espejos que el regato limpio  
y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;  
radiante viene levantando nieblas;  
y evaporando el matinal relente  
que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas  
canturreando la canción primera  
que les arranca el equilibrio plácido  
del bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,  
y en alto la mancera,  
vienen los bueyes con la cruz que forman  
el yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos  
de mazos y de azuelas,  
silbidos cariñosos,  
nombres de bueyes que en besana entran  
y uno que suena compasado ruido  
como de riego de menudas perlas  
al desplegarse el abanico de oro  
de la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho  
presidiendo mi hermosa sementera.  
Todo lo escucho con avaro oído:  
el blanco hundirse de las anchas rejas;  
el süave rodar hacia los lados  
de la mullida tierra;  
el alentar pujante de los bueyes,  
de cuyos bezos charolados cuelgan  
tenues hilos de baba transparente  
que el manso andar no quiebra;

aquel pausado y firme  
posar de sus pezuñas gigantescas;  
el crujir dormilón de las coyundas  
que el yugo pulimentan;  
un aliento de brisa tan suave  
que apenas se menea,  
un hondo y general rumor de vida  
y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño  
viniese toda condensada en ella,  
la tonada de arar surge solemne,  
la tonada de arar al alma llega  
cantando cosas dulces,  
diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas  
parece que remedan  
la suavidad de las laderas dulces  
de la ondulada castellana tierra  
o el tranquilo vaivén de los pensares  
que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan  
sus lánguidas cadencias  
del bien gozar los apacibles goces,  
del bien llorar las bendecidas penas,  
del buen amor de la mujer fecunda,  
del bien sentir la paternal querencia,  
y de un vivir sereno,  
fuerte y seguro como aquel que llevan  
paso de hierro sobre tierra blanda  
los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

II

Cruzan el cielo nubecillas tenues  
que parecen blanquísimas gueejas  
cortadas del vellón immaculado  
que dieron en abril las corderuelas.  
El sol baña el terruño,  
se ve crecer la hierba  
y huele a tierra húmeda  
cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho  
la propia sementera  
si el cielo es transparente, fresco el aire,  
húmeda y fértil la esponjada tierra,  
el sol templado, la simiente sana,  
robustas las parejas,  
alegres los gañanes,  
la tonada de arar sentida y lenta,  
sabroso el pan de casa  
y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida  
se carga entonces de memorias bellas;  
del lado del hogar me vienen todas,  
que el hogar es el cielo de la tierra,  
la paz en mi vivir me las regala  
y en paz el corazón las paladea.  
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!  
¡Aquella sí que es santa sementera!  
También yo la presido,

también Dios la bendice y la gobierna;  
 Dios encendió en el cielo de la vida  
 el sol de los amores para ella,  
 para que al fuego santo  
 las almas y las sangres se fundieran;  
 Dios le da noches de fecundas horas  
 y luengos días de apacibles treguas...  
 ¡horas sin luz que velen sus misterios  
 y horas de sol que sus entrañas templan!

Y Dios, Padre del mundo,  
 le da también cosecha  
 de frutos vivos que el vivir anudan,  
 de frutos bellos que el vivir alegran...

¡Señor, que das la vida!  
 Dadme salud y amor, y sol y tierra,  
 y yo te pagaré con campos ricos  
 en ambas sementeras.

#### EL EMBARGO

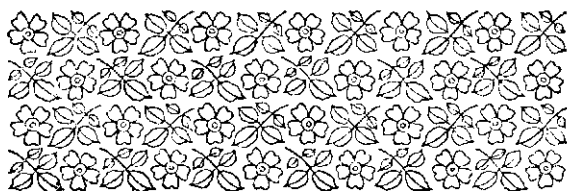
Señol jue, pasi usté más alanti  
 y que entrin tós esus.  
 No le dé a usté ansia,  
 no le dé a usté mieu...  
 Si venis antiyel a affligila,  
 sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'a muertu!  
 Embargal, embargal los avíus,  
 que aquí no hay dineru:

lo he gastau en comías pa ella  
y en boticas que no le sirvierun  
y esu que me quea,  
porque no me dió tiempu a vendellu,  
ya me está sobrandu,  
¡ya me está gediendu!  
Embarga! ese sachu de picu  
y esas jocis clavás en el techu,  
y esa segureja  
y esi cachu e liendru...  
¡Jerramientas, que no quedi una!  
¿Yo pa qué las quiero?  
Si tuviá que ganalu pa ella,  
¡cualisquiá me quitaba a mí esu!  
Peru ya no quió vel esi sachu,  
ni esas jocis clavás en el techu,  
ni esa segureja  
ni ese cacho e liendru...

¡Pero a vel, señol jues: cuidaitu  
si algu nu de esos  
es osau de tocali a esa cama  
ondi ella s'a muertu:  
la camita ondi yo la he queríu  
cuandu dambus estábamos güenus,  
la camita ondi yo la he cuidiau,  
la camita ondi estuvo su cuerpu  
cuatru mesis vivu  
y una nochi muertu!...

¡Señol jues: que nengunu sea osau  
de tocali a esa cama ni un pelu,  
porque aquí lo jincu  
delanti usté mesmu!  
Lleváisoslu todu,  
todu, menus esu,  
que esas mantas tienin  
suol de su cuerpu...  
¡y me güelin, me güelin a ella  
ca ves que las güelul!...





## RUBEN DARIO

*Chocoyos (Nicaragua), 1867—León (Nicaragua), 1916*

### MARCHA TRIUNFAL.

¡Ya viene el cortejo!  
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.  
La espada se anuncia con vivo reflejo;  
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

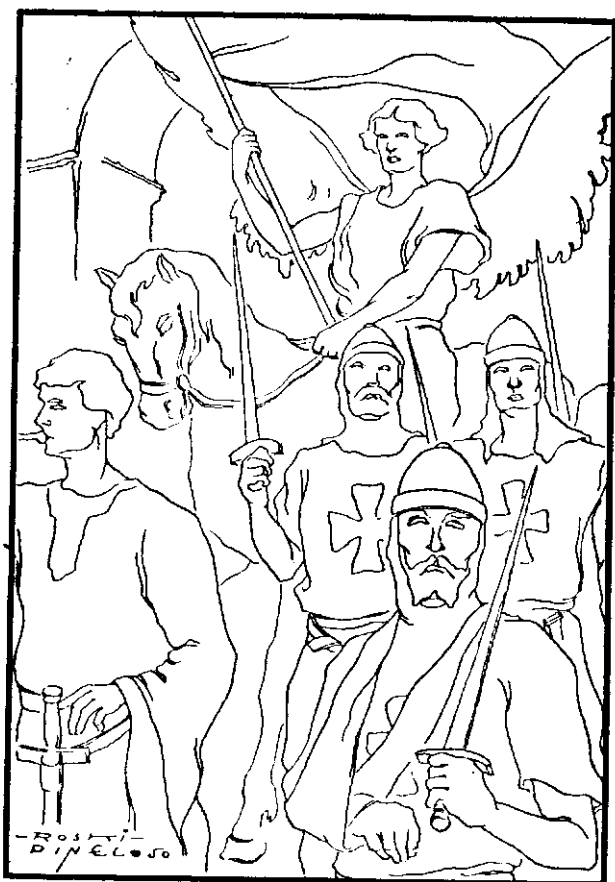
Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Mi-  
[nervas y Martes,  
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus  
[largas trompetas,  
la gloria solemne de los estandartes,  
llevados por manos robustas de heroicos atletas.  
Se escucha el ruido que forman las armas de los  
[caballeros.  
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,  
los cascos que hieren la tierra  
y los timbaleros,  
que el paso acompanan con ritmos marciales.  
¡Tal pasan los fieros guerreros  
debajo los arcos triunfales!



Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,  
su canto sonoro,  
su cálido coro,  
que envuelve en un trueno de oro  
la augusta soberbia de los pabellones.  
El dice la lucha, la herida venganza,  
las ásperas crines,  
los rudos penachos, la pica, la lanza,  
la sangre que riega de heroicos carmines  
la tierra;  
los negros mastines  
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos  
anuncian el advenimiento  
triumfal de la Gloria;  
dejando el picacho que guarda sus nidos,  
tendiendo sus alas enormes al viento,  
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.  
Señala el abuelo los héroes al niño:  
—Ved cómo la barba del viejo  
los bucles de oro circundan de armiño—.  
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,  
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;  
y la más hermosa  
sonríe al más fiero de los vencedores.



¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;  
 ¡honor al herido y honor a los fieles  
 soldados que muerte encontraron por mano ex-  
 [tranjera!  
 ¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,  
 desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y  
 [lauros  
 —las viejas espadas de los granaderos, más fuertes  
 [que osos,  
 hermanos de aquellos lanceros que fueron cen-  
 [tauros—.

Las trompas guerreras resuenan;  
 de voces los aires se llenan...  
 —A aquellas antiguas espadas,  
 a aquellos ilustres aceros,  
 que encarnan las glorias pasadas...  
 ¡Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ga-  
 [nadas,  
 y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;  
 al que ama la insignia del suelo materno,  
 al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en  
 [la mano,  
 los soles del rojo verano,  
 las nieves y vientos del gélido invierno,  
 la noche, la escarcha,  
 y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,  
 saludan con voces de bronce las trompas de guerra  
 [que tocan la marcha  
 triunfal...

A ROOSEVELT

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,  
que habría que llegar hasta ti, Cazador!  
¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Wáshington y cuatro de Nemrod!  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español,  
Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.  
Y domando caballos, o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de Energía,  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,  
que el progreso es erupción;  
que en donde pones la bala  
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant le dijo: Las estrellas son vuestras.  
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.

Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
La Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de Amor;  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

¡Y, pues contáis con todo, falta una cosa: Dios!

SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fe-  
[cunda,  
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!  
Porque llega el momento en que habrán de cantar  
[nuevos himnos  
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ám-  
[bitos; mágicas  
ondas de vida van renaciendo de pronto;  
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;  
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña  
y en la caja pandórica de que tantas desgracia,  
[surgieron  
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,  
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,  
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!

Pálidas indolencias; desconfianzas fatales que a  
[tumba  
o a perpetuo presidio condenasteis al noble entu-  
[siasmo,  
ya veréis al salir del sol en un triunfo de líras,  
mientras dos continentes, abonados de huesos glo-  
[riosos  
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evo-  
[cando,  
digan al orbe: la alta virtud resucita  
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predica desgracias eternas,  
 abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,  
 abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres  
 o que la tea empuñan o la daga suicida.

Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo,  
 la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la tierra;  
 fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
 y algo se inicia como vasto social cataclismo  
 sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias

[dormidas  
 no despierten entonces en el tronco del roble gi-  
 [gante

bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?  
 ¿Quién será el pusilánime que al vigor español nie-

[gue músculos  
 y que al alma española juzgase áptera y ciega y  
 [tullida?

No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y  
 [en polvo

ni entre momias y piedras reina que habita el se-  
 [pulcro,

la nación generosa, coronada de orgullo inmarcchito,  
 que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,  
 ni la que tras los mares en que yace sepulta la

[Atlántida,  
 tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.

Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dis-  
 [persos;

formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,  
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su

[triunfo.

Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu

[ardiente

que regará lenguas de fuego en esa epifanía.

Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros,

y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,

así los manes heroicos de los primitivos abuelos,

de los egregios padres que abrieron el surco pristino,

sientan los soplos agrarios de primaverales retornos

y el rumor de espigas que inició la labor triptolé-

[mica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,

en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,

ven llegar el momento en que habrán de cantar

[nuevos himnos.

Latina estirpe verá la gran alba futura,

en un trueno de música gloriosa, millones de labios

saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,

Oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva

la eternidad de Dios, la actividad infinita.

Y así sea esperanza la visión permanente en nos-

[otros.

¡Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fe-

[cunda!



# INDICE

	Páginas
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	V
NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN.	
Fiesta de toros en Madrid.....	1
Consuelo de una ausencia.....	14
Epigramas.....	18
Laudable templanza.....	18
Saber sin estudiar.....	18
FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.	
Fábulas: Las moscas.....	19
El zagal y las ovejas.....	19
El lobo y el perro flaco.....	20
La alforja.....	22
El ladrón.....	22
El cuervo y el zorro.....	23
La gallina de los huevos de oro.....	24
TOMÁS DE IRIARTE.	
Fábulas: Los dos loros y la cotorra.....	26
El burro flautista.....	27
Los dos conejos.....	29
Anacreóntica.....	30
Soneto.....	31
JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.	
El amor mariposa.....	32
A la noche.....	34
Doña Elvira.....	36
LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.	
Oda a la Virgen de Lendinara.....	39
Epigramas.....	41
A un mal bicho.....	41
A Pedancio.....	41
A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.....	42

INDICE

	Página
<b>MANUEL JOSÉ QUINTANA.</b>	
Al sueño.....	43
A España, después de la revolución de marzo.	45
<b>ALBERTO LISTA.</b>	
La muerte de Jesús .....	52
<b>JUAN NICASIO GALLEGO.</b>	
El Dos de Mayo.....	56
A Judas.....	62
<b>ANDRÉS BELLO.</b>	
A la nave.....	63
<b>FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.</b>	
La vuelta a la patria.....	66
<b>JOSÉ MARÍA HEREDIA.</b>	
Al Océano.....	71
<b>DUQUE DE RIVAS.</b>	
Un castellano leal.....	75
<b>BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.</b>	
A la Patria .....	86
<b>MANUEL DE CABANYES.</b>	
La independencia de la Poesía.....	89
<b>JUAN AROLAS.</b>	
Himno a la Divinidad .....	92
<b>JOSÉ DE ESPRONCEDA.</b>	
Cuadro del hambre .....	95
Himno a la Inmortalidad.....	98
A la noche.....	100
<b>GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.</b>	
La noche de insomnio y el alba.....	105
<b>ENRIQUE GIL Y CARRASCO.</b>	
Una gota de rocío.....	111
<b>PABLO PIFERRER.</b>	
Canción de la Primavera.....	115

INDICE

	Páginas
<b>GABRIEL GARCÍA TASSARA.</b>	
Himno al Mesías.....	117
La Primavera.....	122
<b>JOSÉ ZORRILLA.</b>	
Las nubes.....	123
A buen juez, mejor testigo.....	127
Oriental.....	154
<b>JOAQUÍN RUBIO Y ORS.</b>	
Lo Gaiter del Llobregat.....	157
<b>RAMÓN DE CAMPOAMOR.</b>	
El gaitero de Gijón.....	160
<b>VENTURA RUIZ AGUILERA.</b>	
El hogar paterno.....	163
Elegía.....	165
<b>JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.</b>	
El Estío.....	167
La cuna vacía.....	172
<b>ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.</b>	
Plegaria.....	174
<b>FEDERICO BALART.</b>	
Restitución.....	175
<b>MANUEL DEL PALACIO.</b>	
Amor oculto.....	180
<b>GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.</b>	
En el Monasterio de Piedra.....	181
Castilla.....	182
<b>GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.</b>	
Rimas.....	185
I.—Yo sé un himno.....	185
III.—Sacudimiento extraño.....	185
VII.—Del salón en el ángulo oscuro.....	188
X.—Los invisibles átomos del aire.....	189
XII.—Porque son, niña, tus ojos.....	189
XIII.—Tu pupila es azul.....	191
XXI.—¿Qué es poesía?.....	192

INDICE

	<u>Páginas</u>
<b>VICENTE W. QUEROL.</b>	
En Nochebuena.....	193
<b>TEODORO LLORENTE.</b>	
Cançoneta amorosa.....	200
La barraca.....	201
<b>ROSALÍA DE CASTRO.</b>	
¡Padrón! ¡Padrón!.....	207
Negra sombra.....	210
Vaguedás.....	211
¡Pra a Habana!.....	212
<b>EDUARDO PONDAL.</b>	
A campana d'Anllons.....	213
<b>JACINTO VERDAGUER.</b>	
Cant d'amor.....	217
El noi de la mare.....	219
L'emigrant.....	221
La mort de l'escolá.....	223
<b>ANGEL GUIMERÁ.</b>	
La sardana de les monges.....	225
Cant a la vinya.....	226
<b>ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO.</b>	
Las ermitas de Córdoba.....	228
<b>VALENTÍN LAMAS CARVAJAL.</b>	
¡Como chove!.....	233
O falar d'as fadas.....	234
<b>MANUEL CURROS ENRÍQUEZ.</b>	
Cantiga.....	237
¡Ay!.....	238
<b>MIGUEL COSTA Y LLOBERA.</b>	
El pi de Formentor.....	240
Mediterrania.....	242
<b>JUAN ALCOVER.</b>	
Desolació.....	245
La Balenguera.....	246

INDICE

---

	<u>Páginas</u>
<b>MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.</b>	
La galerna del Sábado de Gloria.....	248
<b>JUAN MARAGALL.</b>	
La vaca cega.....	254
La Sardana.....	255
Cant espiritual.....	257
Oda a España.....	259
<b>SALVADOR RUEDA.</b>	
Hora de fuego.....	261
Bailadora.....	262
La cigarra.....	262
El tablado flamenco.....	263
<b>MIGUEL S. OLIVER.</b>	
El foner.....	265
<b>JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.</b>	
Nocturno.....	266
<b>VICENTE MEDINA.</b>	
Cansera.....	269
<b>JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.</b>	
Las sementeras.....	271
El embargo.....	275
<b>RUBÉN DARÍO.</b>	
Marcha triunfal.....	278
A Roosevelt.....	282
Salutación del optimista.....	284



## BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE

1. Fábulas y cuentos en verso.
2. Cuentos tradicionales.
3. Cancionero popular.
4. Prosistas modernos.
5. Galdós.
6. Piezas teatrales cortas.
7. Teatro moderno.
8. Poetas modernos.
9. Teatro romántico.
10. Escritores del siglo XVIII.
11. Calderón.
12. Alarcón y otros poetas dramáticos.
13. Tirso de Molina.
14. Lope de Vega.
15. Teatro anterior a Lope de Vega.
16. Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos.
17. Exploradores y conquistadores de Indias. Relatos geográficos.
18. Escritores místicos.
19. Poetas de los siglos XVI y XVII.
20. Novela picaresca.
21. Cervantes. Novelas y teatro.
22. Cervantes. Quijote.
23. Cuentos de los siglos XVI y XVII.
24. Libros de caballerías.
25. Romancero.
26. Poesía medieval.
27. Don Juan Manuel.
28. Cuentos medievales.
29. Alfonso el Sabio.
30. Cantares de gesta y leyendas heroicas.